

OSVALDO  
SORIANO



CUENTOS  
DE LOS AÑOS  
FELICES

EDITORIAL SUDAMERICANA

OSVALDO SORIANO

# Cuentos de los años felices

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

**PRMERA EDICION**

*Noviembre de 1993*

**SEGUNDA EDICION**

*Diciembre de 1993*

Diseño de tapa: Helena Homs

**IMPRESO EN LA ARGENTINA**

*Queda hecho el depósito*

*que previene la ley 11.723*

©1993, Editorial Sudamcricana S.A

*Humberto I 531, Buenos Aires*

ISBN 950-07-0905-8

©1994, *Oswaldo Soriano*

## Índice

I En nombre del padre.....	5
<i>Otoño del 53</i> .....	7
<i>Aquel peronismo de juguete</i> .....	11
<i>Primeros amores</i> .....	13
<i>Petróleo</i> .....	16
<i>El muerto inolvidable</i> .....	19
<i>Morosos</i> .....	22
<i>Gorilas</i> .....	25
<i>Mecánicos</i> .....	28
<i>Juguetes</i> .....	31
<i>Palizas</i> .....	34
<i>Trenes</i> .....	37
<i>Caídas</i> .....	40
<i>Encuentros</i> .....	43
<i>Geneviève</i> .....	46
<i>Vidrios rotos</i> .....	49
<i>Voces</i> .....	52
<i>Rosebud</i> .....	55
II Otra Historia.....	58
1810.....	60
<i>Revolución y contrato social</i> .....	65
<i>La Argentina invade California</i> .....	68
<i>Álzaga</i> .....	73
<i>Las palabras del adiós</i> .....	75
<i>El país imposible</i> .....	78
<i>O juremos con gloria callar</i> .....	81
<i>Utopía</i> .....	84
<i>Un amor de Belgrano</i> .....	87
<i>Robespierre</i> .....	90
III Pensar con los pies.....	96
<i>El penal más largo del mundo</i> .....	98
<i>Orlando el Sucio</i> .....	103
<i>El Mister Peregrino Fernández</i> .....	107
<i>El hijo de Butch Cassidy</i> .....	109
<i>Final con rojos en Ushuaia</i> .....	114
<i>Últimos días de William Brett Cassidy</i> .....	119

*Para Manuel*

# I

## En nombre del padre

*Empecé a escribir estos relatos sobre la infancia sin saber que mi padre iba a convertirse en el protagonista. Si no recuerdo mal el primero fue sobre un viaje por la Patagonia que evoca la guerra de Malvinas. Lo publiqué en Pagina/12 y como a mis amigos les gustó y me lo hicieron saber, escribí varios más en los que indefectiblemente mi padre se impuso con las tristes y desopilantes experiencias que tuvo a su paso por este mundo.*

*Muchos lectores me preguntan si era tal como lo cuento ahora. Claro que sí. Ya lo dice un personaje de Armando Discépolo: "Hijo, si vos lo soñaste, yo lo viví".*

## *Otoño del 53*

Salimos temprano de Neuquén, en un ómnibus todo destartado, indigno de la acción patriótica que nos había encomendado el General Perón. Íbamos a jugarles un partido de fútbol a los ingleses de las Falklands y ellos se comprometían a que si les ganábamos, las islas pasarían a llamarse Malvinas para siempre y en todos los mapas del mundo. La nuestra era, creíamos, una misión patriótica que quedaría para siempre en los libros de Historia y allí íbamos, jubilosos y cantando entre montañas y bosques de tarjeta postal.

Era el lejano otoño de 1953 y yo tenía diez años. En los recreos de la escuela jugábamos a la guerra soñando con las batallas de las películas en blanco y negro, donde había buenos y malos, héroes y traidores. La Argentina nunca había peleado contra nadie y no sabíamos cómo era una guerra de verdad. Lo nuestro, lo que nos ocupaba entonces, era la escuela, que yo detestaba, y la Copa Infantil Evita, que nuestro equipo acababa de ganar en una final contra los de Buenos Aires.

A poco de salir pasó exactamente lo que el jorobado Toledo dijo que iba a pasar. El ómnibus era tan viejo que no aguantaba el peso de los veintisiete pasajeros, las valijas y los tanques de combustible que llevábamos de repuesto para atravesar el desierto. El jorobado había dicho que las gomas del Ford se iban a reventar y no bien entramos a vadear el río, explotó la primera.

El profesor Seguetti, que era el director de la escuela, iba en el primer asiento, rodeado de funcionarios de la provincia y la nación. Los chicos habíamos pasado por la peluquería y los mayores iban todos de traje y gomina. En un cajón atado al techo del Ford había agua potable, conservas y carne guardada en sal. Teníamos que atravesar montañas, lagos y desiertos para llegar al Atlántico, donde nos esperaba un barco secreto que nos conduciría a las islas tan añoradas.

Como la rueda de auxilio estaba desinflada tuvimos que llamar a unos paisanos que pasaban a caballo para que nos ayudaran a arrastrar el ómnibus fuera del agua. Uno de los choferes, un italiano de nombre Luigi, le puso un parche sobre otro montón de parches y entre todos bombeamos el inflador hasta que la rueda volvió a ser redonda y nos internamos en las amarillas dunas del Chubut.

Cada tres o cuatro horas se reventaba la misma goma u otra igual y Luigi hacía maravillas al volante para impedir que el Ford, alocado, se cayera al precipicio. El otro chofer, un chileno petiso que decía conocer la región, llevaba un mapa del ejército editado en 1910 y que sólo él podía descifrar. Pero al tercer día, cuando cruzábamos un lago sobre una balsa,

nos azotó un temporal de granizo y el mapa se voló con la mayoría de las provisiones. Los ríos que bajaban de la Cordillera venían embravecidos y resonaban como si estuviéramos a las puertas del infierno.

Al cuarto día nos alejamos de las montañas y avistamos una estancia abandonada que, según el chileno, estaba en la provincia de Santa Cruz. Luigi prendió unos leños para hacer un asado y se puso a reparar el radiador agujereado por un pedrazo. El profesor Seguetti, para lucirse delante de los funcionarios, nos hizo cantar el Himno Nacional y nos reunió para repasar las lecciones que habíamos aprendido sobre las Malvinas.

Sentados en las dunas, cerca del fuego, escuchamos lo mismo de siempre. En ese tiempo todavía creíamos que entre los pantanos y los pelados cerros de las islas había tesoros enterrados y petróleo para abastecer al mundo entero. Ya no recordábamos por qué las islas nos pertenecían ni cómo las habíamos perdido y lo único que nos importaba era ganarles el partido a los ingleses y que la noticia de nuestro triunfo diera la vuelta al mundo.

—Elemental, las Malvinas son de ustedes porque están más cerca de la Argentina que de Inglaterra —dijo Luigi mientras pasaba los primeros mates.

—No sé —porfió el chofer chileno—, también estén cerca del Uruguay.

El profesor Seguetti lo fulminó con la mirada. Los chilenos nunca nos tuvieron cariño y nos disputan las fronteras de la Patagonia, donde hay lagos de ensueño y bosques petrificados con ciervos y pájaros gigantes parecidos a los loros que hablan el idioma de los indios. Sentados en el suelo, en medio del desierto, Seguetti nos recordó al gaucho Rivero, que fue el último valiente que defendió las islas y terminó preso por contrabandista en un calabozo de Londres.

A los chicos todo eso nos emocionaba, y a medida que el profesor hablaba se nos agrandaba el corazón de sólo pensar que el General nos había elegido para ser los primeros argentinos en pisar Puerto Stanley.

El General Perón era sabio, sonreía siempre y tenía ideas geniales. Así nos lo habían enseñado en el colegio y lo decía la radio; ¡qué nos importaban las otras cosas! Cuando ganamos la Copa en Buenos Aires, el General vino a entregarla en persona, vestido de blanco, manejando una Vespa. Nos llamó por el nombre a todos, como si nos conociera de siempre, y nos dio la mano igual que a los mayores. Me acuerdo de que al jorobado Tolosa, que iba de colado por ser hijo del comisario, lo vio tan desvalido, tan poca cosa, que se le acercó y le preguntó: "¿Vos qué vas a ser cuando seas grande, pibe?". Y el jorobado le contestó: "Peronista, mi General". Ahí nomás se ganó el viaje a las Malvinas.

De regreso a Río Negro, me pasé las treinta y seis horas de tren llorando porque Evita se-había muerto antes de verme campeón. Yo la conocía por sus fotos de rubia y por los noticieros de cine. En cambio mi padre, después de cenar, cerraba las ventanas para que no lo oyeran los vecinos e insultaba el retrato que yo tenía en mi cuarto hasta que se quedaba sin aliento. Pero ahora estaba orgulloso porque en el pueblo le hablaban de su hijo que iba a ser el goleador de las Malvinas.

Seguimos a la deriva por caminos en los que no pasaba nadie y cada vez que avistábamos un lago creíamos que por fin llegábamos al mar, donde nos esperaba el barco secreto. Soportamos vientos y tempestades con el último combustible y poca comida, corridos por los pumas y escupidos por los guanacos. El ómnibus había perdido el capó, los

paragolpes y todas las valijas que llevaba en el techo. Seguetti y los funcionarios parecían piltrafas. El profesor desvariaba de fiebre y había olvidado la letra del Himno Nacional y el número exacto de islas que forman el archipiélago de Malvinas.

Una mañana, cuando Luigi se durmió al volante, el ómnibus se empantanó en un salitral interminable. Entonces ya nadie supo quién era quién, ni dónde diablos quedaban las gloriosas islas. En plena alucinación, Seguetti se tomó por el mismísimo General Perón y los funcionarios se creyeron ministros, y hasta Luigi dijo ser la reencarnación de Benito Mussolini. Desbordado por el horizonte vacío y el sol abrumador, Seguetti se trepó al mediodía al techo del Ford y empezó a gritar que había que pasar lista y contar a los pasajeros para saber cuántos hombres se le habían perdido en el camino.

Fue entonces cuando descubrimos al intruso.

Era un tipo canoso, de traje negro, con un lunar peludo en la frente y un libro de tapas negras bajo el brazo. Estaba en una hondonada y eso lo hacía parecer más petiso. No parecía muy hablador pero antes de que el profesor se recuperara de la sorpresa se presentó solo, con un vozarrón que desafiaba al viento.

— William Jones, de Malvinas — levantó el libro como si fuera un pasaporte —, apóstol del Señor Jesucristo en estos parajes.

Hablaba un castellano dificultoso y escupió un cascote de saliva y arena.

El profesor Seguetti lo miró alelado y saltó al suelo. Los funcionarios se asomaron a las ventanillas del ómnibus.

— ¿De dónde? — preguntó el profesor que de a poco se iba animando a acercársele.

— De Port Stanley — respondió el tipo, que hablaba como John Wayne en la frontera mexicana —. Argentino hasta la muerte.

De golpe también los chicos empezamos a interesarnos en él.

No hay argentinos en las Malvinas — dijo Seguetti y se le arrimó hasta casi rozarle la nariz.

Jones levantó el libro y miró al horizonte manso sobre el que planeaban los chimangos.

— ¡Cómo que no, si hasta me hicieron una fiesta cuando llegué! — dijo.

Entonces Seguetti se acordó de que nuestra ley dice que todos los nacidos en las Malvinas son argentinos, hablen lo que hablen y tengan la sangre que tengan.

Jones contó que había subido al ómnibus dos noches atrás en Bajo Caracoles, cuando paramos a cazar guanacos. Si no lo habíamos descubierto antes, dijo, había sido por gracia del Espíritu Santo que lo acompañaba a todas partes. Eso duró toda la noche porque nadie, entre nosotros, sabía inglés y Jones mezclaba los dos idiomas. Cada uno contaba su historia hablando para sí mismo y al final todos nos creíamos héroes de conquistas, capitanes de barcos fantasmas y emperadores aztecas. Luigi, que ahora hablaba en italiano, le preguntó si todavía estábamos muy lejos del Atlántico.

— Oh, very much! — gritó Jones y hasta ahí le entendimos. Luego siguió en inglés y cuando intentó el castellano fue para leernos unos pasajes de la Biblia que hablaban de Simón perdido en el desierto.

Al día siguiente todos caminamos rezando detrás de Jones y llegamos a un lugar de nombre Río Alberdi, o algo así. Enseguida, el General Perón nos mandó dos helicópteros de la gendarmería. Cuando llegaron, los adultos tenían grandes barbas y nosotros habíamos ganado dos partidos contra los chilenos de Puerto Natales, que queda cerca del fin del mundo.

El comandante de gendarmería nos pidió, en nombre del General, que olvidáramos todo, porque si los ingleses se enteraban de nuestra torpeza jamás nos devolverían las Malvinas. Conozco poco de lo que ocurrió después. Jones predicó el Evangelio por toda la Patagonia y más tarde se fue a cultivar tabaco a Corrientes, donde tuvo un hijo con una mujer que hablaba guaraní.

Ahora que ha pasado mucho tiempo y nadie se acuerda de los chicos que pelearon en la guerra, puedo contar esta vieja historia. Si nosotros no nos hubiéramos extraviado en el desierto en aquel otoño memorable, quizá no habría pasado lo que pasó en 1982. Ahora Jones está enterrado en un cementerio británico de Buenos Aires y su hijo, que cayó en Mount Tumbledown, yace en el cementerio argentino de Puerto Stanley.

## *Aquel peronismo de juguete*

Cuando yo era chico Perón era nuestro Rey Mago: el 6 de enero bastaba con ir al correo para que nos dieran un oso de felpa, una pelota o una muñeca para las chicas. Para mi padre eso era una vergüenza: hacer la cola delante de una ventanilla que decía "Perón cumple, Evita dignifica", era confesarse pobre y peronista. Y mi padre, que era empleado público y no tenía la tozudez de Bartleby el escribiente, odiaba a Perón y a su régimen como se aborrecen las peras en compota o ciertos pecados tardíos.

Estar en la fila agitaba el corazón: ¿quedaría todavía una pelota de fútbol cuando llegáramos a la ventanilla? ¿O tendríamos que contentarnos con un camión de lata, acaso con la miniatura del coche de Fangio? Mirábamos con envidia a los chicos que se iban con una caja de los soldaditos de plomo del general San Martín: ¿se llevaban eso porque ya no había otra cosa, o porque les gustaba jugar a la guerra? Yo rogaba por una pelota, de aquellas de tiento, que tenían cualquier forma menos redonda.

En aquella tarde de 1950 no pude tenerla. Creo que me dieron una lancha a alcohol que yo ponía a navegar en un hueco lleno de agua, abajo de un limonero. Tenía que hacer olas con las manos para que avanzara. La caldera funcionó sólo un par de veces pero todavía me queda la nostalgia de aquel *chuf, chuf, chuf*, que parecía un ruido de verdad, mientras yo soñaba con islas perdidas y amigos y novias de diecisiete años. Recuerdo que ésa era la edad que entonces tenían para mí las personas grandes.

Rara vez la lancha llegaba hasta la otra orilla. Tenía que robarle la caja de fósforos a mi madre para prender una y otra vez el alcohol y Juana y yo, que íbamos a bordo, enfrentábamos tiburones, alimañas y piratas emboscados en el Amazonas pero mi lancha peronista era como esos petardos de Año Nuevo que se quemaban sin explotar.

El General nos envolvía con su voz de mago lejano. Yo vivía a mil kilómetros de Buenos Aires y la radio de onda corta traía su tono ronco y un poco melancólico. Evita, en cambio, tenía un encanto de madre severa, con ese pelo rubio atado a la nuca que le disimulaba la belleza de los treinta años.

Mi padre desataba su santa cólera de *contrera* y mi madre cerraba puertas y ventanas para que los vecinos no escucharan. Tenía miedo de que perdiera el trabajo. Sospecho que mi padre, como casi todos los funcionarios, se había rebajado a aceptar un carné del Partido para hacer carrera en Obras Sanitarias. Para llegar a jefe de distrito en un lugar perdido de la Patagonia, donde exhortaba al patriotismo a los obreros peronistas que instalaban la red de agua corriente.

Creo que todo, entonces, tenía un sentido fundador. Aquel "sobrestante" que era mi padre tenía un solo traje y dos o tres corbatas, aunque siempre andaba impecable. Su mayor ambición era tener un poco de queso para el postre. Cuando cumplió cuarenta años, en los tiempos de Perón, le dieron un crédito para que se hiciera una casa en San Luis. Luego, a la caída del General, la perdió, pero seguía siendo un antiperonista furioso.

Después del almuerzo pelaba una manzana, mientras oía las protestas de mi madre porque el sueldo no alcanzaba. De pronto golpeaba el puño sobre la mesa y gritaba: "¡No me voy a morir sin verlo caer!". Es un recuerdo muy intenso que tengo, uno de los más fuertes de mi infancia: mi padre pudo cumplir su sueño en los lluviosos días de setiembre de 1955, pero Perón se iba a vengar de sus enemigos y también de mi viejo que se murió en 1974, con el general de nuevo en el gobierno.

En el verano del 53, o del 54, se me ocurrió escribirle. Evita ya había muerto y yo había llevado el luto. No recuerdo bien: fueron unas pocas líneas y él debía recibir tantas cartas que enseguida me olvidé del asunto. Hasta que un día un camión del correo se detuvo frente a mi casa y de la caja bajaron un paquete enorme con una esquela breve: "Acá te mando las camisetas. Pórtense bien y acuérdense de Evita que nos guía desde el cielo". Y firmaba Perón, de puño y letra. En el paquete había diez camisetas blancas con cuello rojo y una amarilla para el arquero. La pelota era de tiento, flamante, como las que tenían los jugadores en las fotos de *El Gráfico*.

El General llegaba lejos, más allá de los ríos y los desiertos. Los chicos lo sentíamos poderoso y amigo. "En la Argentina de Evita y de Perón los únicos privilegiados son los niños", decían los carteles que colgaban en las paredes de la escuela. ¿Cómo imaginar, entonces, que eso era puro populismo demagógico?

Cuando Perón cayó, yo tenía doce años. A los trece empecé a trabajar como aprendiz en uno de esos lugares de Río Negro donde envuelven las manzanas para la exportación. *Choice* se llamaban las que iban al extranjero; *standard* las que quedaban en el país. Yo les ponía el sello a los cajones. Ya no me ocupaba de Perón: su nombre y el de Evita estaban prohibidos. Los diarios llamaban "tirano prófugo" al General. En los barrios pobres las viejas levantaban la vista al cielo porque esperaban un famoso avión negro que lo traería de regreso.

Ese verano conocí mis primeros *anarcos* y *rojos* que discutían con los peronistas una huelga larga. En marzo abandonamos el trabajo. Cortamos la ruta, fuimos en caravana hasta la plaza y muchos gritaban "Viva Perón, carajo". Entonces cargaron los cosacos y recibí mi primera paliza política. Yo ya había cambiado a Perón por otra causa, pero los garrotazos los recibía por peronista. Por la lancha a alcohol que casi nunca anduvo. Por las camisetas de fútbol y la carta aquella que mi madre extravió para siempre cuando llegó la Libertadora.

No volví a creer en Perón, pero entiendo muy bien por qué otros necesitan hacerlo. Aunque el país sea distinto, y la felicidad esté tan lejana como el recuerdo de mi infancia al pie del limonero, en el patio de mi casa.

## *Primeros amores*

Siempre que voy a emprender un largo viaje recuerdo algunas cosas más de cuando todavía no soñaba con escribir novelas de madrugada ni subir a los aviones ni dormir en hoteles lejanos. Esas imágenes van y vienen como una hamaca vacía: mi primera novia y mi primer gol. Mi primera novia era una chica de pelo muy negro, tímida, que ahora estará casada y tendrá hijos en edad de rocanrol. Fue con ella que hice por primera vez el amor, un lunes de 1958, a la hora de la siesta, en una fila de butacas rotas de un cine vacío.

Antes de llegar a eso, otro día de invierno, su madre nos sorprendió en la penumbra de la boletería con la ropa desabrochada y ahí nomás le pegó dos bofetadas que todavía me suenan, lejanas y dolorosas, en el eco de aquellos años de frondicismo y resistencia peronista. Su padre era un tipo sin pelo, de pocas pulgas, que masticaba cigarros y me saludaba de mal humor porque ya tenía bastantes problemas con otra hija que volvía al amanecer y en coche ajeno. Mi novia y yo teníamos quince años. Al caer la tarde, como el cine no daba función, nos sentábamos en la plaza y nos hacíamos mimos hasta que aparecía el vigilante de la esquina.

No había gran cosa para divertirse en aquel pueblo. Las calles eran de tierra y para ver el asfalto había que salir hasta la ruta que corría recta, entre bardas y chacras, desde General Roca hasta Neuquén. Cualquier cosa que llegara de Buenos Aires se convertía en un acontecimiento. Eran treinta y seis horas de tren o un avión semanal carísimo y peligroso, de manera que sólo recuerdo la visita de un boxeador en decadencia que fue a Roca, al equipo de Banfield, que llegó exhausto a Neuquén y a unos tipos que se hacían pasar por el trío Los Panchos y llenaban el salón de fiestas del club Cipolletti. Los diarios de la Capital tardaban tres días en llegar y no había ni una sola librería ni un lugar donde escuchar música o representar teatro. Recuerdo un club de fotógrafos aficionados y la banda del regimiento que una vez por mes venía a tocarle retretas a la patria. Entonces sólo quedaban el fútbol y las carreras de motos, que empezaban a ponerse de moda.

Cuando su madre le dio aquella bofetada a mi novia, yo estaba en la Escuela Industrial y todavía no había convertido mi primer gol. Jugaba en una de esas canchitas hechas por los chicos del barrio, y de vez en cuando acertaba a meterla en el arco, pero esos goles no contaban porque todos pensábamos hacer otros mejores, con público y con nuestras novias temblando de admiración. Con toda seguridad éramos terriblemente machistas porque crecíamos en un tiempo y en un mundo que eran así sin cuestionarse. Un mundo de milicos levantiscos y jerarquías consagradas, de varones prostibularios y chicas hacendosas, sobre el que pronto iba a caer como un aluvión el furioso jolgorio de los años sesenta.

Pero a fines de los cincuenta queríamos madurar pronto y triunfar en alguna cosa viril y estúpida como las carreras de motos o los partidos de fútbol. Yo me di varios coscorriones antes de convencerme de que no tenía ningún talento para las pistas. Mi padre solía acompañarme para tocar el carburador o calibrar el encendido de la *Tehuelche*, pero mi madre sufría demasiado y a mí las curvas y los rebajes me dejaban frío. La pelota era otra cosa: yo tenía la impresión de ganarme unos segundos en el cielo cada vez que entraba al área y me iba entre dos desesperados que presumían de carniceros y asesinos. Me acuerdo de un número 2 viejo como de veintiséis años, de vincha y medalla de la Virgen, que para asustar a los delanteros les contaba que debía una muerte en la provincia de La Pampa.

Lo recuerdo con cierto cariño, aunque me arruinó una pierna, porque era él quien me marcaba el día que hice mi primer gol. Pegaba tanto el tipo, y con tanto entusiasmo que, como al legendario Rubén Marino Navarro, lo llamaban *Hacha Brava*. Jugaba inamovible en la Selección del Alto Valle y en ese lugar y en aquellos años pocos eran los árbitros que arriesgaban la vida por una expulsión.

Mi novia no iba a los partidos. Estudiaba para maestra y todavía la veo con el guardapolvo a la salida del colegio, buscándome con la mirada. Un día que mis padres estaban de viaje le exigí que viniera a casa, pero todo fue un fracaso con llantos, reproches y enojos. Tal vez leerá estas líneas y recordará el perfume de las manzanas de marzo, su miedo y mi torpeza inaudita.

Por un par de meses, antes de que yo la conociera, ella había sido la novia de nuestro zaguero central y alguien me dijo que el tipo se vanagloriaba de haberle puesto una mano debajo de la blusa. Eso me lo hacía insoportable. Tan celoso estaba de aquella imagen del pasado que casi dejé de saludarlo. El chico era alto, bastante flaco y pateaba como un caballo. Yo me mordía los labios, allá arriba, en la soledad del número 9, cuando me fauleaban y él se llevaba la gloria del tiro libre puesto en un ángulo como un cañonazo. Si lo nombro hoy, todavía receloso, es porque participó de aquella victoria memorable y porque sin su gol el mío no habría tenido la gloria que tiene.

Mi novia admitía haberlo besado, pero negaba que el odioso personaje le hubiera puesto la mano en el escote. A veces yo me resignaba a creerle y otras sentía como si una aguja me atravesara las tripas. Escuchábamos a Billy Cafaro y quizás a Eddie Pequenino pero yo no iba a bailar porque eso me parecía cosa de blandos. En realidad nunca me animé y si más tarde, ya en Tandil, caí en algún asalto o en una fiesta del club Independiente, fue porque estaba completamente borracho y perseguía a una rubia inabordable.

Pasábamos el tiempo en el cine, acariciándonos por debajo del tapado que nos cubría las piernas, y creíamos que su padre no se enteraba. Tal vez era así: andaba inclinado, ausente, masticando el charuto apagado, neurótico por el humo y el calor de la cabina de proyección. Pero la madre no nos sacaba el ojo de encima y aquella desgraciada tarde de invierno irrumpió en la boletería y empezó a darle de cachetadas a mi novia.

Después supe que hacíamos el amor todos los días, pero en aquel entonces suponía que había una sola manera posible y que si ella la aceptaba, el más glorioso momento de la existencia habría ocurrido al fin. Y ese instante, en una vida vulgar, sólo es comparable a otro instante, cuando la pelota entra en un arco de verdad por primera vez, y no hay Dios más feliz que ese tipo que festeja con los brazos abiertos gritándole al cielo.

Ese tipo, hace treinta años, soy yo. Todavía voy, en un eterno *replay*, a buscar los abrazos y escucho en sordina el ruido de la tribuna. Sé que estas confesiones contribuyen a mi desprestigio en la alta torre de los escritores, pero ahí sigo, al acecho entre el 5 que me empuja y Hacha Brava que me agarra de la camiseta mientras estamos empatados y un wing de jopo a la brillantina tira un centro rasante, al montón, a lo que pase. Se me ha cortado la respiración pero estoy lúcido y frío como un asesino a sueldo. Nuestro zaguero central acaba de empatar con un terrible disparo de treinta metros que he festejado sin abrazarlo y en este contragolpe, casi sobre el final, intuyo secretamente que mi vida cambiará para siempre.

El miedo de perderme en la maraña de piernas, en el infierno de gritos y codazos, ya pasó. El 10, que es un veterano de mil batallas, llega en diagonal y pifia porque la pierna derecha sólo le sirve para tenerse parado. Inexorablemente, ese gesto fallido descoloca a toda la defensa y la pelota sale dando vueltas a espaldas del 5 que gira desesperado para empujarla al córner. Entonces aparezco yo, como el muchachito de la película, ahuecando el pie para que el tiro no se levante y le pego fuerte, cruzado, y aunque parezca mentira aquella imagen todavía perdura en mí, cualquiera sea el hotel donde esté.

Igual que la otra, a la hora de la siesta, en una butaca rota del cine desierto. Nos besamos y sin buscarlo, porque las cachetadas todavía le arden en la cara, mi primera novia se abandona por fin y me recibe mientras sus pechos que alguna vez consintieron la caricia de nuestro despreciable zaguero central tiritan y trotan, brincan y broncan, hoy que nuestras vidas están junto a otros y mi hotel queda tan lejos del suyo.

## *Petróleo*

Las cosas han cambiado tanto que seguramente a mi padre le gustará seguir tan muerto como está. Debe estar pitando un rubio sin filtro, escondido entre unos arbustos como lo veo todavía. Estamos en un camino de arena, en el desierto de Neuquén, y vamos hacia Plaza Huinca a ver los pozos de YPF. Salimos temprano, por primera vez juntos y a solas, cada uno en su moto. El va adelante en una Bosch flamante, y yo lo sigo en una ruidosa Tehuelche de industria nacional. Es el otoño del 62 y está despidiéndose para siempre de la Patagonia.

Mi viejo va a cumplir cincuenta años y se ha empeñado hasta la cabeza para comprarse algo que le permita moverse por sus propios medios. Los últimos pesos me los ha prestado a mí para completar el anticipo de la Tehuelche que hace un barullo de infierno y derrapa en las huellas de los camiones. No hay nada en el horizonte, como no sean las nubes tontas que resbalan en el cielo. Algunos arbustos secos y altos como escobas, entre los que mi padre se detiene cada tanto a orinar porque ya tiene males de vejiga y esa tos de fumador. Anda de buen carácter porque el joven Frondizi anunció hace tiempo que "hemos ganado la batalla del petróleo". Quiere ver con sus propios ojos, tal vez porque intuye que no volverá nunca más a esas tierras baldías a las que les ha puesto agua corriente y retratos de San Martín en todas las paredes. Un soñador, mi viejo: acelera con el pucho en los labios y la gorra encasquetada hasta las orejas mientras me hace seña de que lo alcance y le pase una botella de agua.

La Tehuelche brama, se retuerce en los huellones, y la arena se me cuele por detrás de los anteojos negros. Por un momento vamos codo a codo, dos puntos solitarios perdidos entre las bardas, y le alcanzo la botella envuelta en una arpillera mojada. En el tablero de la motoneta lleva pegada una figurita de Marlene Dietrich que tanto lo habrá hecho suspirar de joven. Yo he pegado en mi tanque de nafta una desvaída mirada de James Dean y la calcomanía del lejano San Lorenzo que sólo conozco por la radio. Justamente: ese diminuto transistor japonés que recién aparece a los ojos del mundo es la más preciada joya que arriesgamos en el desierto. La voz de Alfredo Aróstegui y los radioteatros de Laura Hidalgo nos acompañan bajo un sol que hace brotar esperpentos y alucinaciones donde sólo hay viento y lagunas de petróleo perdido.

Mi padre pilotea que es un desastre. Zigzaguea por la banquina mientras inclina la botella y se prende al gollete. Merodea el abismo de metro y medio al borde del sendero. Le

grito que se aparte mientras me saluda agitando la botella y se desbarranca alegremente por un despeñadero de cardos y flores rastreras. En la rodada pierde el pucho, las provisiones que cargamos en Zapala y hasta la figurita de Marlene Dietrich que me ha robado del álbum. Freno y vuelvo a buscarlo. A lo lejos diviso las primeras torres de YPF, que para mi padre son como suyas porque todo fluye de esta tierra y Frondizi dice que por fin hemos ganado la batalla del petróleo.

La motoneta está volcada con el motor en marcha y la rueda trasera gira en el vacío. Mi viejo trata de ponerse de pie antes de que yo llegue, pero lo que más se le ha herido es el orgullo. Se frota la pierna y putea por el siete abierto en el único pantalón, a la altura de la rodilla. Dice que ha sido mi culpa, que lo encerré justo en la subida, que por qué mierda me cruzo en su camino. Nunca seré buen ingeniero, agrega, y apaga el motor para enderezar el manubrio y recoger el equipaje.

Lo escucho sin contestar. Todavía hoy sigo subido a una barda, oyéndolo putear ahí abajo, mientras mi hijo juega con la espuma de las olas y grita alborozado en una playa de Mogotes. Somos muchos y uno solo, hasta donde me alcanza la memoria. A cada generación tenemos menos cosas que podamos sentir como propias. Queda el hermetismo de mi padre en la mirada del chico que corre junto al mar. A él le contaré esta tonta historia de pérdidas y caídas, la de mi padre que rueda y la mía que no supe defender.

Aquel mediodía mi viejo se aleja rengueando para orinar entre los arbustos y se queda un rato escondido para que no vea su rodilla lastimada. Levanto a Marlene Dietrich que ha dejado un surco en la arena y vuelvo la mirada hacia la torre y el péndulo. Parece un fantasma de luto recortado en la lejanía. Y el charco de petróleo que ensucia las bardas, tan ajeno al mar donde ahora juega mi hijo. Mi bisabuelo fue bandolero y asaltante de caminos en Valencia hasta que lo mató la Guardia Civil. Me lo confiesa mi viejo al atardecer, mientras cebamos mate bajo la carrocería oxidada de un Ford T. No recuerdo bien su relato pero pinta al bisabuelo de a caballo y con un trabuco a la cintura. Trata de impresionarme pero está muy derrengado para ser creíble. El pantalón roto, la corbata abierta, el ombligo al aire y pronto cincuenta años. No hay más que gigantescos fracasos entre el bisabuelo que asaltaba diligencias y ese sobrestante de Obras Sanitarias que levanta la mirada y me señala con un gesto orgulloso la insignia del petróleo argentino. Una vida tendiendo redes de agua, haciendo cálculos, inventando ilusiones. Sueña con que yo sea ingeniero. De esa ínfima epopeya le quedan a mi madre doscientos pesos de pensión y a mí algunas anécdotas sin importancia.

Mi padre lleva unos pocos billetes chicos en el bolsillo. Justo para la pensión y la nafta de la vuelta. Nunca ganó un peso sin trabajar. No sé si está conforme con su vida. Igual, no puede hacerla de nuevo. Ha vivido frente a los palos, mirando venir una pelota que nunca aterriza. Intentó zafar de la marca, correrse, poner la cabeza, pero no supo usar los codos. Caminó siempre por los peldaños de una escalera acostada. Tarzán en monopatín, Barman esperando el colectivo, San Martín soñando con las chicas de Divito. Y sin embargo, cuando fuma en silencio, parece a punto de encontrar la solución. Como aquella noche en un sucio cuarto de alquiler donde saca la regla de cálculos y diseña un oleoducto inútil, con jardines y caminos de los que ningún motociclista podría caerse. Pero de eso no queda nada: el dibujo se le extravió en otro porrazo y las torres ya son de otros más rápidos que él.

Discutimos en la pensión porque yo ignoraba las matemáticas y la química y volvimos en silencio, muy lejos uno del otro. Lo dejé ir adelante y todavía veo su camisa sudada flotando en la ventolera. Yo no sabía qué hacer de mi vida y miraba para arriba a ver si bajaba la pelota. Tenía diecinueve años y me sentía solo en una cancha vacía. Todavía estoy ahí, demorado con mi padre en medio del camino. Imagino historias porque me gusta estar solo con un cigarrillo y estoy cerca de la edad que tenía mi padre cuando se tumbaba de la moto. Fueron muchas las caídas y no siempre lo levanté. Me gustaría saber qué opinión tendría de mí, que he perdido su petróleo. Quisiera que echara una ojeada a estas líneas y a otras. Que me regalara un juguete y me contara cuántas veces estuvo enamorado; que me explicara qué carajo hacíamos los dos en un camino de Neuquén rumbo a las torres de YPF, mientras en el transistor se apagaba la voz de Julio Sosa cubierta por los acordes de otra marcha militar.

## *El muerto inolvidable*

Se llama Mereco mi muerto inolvidable. Para mí su viejo Ford nunca termina de desbarrancarse de una quebrada puntana, bajo una suave garúa que no amaina ni siquiera cuando vamos con mi padre rumbo a su velorio. ¿Cómo puede ser que Mereco esté muerto si hace cuarenta años que yo lo llevo en mí, flaco y alto como un farol de la plaza.?

Cuando mi padre se descuida me acerco al ataúd que está más alto que mi cabeza y un comedido me levanta para que lo vea ahí, orondo, machucado y con la corbata planchada. La novia entra, llora un rato y se va, inclinada sobre otra mujer más vieja. Hay tipos que le fuman en la cara, toman copas y otro que entra al living repartiendo pésames prepotentes y se desmaya en los brazos de la madre.

Después vinieron otros muertos considerables, pero ninguno como él. Recuerdo a un colorado que me convidaba pochoclo en el colegio y lo agarró un camión a la salida. También a un insider de los Infantiles Evita que nunca largaba la pelota y se quedó pegado a un cable de la luz. Pero aquellos muertos no eran drama porque nosotros, los otros, nunca nos íbamos a morir. Al menos eso me dijo mi padre mientras caminábamos por la vereda, a lo largo de la acequia, cubiertos por un paraguas deshilachado. Casi nunca llovía en aquel desierto pero en esos días de comienzos del peronismo se levantó el chorrillero, empezó a lloviznar y Mereco no pudo dominar el furioso descapotable negro en el que yo aprendí a manejar.

Por mi culpa mi padre estaba resentido con él y sólo de verlo muerto podía perdonarle aquel día en que lo llevaron preso. Salimos del velorio por un corredor y cruzamos un terreno baldío para llegar al depósito de la comisaría. El Ford A estaba en la puerta, aplastado como una chapita de cerveza. Mi padre iba consolando a otra novia que tenía el finado y ya no se acordaba de mí. Pegado a la pared para que no me viera el vigilante, me acerqué al amasijo de fierros y alcancé a ver el volante de madera lustrada. Seguía reluciente y entero entre las chapas aplastadas. También estaba intacta la plaqueta del tablero con el velocímetro y el medidor de nafta. Marcaba en millas, me acuerdo, y cuando íbamos a ver a su otra novia, Mereco lo levantaba a sesenta o más por el camino de tierra. Nadie sabía nada. Mi padre creía que yo me quedaba en la escuela y la novia de Mereco estaba convencida de que íbamos a buscar a mi padre qué controlaba el agua en las piletas del regimiento. Entonces llegábamos a un caserío viejo que el coronel Manuel Dorrego había tomado y defendido no sé cuántas veces y Mereco me dejaba solo con el Ford A debajo de una higuera frondosa. Ésa era mi fiesta en los días en qué Mereco no estaba muerto y el Ford

seguía intacto. Me sentaba en su asiento, estiraba las piernas hasta tocar los pedales y el que iba a mi lado era Fangio anunciándome curvas y terraplenes.

Mereco no es un muerto triste. Tiene como veinticinco años y todavía lo veo así ahora que yo tengo el doble y he recorrido más rutas que él. Antes del incidente que lo enemistó con mi viejo, solía venir a casa a tomar mate y dar consejos. "Hágame caso, doble siempre golpeando el volante, don José", le decía a mi padre como si mi padre tuviera un coche con el que doblar. "En el culebreo suelte el volante hasta que se acomode solo", insistía. "Es un farabute", comentaba mi viejo mientras lo miraba alejarse con el parabrisas bajo y las antiparras puestas.

Nunca tuvieron un mango ni Mereco ni mi padre. Por las tardes, a la salida de la escuela, yo corría hasta la juguetería para mirar un avión en la vidriera. Era un bimotor de lata con el escudo argentino pintado en las alas. Mi madre me había dicho que nunca podría comprármelo, que no alcanzaba el sueldo de Obras Sanitarias y que por eso mi padre iba a cortar entradas al cine. Al menos podíamos ver todas las películas que queríamos. Pero en casi todas mostraban aviones y yo no me consolaba con recortarlos de las láminas del *Billiken*.

Una tarde entré a robarlo. Por la única foto que me queda de ese tiempo supongo que llevaría guardapolvo tableado, un echarpe de San Lorenzo y la cartera en la que pensaba esconder el avión. En el negocio había un par de mujeres mirando muñecas y el dueño me relojeó enseguida. Era un pelado del Partido Conservador que recién se había hecho peronista y tenía en la pared una foto del general a caballo. Busqué con la mirada por los estantes mientras las mujeres se iban y de pronto me quedé a solas con el tipo. Ahí me di cuenta de que estaba perdido. No había robado nada pero igual me sentía un ladrón. Me puse colorado y las piernas me temblaban de miedo. El pelado dio la vuelta al mostrador y me dio una cachetada sonora, justiciera. Nos quedamos en silencio, como esperando que el sol se oscureciera. ¿Qué hacer si ya no podía robarle el juguete? ¿Cómo esconder aquella humillación? Me volví y salí corriendo. Mi viejo estaba esperándome en la esquina con la bicicleta de la repartición. Tenía el pucho entre los labios y sonrió al verme llegar. "¿Qué te pasa?", me preguntó mientras yo subía al caño de la bici. Le contesté que me había retado la maestra, pero no me creyó. "¿No me querés decir nada, no?", dijo y yo asentí. Hicimos el camino a casa callados, corridos por el viento.

Una tarde, mientras iba en el Ford con Mereco, no pude aguantarme y le conté. Se levantó las antiparras y como único comentario me guiñó un ojo. Dos o tres días más tarde vino a casa con el plano de un nuevo carburador que quería ponerle al coche. Traía una botella de tinto y el avión envuelto en una bolsa de papel. "Lo encontré tirado en la plaza", me dijo y cambió de conversación. Mi padre se olió algo raro y a cada rato levantaba la vista del plano para vigilarnos las miradas. No sé por qué tuve miedo de que el pelado viniera a tocar el timbre y me abofeteara de nuevo.

Pero el pelado no vino y Mereco desapareció por un tiempo. Fue por esos días cuando a mi padre lo comisionaron para hacer una inspección en Villa Mercedes y me llevó con él en el micro. Un pariente del gobernador tenía una instalación clandestina para regar una quinta de duraznos, o algo así. Recuerdo que no bien llegamos el jefe del distrito le dijo a mi padre que no se metiera porque lo iban a correr a tiros. "¡Pero si la gente no tiene agua para tomar, cómo no me voy a meter!", contestó mi viejo y volvimos a la pensión. No me acuerdo de qué me habló esa noche a solas en el comedor de los viajantes, pero creo que

evocaba sus días del Otto Krause y a una mujer que había perdido durante la revolución del año 30.

Todo aquello me vuelve ahora envuelto en sombras. Nebulosos me parecen el subcomisario y el vigilante que vinieron a la mañana a quitarme el avión y a echarnos de Villa Mercedes antes de que mi padre pudiera hacer la inspección. Tenían un pedido de captura en San Luis y nos empujaron de mala manera hasta la terminal donde esperaba un policía de uniforme flamante. Hicimos el viaje de regreso en el último asiento custodiados por el vigilante y la gente nos miraba feo. En la terminal mi padre me preguntó por lo bajo si yo era cómplice de Mereco. Le dije que sí pero me ordenó que no dijera nada, que no nombrara a nadie.

No era la primera vez que nos llevaban a una comisaría y mi padre se defendió bastante bien. Negó que yo hubiera robado el avión y responsabilizó al comisario de interferir la acción de otro agente del Estado en cumplimiento del deber. Era hábil con los discursos mi viejo. Enseguida sacaba a relucir a los próceres que todavía estaban frescos y si seguía la resistencia también lo sacaba al General que tanto detestaba. A mí me llevaron a casa, donde encontré a mi madre llorando. Al rato Mereco cayó en el Ford y nos dijo que lo acompañáramos, que iba a entregarse.

Cuando llegamos, mi padre ya se había confesado culpable y en la guardia se armó una trifulca bárbara porque Mereco también quería ser el ladrón y mi viejo gritaba que a él sólo le asistía el derecho de robar un juguete para su hijo. Como ninguno de los dos tenía plata para pagarlo, mi avión fue a parar a un cajón lleno de cachiporras y cartucheras. Al amanecer llegó el jefe de Obras Sanitarias y nos largaron a todos. Mi padre se negó a subir al descapotable de Mereco y le dijo que si aparecía otra vez por casa le iba a romper la cara. Fue la última vez que lo vimos antes del velorio. Se calzó las antiparras, saludó con un brazo en alto y ahí va todavía, a noventa y capota baja, subiendo la quebrada con aquel Ford en el que hace tanto tiempo yo aprendí a manejar.

## ***Morosos***

Decía mi padre que este país no tiene remedio, que se va a terminar y que de tanto en tanto hay que salir a mirarlo por última vez. Quizá fue por eso que se decidió a pagar a medias el combustible y subir al Buick 37 de un cazador de morosos en fuga. Yo tendría ocho o nueve años y lo vi alejarse con una mochila en la que mi madre había puesto un poco de ropa y mucha comida seca.

Después me contó que al rato de salir ya estaba en desacuerdo con el cazador. Mi padre, que era un deudor impenitente, sostenía que la venta a plazos era como el juego de cartas: al final, uno de los dos, comprador o vendedor, pierde. El tipo del Buick, en cambio, era un moralista de pistola al cinto que decía haber atrapado a más de doscientos renegados en un año. Se llevaba el cincuenta por ciento de lo que les encontraba en el bolsillo y si podía sacarles más no se andaba con chiquitas. En aquel tiempo todavía se usaba sombrero y el tipo llevaba docenas en el baúl del coche: de fieltro, de cuero, de paja, de lona, tenía todos los modelos y los vendía como suyos en los pueblos por los que pasaba. Igual con relojes, rosarios, cadenas y medallitas de la suerte. Llevaba un cajón tan lleno que parecía el tesoro de la Sierra Madre.

Me contaba mi padre que estacionaban el coche y dormían en cualquier parte. Era uno de los últimos veranos del primer peronismo. No existían las tarjetas de crédito ni el dinero electrónico: los morosos firmaban una pila de pagarés y huían con el par de zapatos flamante, el tocadiscos o los veinte tomos de la Espasa Calpe. Mi padre lo había intentado alguna vez pero siempre lo agarraban. Recuerdo que una vez le quitaron una regla de cálculos y otra vez las herramientas del taller. No sabía poner distancia, le dijo el cazador de morosos una noche, cerca de Choele Choele. Los buenos timadores tenían firmas falsas, familias prestadas, direcciones inexistentes y nunca se quedaban con lo que compraban. A esos, si los agarraba, el cazador no podía más que pegarles una paliza. Siempre lo hacía, por respeto a sí mismo y para que tronara el escarmiento, pero era tiempo perdido.

El cazador corría contra el tiempo y contra las grandes migraciones alentadas por el 17 de octubre. Deudor que subía al tren se convertía en moroso inhallable, perdido en los suburbios de Buenos Aires o en los andurriales de Córdoba. Las tiendas de ropa no aceptaban de vuelta los trajes lustrosos ni las camisas gastadas pero a las heladeras y los lavarropas el cazador tenía que consignarlos en el depósito del ferrocarril. Recién aparecían las heladeras eléctricas, me acuerdo. Eran sólidas y ruidosas como locomotoras. Mi padre nos llevó a

comprar la primera a Neuquén. Una Sigma que todavía funciona, igual a las que el cazador tenía que rescatar por las buenas o a los golpes.

En aquel viaje por caminos de tierra mi padre tenía que ayudarlo a rescatar un combinado. Así se llamaban: eran muebles de madera lustrada con una radio a lámparas y el tocadiscos de setenta y ocho revoluciones. El moroso se había fugado al Sur con la familia y desde Córdoba reclamaban la música y una indemnización si el mueble estaba rayado. Mi padre aceptó darle una mano porque pensó que nunca lo atraparían. A cambio el cazador le pagaba el desayuno y compartía la gomina. En ese tiempo las hojas de afeitar más baratas eran las Legión Extranjera, que dejaban la cara a la miseria. El tipo llevaba unas cuantas cajitas y mi padre tenía que esperar que el otro las usara de los dos lados para poder afeitarse.

A la semana de viaje habían atravesado la frontera de Río Negro con Neuquén y el cazador seguía adelante porque la presa mayor era un holandés que había pagado dos cuotas de la Puma Gran Turismo y el cobrador no volvió a encontrarlo en los lugares que solía frecuentar. La Puma tenía sólo dos velocidades: primera y directa. Era de fabricación nacional y por eso se le perdonaban todos los defectos. A mediados de los años 50 si uno tenía una Puma se levantaba la chica que quería y aquel deudor había abandonado Palermo Viejo para hacer patria en los confines de la Patagonia con su chica y su moto, lejos del estrés y las cuotas mensuales. Y así como perseguía al que se fue con el combinado y al que se largó con la moto, el cazador tenía una lista de morosos grande como un rollo de papel higiénico. La colgaba de una percha en la cabina del Buick y mi padre la leía de reojo con miedo a encontrarse con su nombre.

Años después, mientras me contaba aquel viaje, intuí que había querido largarse para siempre. Dejarnos en Río Cuarto y mandar un giro cada tanto. Pero no se animó. Le pesaban su historia y vaya a saber qué culpas que llamaba responsabilidades. Volvió de aquel viaje sin mochila, mucho más flaco, maldiciendo al cazador solitario. Pasaron varios meses antes de que nos dijera algo sobre los paisajes que había conocido y muchos más hasta que me contó el fin de su aventura. En Esquel se toparon con el tipo del combinado. Era un moroso; tímido, algo rengo, de nariz colorada y pelo cimarrón que iba a trabajar en bicicleta. Había ocupado unas tierras en la ladera de una montaña y mi padre le contó al menos una mujer, seis hijas y algún colado más que vivía con ellos.

Por ley, ningún ciudadano podía ser privado de su radio si era la única que tenía. Al menos eso me dijo mi padre, que gustaba sorprenderme con las paradojas de su época. Por eso el cazador necesitaba ayuda. Alguien que si llegaba la policía declarara que ayer nomás el moroso: le había vendido otra radio porque lo único que le interesaba de su combinado era la música. Fue ahí que mi padre empezó a flaquear. Ya andaba hecho una piltrafa de poco comer y nunca bañarse. No le daba pena el otro sino su propia condición de fugitivo, de deudor en el cielo y en la tierra.

La noche antes de que el cazador diera el asalto mi padre salió a caminar y después de mucho pensarlo decidió quedarse a pie y sin el desayuno gratis. Golpeó a la puerta del moroso y encontró a la familia en medio de la cena. El dueño de casa desconfió enseguida y no se creyó el cuento del inspector de Obras Sanitarias, aunque mi padre tenía la credencial con sellos y firmas. Todos lo miraban mientras revisaba la entrada de agua y una de las nenas masónicas preguntó medio asustada si ése era " el Hombre de la Bolsa. Se rieron, pero el aire siguió tenso hasta que mi padre dijo que la instalación era un desastre pero que él había ido a

controlar la calidad del agua y no la de las cañerías. Pidió dos vasos limpios, un poco de lavandina y fingió una alquimia que hizo reír a las chicas y lo llevó a la mesa a compartir un guiso con trozos de cordero. El combinado estaba impecable, sintonizado en la onda corta del Glostora Tango Club. Afuera ya se había levantado el viento y mi padre pensó, de nuevo, que éste era un país sin remedio al que había que salir a mirar por última vez. La mujer fue a acostar a las nenas y los hombres salieron a despedirse en la vereda de tierra. Mi padre ya se alejaba en la oscuridad pero el otro lo llamó con un chistido y un "disculpe don" que sonó bastante perentorio. Estaban parados ahí, mirando al cielo, como para empezar a pelear o a reírse. El moroso llevaba una temerosa navaja en la mano y le preguntó quién era, qué quería en su casa.

Más tarde, mientras lo contaba, mi padre parecía avergonzado. Tal vez no era lo que quería que yo supiera de él. Dijo que respondió con una evasiva: "Yo también soy deudor", o algo parecido, y avisó que el cazador vendría a la madrugada. El otro lo escuchó sin interrumpirlo y después señaló la navaja. "Ni los discos se lleva ese hijo de puta", murmuró. Mi padre asintió porque él hubiera dicho lo mismo y preguntó si no pasaba un colectivo que lo acercara al pueblo. No recuerdo dónde me contó que había dormido y por la mañana se presentó en la oficina de Obras Sanitarias para que lo repatriaran a su casa. Había andado vagando por ahí y como siempre volvía al punto de partida. En la repartición le dieron algo de ropa, unos vales con el escudo justicialista y unos días después lo llevaron a la terminal.

Mientras esperaba el ómnibus se asomó al depósito de encomiendas y vio una Puma Gran Turismo embalada en un armazón de madera. Al lado estaba el combinado envuelto con cartones y consignado a nombre de un vendedor de la ciudad de Córdoba. Había muchas chucherías más en las que el cazador de morosos también había escrito su nombre de remitente satisfecho.

## *Gorilas*

Nunca olvidaré aquellos lluviosos días de setiembre del 55. Aunque para mí fueron de viento y de sol porque vivíamos en el Valle de Río Negro y los odios se atemperaban por la distancia y la pesadumbre del desierto. Mandaba el General y a mí me resultaba incomprensible que alguien se opusiera a su reino de duendes protectores. Mi padre, en cambio, llevaba diez años de amargura corriendo por el país del tirano que no lo dejaba crecer. Una vez me explicó que Frondizi había tenido que huir en calzoncillos al Uruguay para salvarse de las hordas fascistas. Y se quedó mirándome a ver qué opinaba yo, que tendría nueve o diez años. A mí me parecía cómico un tipo en calzoncillos a lunares nadando por el río de la Plata, perseguido por comanches y bucaneros con el cuchillo entre los dientes.

No nos entendíamos. Mi peronismo, que duró hasta los trece o catorce años, era una cachetada a la angustia de mi viejo, un sueño irreverente de los tiempos de Evita Capitana. Años después me iba a anotar al lado de otros perdedores, pero aquel año en que empezó la tragedia escuchaba por la radio la Marcha de la Libertad y las bravuconadas de ese miserable que se animaba a levantarse contra la autoridad del General. El tipo todavía era contraalmirante y no se sabía nada de él. Ni siquiera que había sido cortesano de Eva. Todavía no había fusilado civiles ni prohibido a la mitad del país. Era apenas un fantasma de anteojos negros que bombardeaba Puerto Belgrano y avanzaba en un triste barco de papel. Era una fragata bien sólida, pero a mí me parecía que a la mañana siguiente, hartado de tanta insolencia, el General iba a hundirlo con sólo arrojar una piedra al mar.

Recuerdo a mi padre quemando cigarrillos, con la cabeza inclinada sobre la radio enorme. Lo sobresaltaban los ruidos de las ondas cortas y quizás un vago temor de que alguien le leyera el pensamiento. A ratos golpeaba la pared y murmuraba: "Cae el hijo de puta, esta vez sí qué cae". Yo no quería irme a dormir sin estar seguro de que el General arrojaría su piedra al mar. Tres meses atrás la marina había bombardeado la Plaza de Mayo a medio día, cuando la gente salía a comer, y el odio se nos metió entre las uñas, por los ojos y para siempre. A mi padre por el fracaso y el bochorno, a mí porque era como si un intruso viniera a robarme los chiches de lata. Me cuesta verme así: ¿qué era Perón para mí? ¿Una figurita del álbum, la más repetida?, ¿los juguetes del correo?, ¿la voz de Evita que nos había pedido cuidarlo de los traidores? Se me iba la edad de los Reyes Magos y no quería aceptar las razones de mi padre ni los gritos de mi madre.

Creo que allá en el Valle no se suspendieron las clases. Una tarde vinieron unos milicos que destrozaron a martillazos la estatua de Evita. Al salir del colegio vi a un montón

de gorilas que apedreaban una casa. Los chicos bajábamos la cabeza y caminábamos bien cerca de la pared. El día que Perón se refugió en la cañonera paraguaya mi madre preparó raviolos y mi padre abrió una botella de vino bueno. "Lo voy a cagar a Domínguez", dijo, ya un poco borracho, y buscó los ojos de mi madre. Domínguez era el capataz peronista que le amargaba la existencia. El tipo que me dejaba subir a la caja del camión cuando salían a instalar el agua. Creo que mamá le hizo una seña y el viejo me miró, afligido. "¿Por qué me salió un hijo así?", dijo y me ordenó arrancar el retrato de Evita que tenía en mi pieza. Lonardi hablaba por radio pero el héroe era Rojas. Para convencerme, mi padre me contaba de unos comunistas asesinados y otra vez de Frondizi en calzoncillos. No les tenía simpatía a los comunistas pero ya que estaban muertos, ¿por qué no acordarse de ellos? Yo no quise bajar el retrato y mi padre no se atrevió a entrar en mi cuarto. "Está bien, pero deja la puerta cerrada, que yo no lo vea", me gritó y fue a terminar el vino y comerse los raviolos.

Fue un año difícil. Terminé mal la primaria y empecé mal el industrial de Neuquén. Hasta que Rodolfo Walsh publicó *Operación Masacre* no supimos de los fusilamientos clandestinos de José León Suárez, ordenados por Rojas. Mi viejo seguía enojado con Perón pero se amigó con el capataz Domínguez. Alguien vino a tentarlo en nombre de Balbín. En ese entonces yo me había puesto del lado de Frondizi, tal vez por aquella imagen del tipo en calzoncillos que se aleja nadando hacia la costa del Uruguay, y entonces mi padre se negó a entrar en política.

En el verano del 58 empecé a trabajar en un galpón donde empacaban manzanas para la exportación y en febrero se largó la huelga más terca de los tiempos de la Libertadora. Largas jornadas en la calle, marchas, colectas y asados con fútbol mientras el sindicato prolongaba la protesta. Un judío de traje polvoriento nos leía presuntos mensajes de Perón. Un día cayó con un Geloso flamante y un carrete de cinta en el bolsillo. Le decían El Ruso; tenía unos anteojos sin marco que dos por tres se le caían al suelo y había que alcanzárselos porque sin ellos quedaba indefenso. Desde la cinta hablaba Perón, o alguien con voz parecida. El General anunciaba un regreso inminente y los rojos ya no eran sus enemigos, decía. Al final de la cinta nos hablaba al oído y decía que se le encogía el corazón al pensar en esa heroica huelga nuestra ahí entre las bardas del desierto.

Alguien, un italiano charlatán, sospechó que el que hablaba no era el General. En aquel tiempo no conocíamos los grabadores y la máquina que reproducía la voz parecía demasiado sorprendente y perfecta para ser auténtica. El Ruso no tenía pinta de peronista y la gente empezaba a desconfiarle. Mi padre y yo no nos hablábamos, o casi, pero si existía alguien en aquellos parajes capaz de confirmar que la máquina y la voz eran confiables, ése era él. Le conté lo que pasaba y en nombre de la asamblea le pedí que verificara si era auténtico el Geloso del Ruso. Todavía lo veo llegar, levantando polvareda con la Tehuelche que me había ayudado a comprar. Esquivó las barreras que habíamos colocado para cortar el camino y se metió en un pajonal porque venía clandestino. Al principio todos lo miraron feo por su aspecto de radical del pueblo. Un chileno bajito lo trató de profesor y eso contribuyó a que se agrandara un poco. Se puso los anteojos, saludó al Ruso y pidió ver el aparato.

Era una joya. Apenas conocíamos el plástico y aquello era todo de plástico. Mi viejo lo miraba como aturdido, con cara de no entender un pito de voces grabadas y perillas de colores. El Ruso desenrolló un cable que había enchufado en la oficina tomada y colocó la cinta con cuidado, como si agarrara un picaflor por las alas. Y Perón habló de nuevo.

Sinarquía, imperialismo, multinacionales, algo que hoy sonaría como una sarta de macanas. El General recordó la Constitución justicialista, que impedía la entrega al capitalismo internacional de los servicios públicos y las riquezas naturales. Todos miraban a mi padre que escuchaba en silencio. Ensimismado, sacó los carretes y tocó la banda marrón con la punta de la lengua. Después pidió un destornillador y desarmó el aparato. Yo sabía que estaba deslumbrado y que alguna vez, en el taller del fondo, intentaría construir uno mejor. Pero esa tarde, mientras el Ruso se sostenía los anteojos con un dedo, mi viejo levantó la vista hacia la asamblea y murmuró: "Es Perón, no tengan duda". Rearmó el Geloso pieza por pieza mientras escuchaba la ovación sonriente, como si fuera para él. Yo le miraba la corbata raída y las uñas limpias. Aquel hombre podía reconocer la voz de Perón entre miles, con ruido de fondo y bajo fuego de morteros. Tanto lo había odiado, admirado quizás.

Dos días después llegaron los cosacos y nos molieron a palos. Así era entonces la vida. El Ruso perdió los lentes y el Geloso. Mientras corría no paraba de cantar *La Internacional*. A mí me hicieron un tajo en la cabeza y a los chilenos los metieron presos por agitadores. Al volver a casa, de madrugada, encontré a mi padre en su escritorio, dibujando de memoria los circuitos del grabador. Me hizo señas de que fuera al lavadero para no despertar a mi madre y puso agua a calentar. Allá en el patio, frente al taller en el que iba a reinventar el Geloso, me ayudó a lavar la herida y me hizo un vendaje a la bartola, porque no sabía de esas cosas. "Parece mentira – me dijo – antes cada cosa estaba en su lugar; ahora, en cambio, me parece que son las cosas las que están en lugar nuestro." Y no me habló más del asunto.

## *Mecánicos*

Mi padre era muy malo al volante. No le gustaba que se lo dijera y no sé si ahora, en la serenidad del sepulcro, sabrá aceptarlo. En la ruta ponía las ruedas tan cerca de los bordes del pavimento que un día, indefectiblemente, tenía que volcar. Sucedió una tarde de 1963 cuando iba de Buenos Aires a Tandil en un Renault Gordini que fue el único coche que pudo tener en su vida. Lo había comprado a crédito y lo cuidaba tanto que estaba siempre reluciente y del motor salían arrullos de palomas. Me lo prestaba para que fuera al bosque con mi novia y creo que nunca se lo agradecí. A esa edad creemos que el mundo sólo tiene obligaciones con nosotros. Y yo presumía de manejar bien, de entender de motores, cajas, distribuidores y diferenciales porque había pasado por el Industrial de Neuquén.

Antes de que me fuera al servicio militar me preguntó qué haría al regresar. Ni él ni yo servíamos para tener un buen empleo y le preocupaba que la plata que yo traía viniera del fútbol, que consideraba vulgar. A mi padre le gustaba la ópera aunque creo que nunca conoció el Teatro Colón. Venía de una lejana juventud antifascista que en 1930 le había tirado piedras a los esbirros del dictador Uriburu, y conservaba un costado romántico. Cuando le dije que quería seguir jugando al fútbol, lo tomó como un mal chiste. Me aconsejó que en la conscripción hiciera valer mi diploma de experto en motores para pasarla mejor. Siempre se equivocaba: fue como centro-delantero que evité las humillaciones en el regimiento. Cualquiera arregla un motor pero poca gente sabe acercarse al arco. La ambición de mi padre era que yo conociera bien los motores viejos para después inventar otros nuevos. Igual que Roberto Arlt, siempre andaba dibujando planos y haciendo cálculos. Una tarde en que me prestó el Gordini para ir al bosque me anunció que al día siguiente, aprovechando sus vacaciones, lo íbamos a desarmar por completo para poder armarlo de nuevo.

Yo no le hice caso pero él se tomó el asunto en serio. En el fondo de la casa tenía un taller lleno de extrañas herramientas que iba comprando a medida que lo visitaban los viajeros de Buenos Aires. Como no podía pagarlas, los tipos entraban de prepo al taller, se llevaban las que tenía a medio pagar y de paso le dejaban otras nuevas para tenerlo siempre endeudado. Había algunas muy estrambóticas, llenas de engranajes, sinfines, manómetros y relojes, que nadie sabía para qué servían.

A la madrugada dejé el coche en el garaje y me tiré en la cama dispuesto a dormir todo el día. Pero a las seis mi viejo ya estaba de pie y vino a golpear a la puerta de mi pieza. Mi madre no me permitía fumar y el entrenador tampoco, así que cuando me ofrecía el paquete yo sonreía y lo seguía por el pasillo poniéndome los pantalones. Caminaba delante

de mí, medio maltrecho, y lo sorprendía que yo pudiera saltar un metro para peinar la pelota que bajaba del techo y meterla por la claraboya del taller.

—Sos un cabeza hueca — me decía.

Se reía con Buster Keaton y leía *La Prensa*, que le prestaba un vecino. Tal vez había envejecido antes de tiempo o quizá se enamoró de una mujer intocable en uno de esos pueblos perdidos por donde nos había arrastrado. Nunca lo sabré. Mi madre ha perdido la memoria y apenas si recuerda el día en que lo conoció, ya de grande, en las barrancas de Mar del Plata.

Me miró y dijo: "Vamos a desarmar el coche. Después, cuando lo volvamos a armar, no nos tiene que sobrar ni una arandela, así aprendes". Era un día feriado, sin fútbol ni cine. Hacía un calor terrible y a mediodía el cura del barrio se presentó a comer gratis y a ver televisión. Pero antes de que llegara el cura mi padre me pidió que eligiera por dónde empezar. Parecía un cirujano en calzoncillos. Sudaba a mares por la piel de un blanco lechoso que yo detestaba. Al agacharse para aflojar las ruedas del Gordini se le abría el calzoncillo y las bolsas rugosas bajaban hasta el suelo grasiento. Puso tacos de madera bajo los ejes y empezó a sacar tornillos y tuercas, bujes y rulemanes, grampas y resortes. A mí me daba bronca porque creía que nunca más iba a poder llevar a mi novia al otro lado del río y entre los árboles.

Igual atacé el motor con una caja de llaves inglesas, francesas y suecas. A mediodía, cuando el cura asomó la cabeza en el taller, ya teníamos medio coche desarmado. Los dos estábamos negros de aceite y habíamos perdido por completo el control de la operación. Mi padre había desmontado todo el tren delantero, la tapa del baúl, el parabrisas, y asomaba la cabeza por abajo del tablero de instrumentos. Atrás, yo había sacado válvulas y culatas y trataba de arrancar el maldito cigüeñal. De vez en cuando mi viejo gritaba "¡Carajo, qué mal trabajan los franceses!" y arrojaba el velocímetro sobre la mesa mientras arrancaba con furia el cable del cebador. El cura nos miraba perplejo con un vaso de vino en una mano y la botella en la otra y de pronto le preguntó a mi padre cuántas cuotas llevaba pagadas. Ahí se hizo un silencio y el otro casi se pierde los tallarines gratis:

—Doce — le contestó de mal humor mi viejo, que era devoto de cristos y apóstoles —. Y con la ayuda de Dios todavía tengo que pagar otras veinticuatro.

Tardamos tres días para convertir al Gordini en miles y miles de piezas diminutas y tontas desparramadas sobre la mesada y el piso. La carcasa era tan liviana que la sacamos al patio para lavarla con la manguera. La segunda tarde mi madre nos desconoció de tan sucios que estábamos y nos prohibió entrar a la casa. Dormíamos en el garaje, sobre unas bolsas, y allí nos traía de comer. Vivíamos en trance, convencidos de que un técnico diplomado en el Otto Krause y un futuro conscripto de la Patria no podían dejarse derrotar por las astucias de un ingeniero francés. Fue entonces cuando mi padre decidió comprimir el motor y aligerar la dirección para que el coche cumpliera una performance digna de su genio. Hizo un diseño en la pared y me preguntó, desafiante, si todavía pensaba que el fútbol era más atrayente que la mecánica. Yo no me acordaba cuál pieza concordaba con otra ni qué gancho entraba en qué agujero y una noche mi padre salió a buscar al cura para que con un responso lo ayudara a rehacer el embrague. Al fin, una mañana de fines de febrero el coche quedó de nuevo en pie, erguido y lustroso, más limpio que el día en que salió de la fábrica. Lo único que faltaba era la radio que el cura nos había robado en el momento del recogimiento y la oración.

Le pusimos aceite nuevo, agua fresca, grasa de aviación y un bidón de nafta de noventa octanos. Hacía tiempo que mi padre había perdido los calzoncillos y se cubría las vergüenzas con los restos de un mantel. Mi novia me había abandonado por los rumores que corrían en la cuadra y mi madre tuvo que lavarnos a los dos con una estopa embebida en querosene. En el suelo brillaba, redonda y solitaria, una inquietante arandela de bronce, pero igual el coche arrancó al primer impulso de llave. Mi padre estaba convencido de haberme dado una lección para toda la vida. Adujo que la arandela se había caído de una caja de herramientas y la pateó con desdén mientras se paseaba alrededor del Gordini, orgulloso como un gallo de riña. Después me guiñó un ojo, subió al coche y arrancó hacia la ruta. A la noche lo encontré en el hospital de Cañuelas, con un hombro enyesado y moretones por todas partes.

—Anda —me dijo—. Preséntate al regimiento como mecánico, que te salvas de los bailes y las guardias.

Ese año hice más de veinte goles sin tirar un solo penal. Por las noches leía a Ítalo Calvino mientras escribía los primeros cuentos. Mi viejo sabía aceptar sus errores y cuando publiqué mi primera novela, y me fue bien, se convenció de que en realidad su futuro estaba en la literatura. Enseguida escribió un cuento de suspenso titulado *La luz mala*, que inventó de cabo a rabo. Como Kafka, murió inédito y desconocido de los críticos. Por fortuna para él su único enemigo, grande y verdadero, había sido Perón.

## Juguetes

El primer regalo del que tengo memoria debe haber sido aquel camión de madera que mi padre me hizo para un cumpleaños. No me gustó y no lo usé nunca quizá porque lo había hecho él y no se parecía a los de lata pintada que vendían en los negocios. Muchos años después lo encontré en casa de uno de mis primos que se lo había dado a su hijo. Era un Chevrolet 47 verde, con volquete, ruedas de retamo y el capó que se abría. Las ruedas y los ejes seguían en su lugar y las diminutas bisagras de las puertas estaban oxidadas pero todavía funcionaban.

Mi padre se daba maña para hacer de todo sin ganar un peso. En San Luis construyó una casa en un baldío de horizonte dudoso, cubierto de yuyos y algarrobales. El gobierno de Perón le había dado un crédito para vivienda y él se sentía vagamente humillado por haberlo merecido. Nunca supe cómo hacía para ocultar su condición de antiperonista virulento, de yrigoyenista nostálgico en los tiempos del Plan Quinquenal. En cambio yo me criaba en aquel clima de Nueva Argentina en la que los únicos privilegiados éramos los niños, sobre todo los que llevábamos el luto por Evita.

En el día de Reyes, que para colmo es el de mi cumpleaños, el correo regalaba juguetes a los chicos que fueran a buscarlos. Muñecas, trompos, una pelota de goma, cosas de nada que los pibes mostraban a la tarde en la vereda. Por más peronistas que fuéramos, a los hijos de los "contreras" se nos notaba la bronca y el orgullo de ser diferentes. A mi padre no le gustaba que yo hiciera cola en el correo para recibir algo que él no podía comprarme. Por eso me hizo aquel camión con sus propias manos, para mostrarme que mi viejo era él y no el lejano dictador que nos embelesaba por radio y aparecía en las tapas de todas las revistas.

Pero a mí el camión no me gustaba y a escondidas le escribí una carta al mismísimo General. No recuerdo bien: creo que en el sobre puse "Excelentísimo General Don Juan Domingo Perón, Buenos Aires". En casa siempre había estampillas coloradas con la cara de San Martín así que despaché la carta y enseguida me olvidé. Para remediar su fracaso con el camión, mi padre me compró un barquito verde y blanco que no funcionó nunca pero del que me acuerdo siempre. Como no tenía hermanos, nadie me lo disputaba y pasaba horas haciéndolo navegar. Me acomodaba bajo la copa de un árbol para protegerme del terrible sol puntano y allí imaginaba aventuras tan buenas como las que traían *El Tony*, *Fantasia* y *Rayo Rojo*. No sé, creo que unas veces yo era Tarzán y otras el Corsario Negro conduciendo, intrépido, a sus sesenta valientes.

El tiempo parecía interminable entonces. Ser mayor era tener diecisiete años y ésa era la edad de mis héroes en el momento de combatir o de amar. Y allí íbamos, Tarzán, el Corsario, Kit Carson y yo, en busca de una rubia suave y maternal que se esfumaba en las sombras de nuestra noche imaginaria. No sé quién era; tal vez Lana Turner, Evita, o la radiante esposa del ciclista de la esquina. Creo que hacíamos con ella algo inconfesable y delicioso, mecidos por la brisa de la tarde o azotados por el torbellino del viento chorrillero. Entre tanto, mi padre ocultaba el pasto que habíamos puesto para que comieran los camellos de los Reyes Magos. Recuerdo que lo seguí a hurtadillas aquella noche en que me regaló el camión y lo vi arrojar el pasto por encima de la tapia.

Era un tipo de voz temible, mi padre; de gestos dulces y reflexiones amargas. Nada de lo que a él le gustaba me interesaba a mí. Amaba las matemáticas y leía gruesos libros llenos de ecuaciones y extraños dibujos. Me hablaba del Congreso y sus facultades cuando para mí sólo contaba el general. Me daba pena verlo soñar con una máquina de fotos, una Leica que nunca podría pagar. A medida que crecíamos y nos enterábamos por el cine, el Corsario, Tarzán, Kit Carson y yo distinguíamos por la trompa un Chevrolet 37 de uno del 35, un Ford A del 30 de otro del 31.

Una mañana se detuvo frente a casa un Buick con tres hombres de sombrero. Lo buscaban a mi padre y él salió presuroso, con el pucho entre los labios. Llevaba el único traje que tenía para ir a la oficina y sólo Dios sabe cómo hacía mi madre para tenérselo siempre listo. La imagen de mi padre (alto, pelo blanco, idéntico a las fotos de Dashiell Hammett) me es indisoluble del cigarrillo en los labios. Lo dejaba consumirse ahí, y se estaba horas mirando un libro de logaritmos, acompañado por una voluta de humo que flotaba hacia la lámpara.

El Buick arrancó y yo supe enseguida que era un modelo 39. Para el Corsario y Kit Carson era del 38, pero yo estaba seguro porque tenía la parrilla más ancha y generosa y atrás la carrocería bajaba en picada disimulando el baúl. Mi madre se quedó en silencio y cuando se ponía así era mejor mantenerse a distancia. No sé por qué, yo me olía plata, la plata que faltaba, la que permitiría que mi padre se comprara la Leica y mi madre cambiara los zapatos. Plata para que me compraran *Puño Fuerte* y *El Tony* todas las semanas. Tal vez el *Misterix*, que era carísimo. "Una fragata", solía decir mi padre, "¡quién tuviera una fragata!". La fragata era el imposible billete de mil y mi padre había imaginado todas las maneras de gastarlo. Ninguna incluía revistas de historietas ni matinés con Dick Tracy y la habitación donde él soñaba se llenaba de voltímetros, catalizadores de células fotoeléctricas y otras cosas tan inservibles como ésas.

Pero tampoco esa vez fue plata. Cuando volvió, a mediodía, mi padre estaba pálido pero sonriente. No se decidía entre el orgullo y la bronca. La ceniza del cigarrillo le caía sobre el banderín azul y blanco que apretujaba con los dedos humedecidos.

— Me dio la mano — le dijo a mi madre y me miró de reojo —. Me dio la mano y me dijo: "Cómo le va, Soriano".

— ¿Y cómo te conoció? — preguntó mi madre, asustada.

— No sé. Me conoció el desgraciado.

En los días de más furia solía llamarlo "degenerado mental", pero aquel mediodía estaba demasiado impresionado porque el General, que iba a Mendoza en tren, se había

detenido en la estación de San Luis para saludar a todos los funcionarios por su nombre. Uno por uno, hasta llegar al sobrestante de Obras Sanitarias José Vicente Soriano, responsable de las aguas que consumía la población de San Luis.

Después de aquel apretón de manos, mi padre fingió odiarlo todavía más y por las noches, a la hora de la cena, bajaba la voz como un filibustero listo para el abordaje: "¡No me voy a morir sin verlo caer!", decía, y yo me estremecía de miedo a verlo caer. Corría entonces a mirarlo sonreír en las figuritas, entre Grillo, Pescia, Fanny Navarro y Benavídez y me parecía invencible. Por las tardes, mientras preparaba el barco, veía pasar a la rubia mujer del ciclista y el mundo de Tarzán, Kit Carson y el Corsario Negro volvía a su orden natural e inmutable.

No sé por qué cuento esto. Me vienen a la memoria un arco y una flecha. Una espada de madera, un autito de carrera y el camión que tanto desprecié. También me acuerdo de la imponente llegada de un camión amarillo. Por fortuna mi padre no estaba en casa. Tocaron el timbre y salió mi madre:

— Presidencia de la Nación — dijo un tipo de uniforme. Y bajaron una inmensa caja en la que decía "Perón cumple, Evita dignifica".

Mi madre intuía, azorada, la traición del hijo. "Ya vas a ver cuando llegue tu padre", gruñía mientras yo contaba las diez camisetas blancas con vivos rojos y una amarilla para el arquero. También había una pelota con cierre de tiento y una carta del General. "Que lo disfrutes", decía. Y también: "Pónganle el nombre de Evita al cuadro".

Mi padre quería tirar la carta al fuego. Iba a pasar algún tiempo antes de que Perón cayera y muchos años más hasta que pudiera darse el gran gusto de su vida. Yo ya era grande, vivía en la Avenida de Mayo y él se había venido a Buenos Aires a buscar otro trabajo. Cuando pasó a buscarme traía la Leica envuelta en sedas y con un manual en tres idiomas. Fuimos a un bar y rebosante de orgullo me mostró su juguete. De verdad era precioso. Lentes suizos, disparador automático, qué sé yo. Le pregunté si era muy cara y me contestó con un gesto de desdén. "Vos págame los cigarrillos", dijo.

A los dos o tres meses fui a visitarlo a una ruinoso pensión de Morón y lo encontré nervioso y esquivo. "¿Dónde está la Leica?", le pregunté como al descuido y enseguida me di cuenta de que íbamos a pasar un rato en silencio. Le di un paquete de cigarrillos y cuando se puso uno entre los labios, murmuró: "Se la llevaron ayer, los degenerados... No alcancé a pagar la cuota, ¿sabés?".

Nos dimos un abrazo y nos pusimos a llorar. Mi padre por la Leica y yo por el camión aquel.

## *Palizas*

La primera gran paliza de mi vida me la dio mi padre en la ciudad de Río Cuarto cuando tendría nueve o diez años. No sé con qué cacharro estaba jugando sin atender las advertencias y cuando mi viejo vino a hablarme me retobé y le tiré algo contundente a la zona donde duele más. Después de unos cuantos saltos y flexiones que me hicieron despanzurrar de risa, mi padre me enderezó de una patada y me calzó tantos bofetones que me olvidé de contarlos.

Enseguida se arrepintió. Mi viejo era calentón pero rara vez pegaba. Si no le entendían por las buenas, sacaba la lapicera y se ponía a explicar con un dibujo. Una sola vez lo vi pelear en la capital de San Luis y tuvo sus razones. Había poca presión de agua y Obras Sanitarias multaba a los que lavaban los coches con agua de la canilla. Mi padre salía de inspección en la bicicleta y me llevaba sentado en el caño para enseñarme dónde se terminaba exactamente la ciudad. Ésa era mi obsesión en aquellos tiempos. Saber dónde, en qué punto exactamente, una cosa dejaba de ser lo que era y se transformaba en otra.

Lo cierto es que íbamos buscando los límites del pueblo por una calle de tierra, zigzagueando entre la polvareda con una de aquellas bicicletas peronistas de ruedas anchas y cuadro pesado en las que se desplazaban los funcionarios de la repartición y los vigilantes de patrulla. A lo lejos divisamos a un grandote que tomaba mate y manguereaba alegremente un Chevrolet 42 de techo azul. Yo adoraba los coches, era hinchita de Oscar Gálvez y soñaba con ser grande para manejar uno y conquistar a todas las chicas de la provincia. El de esa tarde tenía los cromados relucientes y gomas con bandas blancas que necesitaban muchas horas de manguera para quedar impecables. El tipo estaría preparándolo para salir de joda en esos tiempos de Alberto Castillo. Mi padre calzó la bicicleta contra el cordón de la vereda y fue a decirle, sonriente y engominado, que estaba derrochando el agua destinada a la población. En los jodidos tiempos del General y Evita Capitana había demasiado Estado. Poner en peligro la salud de la gente podía acarrearle a cualquiera un sumario y una larga temporada a la sombra. Seguro que mi padre no quería terminar rapado y caminando entre dos vigilantes por las calles del pueblo, como les pasó al gerente de Agua y Energía que se olvidó de cerrar un pozo en la vereda y al almacenero que tenía una balanza retocada. Entonces se, armó de todo su coraje y como el tipo se le reía en la cara, medio sobrador y jodón, sacó el talonario de multas y ahí nomás le labró un acta de infracción, o algo parecido.

El grandote se encocoró. Anunció su calidad de integrante de no sé qué rama del justicialismo y abrió más fuerte la manguera para que viéramos cómo nos hacía brillar el auto

en el hocico y se pasaba por los quintos forros las opiniones de un funcionario de traje gris y broches de ciclista. Mi viejo le alcanzó la boleta para que la firmara mientras le discurseaba un edicto peronista de los que él detestaba, pero que eran ley sagrada.

La gresca empezó cuando el grandote arrugó el papel, lo tiró a la alcantarilla y sacó un sonoro "que se te mueran los hijos, la puta que te parió". En ese tiempo yo no sabía muy bien qué era morirse, pero a mi viejo se le subió la sangre a la cabeza y le tiró un derechazo que me lo convirtió para siempre en Colt el Justiciero. Después también él recibió lo suyo y cuando llegaron los vigilantes fuimos todos a parar a la comisaría. A mí me llevaron a casa de inmediato porque como todo el mundo sabía los únicos privilegiados éramos los niños. A mi viejo lo soltaron más tarde, con algunos moretones, bastante despeinado y un poco rengo. Al grandote le aplicaron el edicto y le cobraron la multa porque el General había mandado pegar por todas partes unos afiches de frondosa redacción: *Así como la gota de agua horada la piedra, una canilla mal cenada horada la riqueza de In Nación.*

Tiempo después, frente a un peleador de nombre Orellana, que estaba dándome una paliza contra las cuerdas de un ring de Neuquén, traté de recordar cómo diablos hizo mi padre para sacar una derecha tan buena y tan sorprendente contra al regador justicialista. El tal Orellana me castigaba al hígado para ablandarme los brazos y yo lo agarraba como podía mientras rogaba que tocaran la campana. Era un torneo intercolegial en el que me había anotado para no parecer menos hombre que los del curso de tornería. Pero un día nos avisaron que teníamos que presentarnos en el gimnasio y a mi madre casi le da un infarto del susto. El viejo se quitó los anteojos, me dio un reto y enseguida me facilitó la plata para el colectivo porque prefería que yo mismo arreglara los líos en los que me metía.

Al principio éramos todos malos y bastante miedosos. De verlo a Gatica en las fotos del diario yo sabía que había que poner un guante firme para proteger la cara y tirar el otro hacia adelante para mantener alejado al rival. Con eso me bastó para ganarle a un eslovaco de nariz grande y nombre complicado que venía agrandado del Normal Cipolletti. También a un italiano raquíutico de la Escuela de General Roca al que saqué en dos vueltas después que me pegó uno de los sopapos más sonoros que he oído en mi vida. Entonces, como nos pasa a esa edad y también en otras más ridículas, creí que yo era el mejor y que con sólo extender mi puño mágico los otros se caerían como los limones de los árboles. Mi padre detestaba el boxeo y dominaba las matemáticas, la física y muchas otras cosas inservibles en este país. En aquel valle de bardas salvajes me hablaba de algoritmos y memorias artificiales cuando las computadoras eran una ilusión de veinte toneladas y yo creía que podía ser campeón neuquino de peso mediano. Hasta que me agarró Orellana que venía de Zapala y me dio una paliza metódica y sarcástica, pegando y cantando al mismo tiempo, y ahí se terminó mi carrera con los guantes. Machucado, con la cara toda cortada, volví arrastrándome a casa y me convencí de que mi futuro estaba en algún alto lugar del fútbol nacional.

No sospechaba que años después, en un piquete de huelga de los embaladores de manzanas del Alto Valle, vería cargar a los cosacos de la Libertadora mientras los *cabecitas* cantaban a todo pulmón la Marcha Peronista. Era mi primer trabajo entre dos temporadas de colegio. No recuerdo bien si la huelga era por plata o por la vuelta de Perón. Había gente que miraba al cielo ansiosa por descubrir el avión negro que traería de regreso al General, esperaban que se asomara a la ventanilla y saludara con brazos abiertos y la sonrisa. Yo ya no cantaba lo mismo que ellos pero la paliza fue la misma para todos, con caballos pechadores y

cachiporras de goma. Tirábamos bolitas para que resbalaran los caballos pero no sé por qué los que caíamos éramos nosotros. Aprendíamos ser argentinos, a correr y escondernos, a escapar, a perder.

En los discos y por la radio sonaba Billy Cafaro, un prodigio fugaz. Durante los recreos nos peleábamos a tortas mientras Aramburu y Rojas fusilaban en los basurales de León Suárez. El cajón de Evita se iba de viaje y los cosacos pegaban, los caballos pegaban, todos pegaban. Lástima que mi padre no estuviera allí con sus talonarios de multas y sus libros de electrónica para sacar el sorprendente derecho de Colt el Justiciero.

## Trenes

Siempre me vuelven a la memoria aquellos viajes en tren que cambiaron mi vida. Eran viajes largos y rumorosos, con sándwiches de milanesa y limonadas caseras. Ahí vamos, mi madre y yo vestidos de Domingo en el vagón de segunda. Mamá lleva un pañuelo azul al cuello y la mirada puesta en la ventanilla sucia. Yo voy de pantalón corto y es posible que lleve un pulóver marrón con los codos zurcidos. No sé a qué le temo ni en qué piensa mi madre.

Cae la tarde y el sol se esconde en el horizonte. Mi padre ha partido meses antes a ocupar su cargo en una oficina de Río Cuarto. Muchos años después, al escribir estas líneas, releo una carta que le mandé a los nueve años: "Querido papá: a mami ya le sacaron la venda y yo me estoy haciendo una onda, la goma me la trajo del regimiento el señor Limina. Ya tenemos camionero, es Jamelo, mandá plata. Como estás por allá? Asfaltan calles? acá no, Fernandino viene siempre entre las 10 o 10 y media. Voy al cine cuando quiero y me levanto a las 10. Esperamos ir con vos, termina la casa. Besos chau". Y al margen, como posdata: "El gatito está atado".

Algunos errores de sintaxis, la *be* de venda y los acentos que faltan. Una caligrafía rumbosa que mi padre conservó hasta el final entre sus papeles. El chico de la carta es el que viaja con su madre en un tren que culebrea y se detiene de tanto en tanto a reponer agua y carbón. Una locomotora negra, con humo negro, igual que esa a pilas con la que ahora juega mi hijo. Perón la ha pagado como si fuera nueva y lleva el escudo nacional. Me pregunto: ¿por qué está atado el gatito? ¿Qué venda le han sacado a mi madre? ¿Quién es Jamelo? ¿Por qué me preocupa tanto el asfalto de las calles?

Mi madre ya no se acuerda del gatito. Con más de ochenta años se le confunden los trenes. Había tomado el primero en Pamplona, cuando era chica, y siguió aquí, en esta tierra inmensa, detrás de mi padre. Al Norte, al Sur, a la sierra, al mar, mamá subió a todos los trenes. Me dice, escondida en una montaña de recuerdos difusos, que Jamelo era el de la mudanza y se lleva la mano a la frente donde todavía tiene la marca de aquella herida. Un barquinazo con el jeep de Obras Sanitarias, de eso me acuerdo bien. Mi padre siempre agarraba los pozos más grandes y en aquel de San Luis mi madre dejó la lozanía de su cara española. Sangraba y no podía entender qué le había pasado. Mi viejo la cubrió con un pañuelo y manejó kilómetros y kilómetros maldiciendo todos los pozos que Dios ponía en su camino. En un hospital le colocaron esa venda que ya le han sacado en mi carta.

Manejaba mal, mi viejo, pero él nunca lo admitió. Una vez me atreví a decírselo en una curva, camino de Rauch. Frenó el coche en un pastizal y me dijo que bajara a pelear. Era así. Se enfrascaba en sus pensamientos y olvidaba la ruta. Entonces mi madre se sentía feliz

de subir al tren justicialista. No le importaba que pasáramos días y días en aquellas butacas de madera durmiendo sobre una frazada. A la noche, cuando el tren se paraba en cualquier parte y los señaleros caminaban junto a la vía sin dar explicaciones, abría un paquete hecho con una caja de zapatos y todos los pasajeros se daban vuelta para sentir el aroma de nuestro pollo relleno. Tenía que durar hasta el final del viaje y lo administraba con un rigor de campesina. Mientras comíamos me contaba escenas de *Lo que el viento se llevó* y de postre las películas del Gordo y el Flaco. Entonces reía y los hacía correr perseguidos por un fantasma o subir un piano inútil a un segundo piso equivocado. El tren arrancaba a los tirones y después se paraba en una estación de mala muerte. Recuerdo que en ese viaje, o en otro, subieron a un boxeador noqueado y con los guantes todavía puestos, que mientras dormía narraba su propia derrota. Mi madre le mojó los labios con un pañuelo. El entrenador llevaba sombrero, tiradores y una boquilla, pero se le habían acabado los cigarrillos. Cada vez que mamá se inclinaba a auxiliar a su amigo el tipo se sacaba el sombrero y rogaba a Dios que se despertara para la próxima pelea.

Una vez que hicimos noche en un hotel de Bahía Blanca tardé en dormirme y entreví la desnudez de mi madre bajo la ducha. Al día siguiente, en el expreso a Neuquén, le pregunté qué era esa cosa negra que tenía *ahí*. Me miró y durante un rato movió los labios sin hablar. Por fin dijo: "Un hormiguero", y ésa es la única cosa textual que recuerdo de nuestra charla. Yo tenía cuatro o cinco años y ella todavía no llevaba la huella en la frente. Una vez le escuché decir que querían adoptar un hermanito para mí. La odié y odié a mi padre hasta que me preguntó si quería un hermano de regalo y yo me puse a llorar. Pero eso fue mucho más tarde, entre el rápido a Río Cuarto y el expreso a Cipolletti.

Ahora creo que vamos rumbo a San Luis y en un lugar penumbroso suben dos mellizos vestidos de azul, con una valija inmensa. Al rato uno abre la valija y de adentro sale un enano. No necesitan boleto. Los tres son, le informan al guarda, electores de Perón. Los que el pueblo votó para que votaran por Perón. En casa, el General era mala palabra pero ahí, de noche y a los cimbronazos, estallan aplausos y el enano levanta los brazos subido a un asiento. Alguien, atrás, empieza a vociferar "aquí están/éstos son/los muchachos de Perón". Uno de los mellizos se sienta al lado de mi madre y enseguida le saca un piropeo de versos floridos. Ella se levanta en silencio, indignada, con la cicatriz que le cruza la frente, y me arrastra al pasillo. "Éste es mi hijo", le dice al guarda mientras me pone la mano sobre un hombro, "y en este tren, como manda el General, los únicos privilegiados son los niños". Me parece mentira que lo diga ella, pero el de uniforme se pone duro como un mástil y el enano deja de gritar. Después todo pasa muy rápido. En la siguiente estación sube la policía y se lleva a los electores a empujones. Un gordo engominado se acerca a mi madre y se disculpa en nombre del ferrocarril: los privilegios de los niños alcanzan a las madres, dice y suda a mares mientras su mano grasienta me acaricia la cabeza. Parece asustado y nos ofrece pasar al vagón de primera.

Esa fue la única vez que viajamos en asientos mullidos. Mi madre se recuesta y cierra los ojos. Ahora veo: el gatito está atado a una silla, enredado en un ovillo de lana. Dormía en mi cama como ahora otro duerme junto a mi hijo. A veces yo era el Corsario Negro y él el Corsario Rojo que iba a morir en el cadalso. Era negro y blanco con un morro fino y una paciencia infinita. Una noche no volvió, la siguiente tampoco y a la tercera empezamos a llorarlo. Nos había acompañado en otros trenes, aterrado por el encierro y el ruido. Venía del

asfalto de Mar del Plata y tal vez sufría los calientes desiertos puntanos. ¿Sueña con eso mamá cuando duerme esa noche en el tren? ¿Sueña con su aldea de Navarra? ¿Con la voz de Magaldi? ¿Con los bailes en Barracas cuando era joven y trabajaba en la fábrica de medias? En la larga espera de una estación desconocida, esta vez rumbo a Tandil, habla de ella: años atrás un tal Fermín Estrella Gutiérrez le ha escrito versos de amor, dice. Era elegante y gentil aquel poeta de sonoro apellido. Qué más, me pregunto ahora: ¿qué otros sueños? ¿Más praderas y distancias? Tal vez la pensión de la calle Brasil, a una cuadra de donde vivía el Peludo Yrigoyen. La estación Constitución donde desembarcamos por primera vez, yo intimidado por la inmensa avenida y ella feliz con su sombrero de paja bajo el sol.

Trenes de madera, de fierro, de juguete. Resaca inglesa y vivezas criollas. Van peones deportados, viajantes medrosos, boxeadores noqueados, antiguos electores de Yrigoyen y Perón. Ahí va Gardel que todavía no es Gardel. Viene Eva, que todavía no es Evita. Sube su moto un chico que todavía no es el Che. Todos duermen, igual que mi madre. Van a la deriva del destino. A cara o cruz. Aunque nunca hablemos de los sueños, es en ellos donde alguna vez somos enteramente felices. Mientras ruge la locomotora y crujen las maderas de aquel vagón justicialista.

## *Caídas*

Mi padre tuvo tantas caídas que al final no recordaba la primera. Lo vi despeñarse con una motoneta camino de Plaza Huincul y años más tarde se dio vuelta con el Gordini, cerca de Cañuelas. Mi madre me contó que una vez, cuando yo era muy chico, se cayó sin mayores daños de un poste de teléfonos y como era bastante distraído solía tropezarse con los juguetes que yo dejaba tirados en el suelo.

Una tarde de diciembre de 1960 alguien vino a avisarme que lo había atropellado un auto. Llegué sin aliento en una bicicleta prestada y lo encontré estirado en la calle. Estaba un poco despeinado, con los ojos abiertos y la cara muy blanca. Sobre el asfalto había un poco de sangre manchada por las huellas de unos zapatos. La gente se apartó para dejarme pasar y un tipo me dijo ya estaba por venir la ambulancia. Alguien que le había puesto un pulóver bajo la nuca me alcanzó los anteojos que se habían roto con la caída.

Nadie hablaba y yo no sabía qué decir. Me arrodillé a su lado y le hablé al oído tratando de que la voz no me saliera muy asustada. Le pregunté si podía escucharme y alguna tontería más, pero no abrió la boca. Entonces fui pedir que me ayudaran a llevarlo al hospital pero me dijeron que no convenía moverlo porque debía estar muy estropeado. El paisano de sombrero negro que lo había atropellado estaba llorando dentro del coche y tampoco me hizo caso. Volví a sentarme en la vereda y le tomé una mano. Estaba fría y blanda como la panza de un pescado. No llevaba más que el anillo de casamiento y el Omega con la correa de cuero. Me pregunté qué haría allí, en la otra punta del pueblo, cruzando la calle como un chico atolondrado. En esos días había cumplido los cincuenta y recién ahora me doy cuenta de que corría contra el tiempo. No había hecho nada que le sirviera a él y la única vez que salió en los diarios fue después del accidente, entre un cuatrero detenido en General Roca y un incendio en la usina de Arroyito.

Con los primeros calores de aquel verano había tomado la decisión de abandonar Obras Sanitarias y montar un taller de tornería. Mi madre se oponía porque no creía en su suerte. Entonces me llamó a su escritorio para que le dijera con toda sinceridad si yo le veía futuro en los negocios. De verdad, visto como lo vi entonces, con el chaleco de lana gastado y el pantalón lustroso, no me animé a apostar por él. Me convidó un cigarrillo, dejó que le explicara un complicado asunto de polleras y ya pasada la medianoche, en voz muy baja, me explicó que estaba cansado de esperar, de correr de un desierto a otro mientras se le iban los años y se le arrugaban los cueros. Dijo no estar arrepentido de nada

pero se le leía la culpa en los ojos. ¿Culpa de qué? Nunca lo sabré. Aquella noche intentó darme otro de sus consejos, pero no servía para eso. Palabras más o menos, me dijo: "Por mejor que uno se explique y justifique, nada cambia. Siempre se cometen los mismos errores. Una caída dibuja la próxima y por eso creemos en un Dios, en alguien que haya aprendido a no quemarse dos veces con la misma leche". Cosas así eran las que solía recitarme a la medianoche mientras limpiaba compases y tiralíneas frente al tablero de dibujo.

Le dije que no se calentara, que cualquiera hacía plata si eso era lo único que se proponía y que él estaba para otra cosa. Lo suyo era correr por ahí, andar a la deriva para no llegar a ninguna parte. A él y a mí nos daba lo mismo un lugar u otro siempre que tuviera una estación y algunas leguas por delante.

Ese día salimos a caminar por los andurriales, yo estornudando por el polen y él tosiendo su tabaco. Me hablaba de lo que haría cuando tuviera un taller con seis tornos y no sé cuántas máquinas para fabricar herramientas. De a ratos lo situaba en Córdoba y después lo ponía en Mendoza para abastecer también a los chilenos. Sin darnos cuenta llegamos al río y de pronto se jactó de haber sido muy buen nadador en su juventud, allá en Campana. Señaló la isla bajo el puente y me desafió a ganarle a contracorriente. Cambié de conversación porque el Limay es profundo y temí que se ahogara. Yo tenía menos de veinte años y me parecía imposible que mi padre pudiera ganarme en algo. Insistió y puse como excusa una contractura del fútbol o algo parecido. No me oyó o no quiso oírme y empezó a quitarse la ropa ahí mismo, abajo de la luna, hasta que sólo se quedó con unos ridículos calzoncillos celestes que le llegaban hasta las rodillas. Bravuconeaba, supongo. Tenía todo el pelo blanco pero ahora estaba de nuevo en el Delta junto a sus amigos y con toda la vida por delante. No sé qué pensé mientras lo miraba alejarse tirando brazadas. Creo que me daba pena verlo pelear contra su propia sombra. Me toreaba a mí pero la bronca, como el agua, venía de lejos y nos mojaba a los dos.

En un momento lo perdí de vista hasta que al rato me gritó desde la isla. Yo no quería seguirle el juego. Tampoco estaba seguro de animarme a atravesar el río. Le contesté que se dejara de joder, que volviera, y me senté a esperarlo. Calculé que no iba a tardar porque no podía estar mucho tiempo sin fumar. Pero también esa vez me equivoqué. Me pidió que escondiera su ropa y que me fuera a casa porque tenía ganas de dar un paseo por la isla. A dos pasos había un muelle con botes pero ninguno de los dos quería ridiculizarse. Llamé al barquero y le di la poca plata que tenía para que le alcanzara el paquete de cigarrillos e intentara traerlo de vuelta. Pero no volvió. Se quedó pitando en silencio en la otra orilla hasta que me cansé de su juego y me fui a dormir.

Creo que fue ese episodio el que lo alejó por un tiempo de mí y del taller de tornería. La tarde en que lo encontré tirado en la calle temí que se muriera con la impresión de que yo lo había abandonado. La ambulancia tardó siglos en llegar y lo llevó a un hospital donde me dijeron que tenía el cráneo roto. Mi madre se quedaba a su lado durante la mañana y a la tarde iba yo. Cuando pudo mover los labios me dijo que se había gastado el aguinaldo completo en la primera cuota del torno y no se animaba a decírselo a mi madre.

Era otro de sus juguetes tardíos pero todavía no estaba seguro de poder disfrutarlo. "¿Me voy a morir?", me preguntó cuando se dio cuenta de que tenía una bolsa de hielo sobre la cabeza. Le dije que no, aunque no era seguro, y le pregunté dónde estaba su famoso torno. "Llega de Buenos Aires en el tren de la semana que viene; es una hermosura, no te imaginas", me contestó muy serio. Una enfermera había puesto las cosas que llevaba sobre la mesa de luz. El pañuelo, el encendedor, la billetera vacía, unas monedas y el folleto del torno que era italiano y parecía una nave espacial. "¿Te duele?", dije y me senté cerca de la ventana a mirar a las chicas que atravesaban el jardín. "Sí, desde hace mucho", murmuró. "¿Qué me pasó ahora?" Le conté que lo había agarrado un auto y se había golpeado la cabeza contra el pavimento. Pareció sorprenderse, como si le dijera que se había caído de la calesita: "Y a tu madre, ¿qué le vamos a decir?". Se refería al aguinaldo y a todo lo que otra vez no podríamos comprar. Cerró los ojos y se durmió. O tal vez en su confusión de huesos rotos y sesos desbaratados pensaba en lo buena que hubiera sido su vida sin mi madre y sin mí. Me incliné para decirle al oído que no siempre se puede ganar, que a veces hay que saber quedarse de este lado de la orilla. Hizo una mueca de disgusto y entornó los párpados: "Eso es de cobardes; los ríos están para que uno los cruce". Como siempre, del infortunio sacaba alguna lección que lo disculpaba ante los demás.

Después de hablar con el médico tuve miedo de que aquella fuera su última metáfora. A mi madre le dije que la plata del aguinaldo se la habían robado en la calle mientras estaba caído y que de todos modos para nosotros no habría fiestas ese fin de año. Antes de Navidad lo trasladaron a casa, flaco y vendado como un faquir. Ocultaba el folleto del torno abajo de la almohada. No sé si mi madre se creyó el cuento del aguinaldo robado, pero en Nochebuena no tuvimos festejos ni palabras bonitas. Mi padre pasaba las horas inmóvil, con la mirada puesta en el techo. Un día me hizo una seña para que me inclinara a escucharlo: "Véndelo", susurró, "cuando llegue véndelo por lo que te den". Me partió que contenía un lagrimón y le dije que no, que ahora estaba en medio de la corriente y tenía que nadar. Después de todo, eso era lo que había querido enseñarme. Hizo un gesto de alivio, me pasó un brazo alrededor del cuello, y dijo: "Está bien, pero no te olvides de mandarme un bote con los cigarrillos".

## Encuentros

Pronto el recuerdo de aquel pequeño funcionario que fue mi padre será un legajo amarillento en el fondo de un cajón. Todo irá a parar al fuego mientras los recuerdos pasan y huelen como las pestilentes cloacas que él ayudó a instalar. Todo está bajo tierra: mi padre en el cementerio de Morón, los caños de agua, las Obras Sanitarias que construyó Sarmiento, aquellas ilusiones del tiempo de Gardel.

Me queda una tarde de 1956 en que vamos trepando las bardas en una vieja camioneta con un predicador durmiendo a mi lado. Llueve tan fuerte que avanzamos a los coletazos, el motor a fondo y el limpiaparabrisas que no funciona. Mi padre está de un humor terrible porque se le ha mojado el paquete de Saratoga y lleva horas sin fumar. El pastor ha subido a la salida de Cinco Saltos y va para donde lo lleven porque predica en el desierto. Aspira a llegar hasta los glaciares de Tierra del Fuego porque allí lo espera el último de los onas para abrazar su Evangelio redentor. Para todos tiene una verdad revelada. Les habla a los mapuches católicos, a los alemanes protestantes y si es preciso a los judíos extraviados en las orillas del Limay. Cuando lo vio a lo lejos, borroneado por la lluvia, mi padre detuvo la camioneta y le hizo señas para que dejara el equipaje en la caja y se viniera con nosotros adelante.

—Si me perdona, hermano —gritó el tipo mientras mostraba la Biblia y me empujaba con el maletín—; no quisiera que se nos moje la palabra del Señor.

Ahí no más mi padre le preguntó si llevaba cigarrillos. Para hacer tiempo el tipo entreabrió la tapa de cartón prensado y mientras arrancábamos deslizó los dedos por los recovecos del maletín. A través de la ranura adiviné un crucifijo y un par de libros viejos.

—Me los robaron, hermano —dijo con una voz tronante y pesarosa—. Siempre me roban algo, que el Cielo los perdone.

Lo que me divertía era el tic que le arrugaba la nariz y le arrastraba el bigote hasta el medio de la mejilla. Vestía un traje color borra de vino y una corbata verde, como se usaba en aquellos tiempos de Elvis Presley. Íbamos tan apretados que el pastor debía sostener la maleta de canto, entre el parabrisas y la nariz arrugada. —¿Cuál es su gracia? —le preguntó mi padre mientras pasaba un trapo por el vidrio empañado.

En lugar de contestar, el hombre se limpió la nariz con un resoplido que tapó el ruido de la lluvia.

—Con su permiso, hermano, me voy a echar un sueñito. Si se le ofrece algo me avisa.

Y enseguida se durmió apoyado contra la ventanilla. Mi padre me contó entonces que él también había andado a solas por el campo antes de conocer a mi madre. En ese tiempo gobernaba Uruburu y los muchachos de la Liga Patriótica le habían dado una paliza en la calle

Pasteur, cuando rondaba la casa de una belleza judía. Unos días después, descangallado por los garrotazos, se enteró de que la chica salía con otro y ahí no más se largó al campo.

Me contó esa mentira como antes me había contado otras, pero a mí no me importaba porque me gustaban sus relatos dichos con voz muy baja, casi inaudible. Recuerdo que en sus cuentos él siempre caía mal parado. A los fascistas de Uriburu no atinó a devolverles ni un solo golpe y la chica del Once se quedó con otro. A Gardel lo encontró en un bar de Corrientes y lo llevó a su casa en un coche prestado, pero no se atrevió a pedirle autógrafo. Estaba acercándose a la mesa cuando el Zorzal apagó la sonrisa, se levantó de golpe y los mandó al carajo a Razzano y a una mujer de pelo amarillo. Mientras todos lo miraban alejarse, mi padre salió por otra puerta, subió al coche y oyó que Gardel lo llamaba. "Haceme la gauchada, pibe, tírame en casa", le dijo. En el trayecto lo convidó con un Camel importado y sacó los anteojos para leer algo que la rubia había escrito en una servilleta manchada de rouge. Después se puso a silbar y a tamborilear con los dedos sobre el tablero del coche. Nada más. Ni una palmada, ni una de esas eternas sonrisas. Carlitos arrugó la servilleta, la tiró por la ventanilla y en el cruce de Lavalle con Jean Jaurés desapareció para siempre de la vida de mi padre.

—¡Eso no es verdad! —gritó el predicador entre sueños—. Gardel nunca compuso nada. ¡Si no sabía ni silbar...!

Mi padre lo miró, azorado, como si el otro le discutiera su propio pasado. Bastó esa distracción para que la camioneta se saliera de la huella y resbalara cuesta abajo por el lodazal. Caímos de lado, uno encima del otro, hasta que la *pick-up* de Obras Sanitarias quedó inclinada contra un alambrado. El primero en salir fue el pastor, con la valija sobre la cabeza; después mi padre me pidió que le sostuviera el volante para apoyar un pie y alcanzar el hueco de la puerta. Una vez que todos estuvimos afuera, el predicador abrió su maletín a hurtadillas y sacó un piloto de esos que usaba Humphrey Bogart. Se lo puso y señaló la Biblia.

—Oremos, hermano. Porque le mientes a tu hijo y adoras a falsos ídolos.

—Se puso los anteojos y silbaba —insistió mi padre—. Me parece que era *Golondrinas*.

Pero el otro ya se había metido bajo el chasis ladeado y sermoneaba con ojos de poseído. Pedía perdón para mi padre y el infierno para el Zorzal. La lluvia le acható el sombrero y el tic le hacía bailotear el bigote por toda la cara. Yo no sabía qué decir mientras mi viejo me estrechaba entre sus brazos y me decía, con voz de ruego, que él siempre hablaba la verdad, que nunca le había mentado a nadie y que yo tenía que seguir su ejemplo. "¡Oh, Jesús de la tormenta!" —gritaba el pastor—. "¡Jesús de los desiertos, rey del universo", y condenaba a Gardel a los terremotos de Sodoma y Gomorra. Entonces un trueno terrible sacudió las alturas y a mí me pareció que entre los grises de las nubes se dibujaba un Carlitos apesadumbrado y de anteojos que silbaba mientras leía aquella servilleta manchada de rouge. Con el tiempo he vuelto a imaginarlo así, de espaldas a su inmenso destino de padre celestial. Sentado en calzoncillos en un cuarto de hotel, con la barriga tan blanca como la de mi viejo, plegando las patillas de los anteojos, rasgando trabajosamente la guitarra.

Pero aquel día el predicador se ensañó con Gardel para que yo lo imaginara tan torvo, ambiguo y tramposo como cualquier ventajero de pacotilla. Le dije a mi padre que yo le creía a él y dejamos que el pastor se extenuara nombrando los tangos que no hizo y las mujeres que no tuvo. Al anochecer se quedó dormido con la nariz fruncida y nosotros nos acurrucamos al

lado a esperar que parara el diluvio. Mi padre le abrió el maletín y entre unos folletos de profecías impresos a mimeógrafo encontró una partitura de *Cuesta abajo*. Al margen, con letra temblorosa, el predicador había anotado como una dedicatoria: "Querido mío, esto lo hice yo para que vos fueras famoso".

– No entiendo – dije, y de verdad no entendía.

– Es jodida la envidia – murmuró mi padre –. ¡Silbaba tan lindo el hijo de puta!

– ¿Silbaba cosas de él?

– De nosotros. De aquel tiempo cuando me dieron una paliza y mi novia se fue con otro.

Cerró el maletín del predicador y se quedó un rato pensativo.

– ¡Qué puteada le mandó a Razzano!

– Y vos lo acercaste a su casa.

– En un Pontiac. Se puso los anteojos y me convidó un Camel.

Paró la lluvia y empezaba a hacer frío.

– Papá, ¿van a venir a buscarnos?

– Claro que sí, van a traer comida y cigarrillos – señaló al predicador –; y así como a Carlitos lo llevaba todo el mundo, éste se va a quedar a pie para toda la vida.

## *Geneviève*

En medio de la clase de física, cuando llegaba la primavera y el viento se calmaba y todos dejábamos de rechinar los dientes, el Flaco Martínez, que era el profesor más querido del colegio, tiraba la tiza sobre el escritorio descalabrado y decía: "Y ahora, a visitar la materia". Los alumnos sabíamos lo que quería decir. Los primeros aplausos y vivas venían de los bancos de atrás, de los mayores que repetían por tercera vez el año y estaban en edad de conscripción.

Guardábamos carpetas y libros y el Flaco Martínez levantaba las manos pidiendo silencio para que el director y el celador no nos oyeran. El director era un tipo bien trajeado que sabía manejar la sonrisa y el rigor; estaba al tanto, pero toleraba las escapadas porque temía el desgano de los mejores jugadores de fútbol en la gran final intercolegial de noviembre.

Era sabido que cada año apostaba su aguinaldo completo a favor de "sus muchachos". Con la llegada de la primavera florería también su carácter jovial, tolerante, y la disciplina se relajaba y los exámenes eran menos imperativos y aquellos que nos sabíamos ya integrantes del equipo nos sentíamos con derecho a olvidar las matemáticas y la química para entrenar en la cancha vecina. Entonces salíamos caminando despacio, casi arrastrando los pies para no darles envidia a los pibes de primer año que tenían matemáticas en el aula del zaguán, la puerta entreabierta porque ya no soplaban el viento del oeste y el silencio calmaba los nervios como un puñado de aspirinas. Por entonces las calles no estaban pavimentadas y un viejo camión regador pasaba dos veces por día para aquietar el polvo. Cuando el viento callaba, como aquella tarde, el pueblo chato y gris parecía cubrirse de ruidos que no conocíamos. El Flaco Martínez caminaba adelante, el pucho entre los labios, su pálida cara de tuberculoso afrontando un sol dañino. Era, creo, tan pobre como nosotros: llevaba siempre el mismo traje azul lustroso que planchaba extendiéndolo bajo el colchón de la pensión y se ponía cualquier corbata cortita a la que nunca le deshacía el nudo. Se decía que era timbero y mujeriego y que por eso lo habían transferido de un respetable colegio de Bahía Blanca a nuestro remoto establecimiento de varones solos, adonde sólo se llegaba por castigo o por aventura.

Éramos más de veinte en el curso, pero la asistencia nunca pasaba de doce o catorce; los mejores alumnos, serios y bien vestidos, y nosotros, los que teníamos el boletín lleno de amonestaciones, pero jugábamos bien al fútbol.

No era fácil seguir al Flaco Martínez que tenía las piernas largas como mástiles. Subía la cuesta y encaraba por la ruta asfaltada que separaba a los malos de los buenos ciudadanos del pueblo. Al sol, su pelo largo al estilo de un bohemio pasado de moda se ponía rojo y todos nos dábamos cuenta de que la física le importaba tanto como a nosotros. Pero nadie, nunca, se

animó a tutearlo. En los momentos más dramáticos de una partida de billar se le alcanzaba la tiza acompañándola de un "señor" que jamás sonó socarrón.

Aquella no era su tierra y estaba claro que despreciaba cada grano de arena que respiraba o se le metía en los zapatos. Pero se había resignado a ella como los hombres solos se resignan a las noches interminables.

Bajando la cuesta, al otro lado de la ruta, se veían esparcidas las primeras casas cuadradas y el café con billares y barajas del turco Saúl Asir. A esa hora, las calles del barrio estaban desiertas y sólo los camiones cargados de manzanas pasaban dejando una polvareda que se quedaba flotando hasta que una brisa nos la apartaba del camino y el sol volvía a cocinar las acequias y los espinillos. En el bar, el Flaco Martínez se tomaba una sola ginebra y nos hacía vaciar los bolsillos. Como siempre, el Rengo Mores tenía apenas lo justo para pagarse la vuelta en ómnibus hasta Centenario, que quedaba entre las bardas, a cuarenta kilómetros. Casi todos vivíamos lejos y atravesábamos el río en colectivo, o en bicicleta, o colados en algún camión. Los que faltaban a clase se habían quedado pescando cerca del puente porque todavía no era tiempo de sacarse la ropa y tirarse a nadar. Juntábamos el primer viernes de cada mes lo que ganábamos al truco, o en trabajos de ocasión. El Flaco Martínez reunía los billetes y hasta alguna moneda, agregaba lo suyo, que no era mucho, y se iba a parlamentar con la Gorda Zulema que era nuestra virgen protectora. La Zulema era dulce y sabia, paciente y comprensiva, y amaba su profesión como jamás he visto que otra mujer la amara. No conocía el egoísmo ni las pequeñas miserias que otros toman por virtudes. Su orgullo era la heladera eléctrica, la única de ese costado maldecido de la ribera, que había hecho traer en un vagón de encomiendas desde Buenos Aires. No es que alardeara de ella, ni que la mezquinara, pero nadie tenía derecho a abrirla sin su presencia y consentimiento.

Una noche de sopor en la que todos estuvimos de acuerdo en que llovería, la abrió delante de mí y del Negro Orellana. Aparte de una botella de refresco y una pechuga de pollo, había un largo collar de perlas de imitación y un paquete de cartas envueltas en una cinta rosa. Eran fantasmas del pasado y la Gorda Zulema quería que se conservaran frescos e intactos como un postre de chocolate.

Hubo otra noche en que yo estaba triste, un poco borracho e impotente, y ella me pasó la mano por la cabeza y me acarició los párpados y no me dijo las estúpidas palabras que tenían preparadas las otras mujeres del barrio. Me hizo sentar al borde de la cama, que era grande como una pista de baile, apoyó su cabeza contra mi espalda para que no nos viéramos las caras me contó alguna cosa de su vida que nos hizo llorar a los dos mientras los otros clientes esperaban en el vestíbulo. Supe esa noche que se llamaba Geneviève, que era francesa de verdad y no como otras, que arrastraban la erre para darse corte. Buscó las cartas en la heladera. Los sobres desteñidos de tinta violeta estaban escritos con una caligrafía varonil e imperativa. Un detalle añadía á la distancia un reproche velado: no conforme con escribir *Neuquén, Argentine*, el hombre agregaba inútilmente *Patagonie, Amérique du Sud*. El sobre traía ya una sospecha de selvas o desiertos. De fin del mundo.

Geneviève se había ocultado detrás de Zulema en Buenos Aires, donde había pasado algunos años de gloria mientras Europa se desangraba. Su contribución al esfuerzo de guerra de sus compatriotas había sido firme y decidida: hasta la liberación de París ningún hombre de nacionalidad alemana se tendió sobre sus sábanas.

La decadencia y las arrugas la trajeron a nuestro pueblo y secretamente sabía que su tierra ya estaba tan lejana como su juventud. Barajó los sobres como si fuera a repartir las cartas y en ellas estuviera escrito el destino, el de ella —que soñaba en vano con volver a ver el Mediterráneo— y el mío, que alguna vez me llevaría a su Francia natal.

No habló del hombre que se quedó en el puerto de Marsella: cuando la correspondencia dejó de llegar empaquetó el pasado y lo guardó en la heladera, como otras mujeres lo conservan en el rictus amargo de los labios. Pero aquella tarde de primavera en que llegamos con el Flaco Martínez, todavía no habíamos mirado la heladera por dentro ni habíamos llorado juntos. Zulema era gorda y opulenta y Federico Fellini hubiera gustado de ella. A su lado, el Flaco Martínez parecía una escoba abandonada junto a un camión cisterna. Hablaron un rato sin manosear dinero ni levantar la voz. Al otro lado de la calle nosotros esperábamos, ansiosos como si el Flaco estuviera por tirar un penal. Un movimiento de cabeza, una risa comprensiva de la Gorda Zulema y empezamos a saltar como si el Flaco hubiera hecho el gol.

Tirábamos los turnos a la suerte, revoleando dos monedas a la vez y el sistema era complicado porque la empresa era seria. Si alguien reclamaba prioridad por su dinero, el Flaco prometía hacerle explicar la fusión de ya no sé qué materia y el egoísta se calmaba. Después, al caer la tarde, con la lengua desatada por la emoción, íbamos a jugar al billar a lo del Turco y teníamos un hambre feroz y ni una moneda para un sandwich.

Cuando recuerdo aquellos años, cuando reviven las imágenes del Flaco Martínez y de la Gorda Zulema imagino que el corresponsal de Marsella escribiría sus cartas temiendo que el corazón de su Geneviève se endureciera en aquel desierto hostil. Pues no. Es hora de que ese hombre obstinado, si vive todavía, lo sepa. Valía la pena esperarla. Aun esperarla en vano. En aquel paisaje en el que éramos extranjeros (es decir, inocentes), todo era irrealidad: no había elefantes que rodearan el valle, ni el avión negro de Perón llegó nunca. Las manzanas y las vidas florecían pero las ilusiones, como los relojes baratos que llevábamos en la muñeca, se entorpecían y luchaban por abrirse paso entre la arenisca que volaba desde el desierto.

Hace unos años, cuando fui por última vez, mis amigos de entonces me habían enterrado: corrió la noticia que me daba como descabezado en un accidente de tránsito. Fue curioso ver las caras azoradas frente a una aparición de ultratumba. Por fin, cuando hicimos el recuento de vidas y muertes, de hazañas y cobardías, de sueños realizados y matrimonios hechos y deshechos, pregunté por el Flaco Martínez. "El Flaco *también se murió* —dijo alguien—; se fue al sur, a Santa Cruz, y lo agarró la pulmonía, pobre Flaco."

La Zulema era un recuerdo que se nombraba en voz baja. Muchos se habían construido un edificio personal que los abrigaba de un pasado de pobreza y la Gorda Zulema estaba sepultada en los cimientos. ¿Qué importancia podía tener entonces aquel primer viernes de cada mes, cuando era primavera y el viento se calmaba y todos dejábamos de rechinar los dientes?

## *Vidrios rotos*

La primera honda que tuve me la hizo en San Luis mi río Eugenio, que trabajaba de detective en el casino de Mar del Plata. Era una joya: habíamos buscado la horqueta perfecta por todos los árboles del barrio y cuando la encontramos yo subí de rama en rama para cortar la que guardaba el tesoro. Mi tío la peló con un cuchillo y la pintó con un barniz amarronado. Los elásticos los cortó de una cámara que nos regalaron en la gomería y para alojar el proyectil buscó un cuero suave, como gamuza, que hacía juego con el color de la madera. Los amarres con firulete los hizo mi padre con un alambre de cobre bien pulido.

Ése fue uno de los grandes días de mi vida. Poníamos tarros de conserva alineados en el fondo de un baldío y practicábamos hasta el anochecer. Mi tío era pura pasión pero acertaba pocas veces. Lo mismo le pasaba con los números del casino, donde dejó fortunas propias y ajenas. Hasta que pasó al otro lado del mostrador y aprendió la profesión de los escuchantes para agarrarlos con las manos en la masa. Para sorpresa de todos, el que se reveló muy bueno fue mi viejo, que había pasado por el Otto Krause y detrás de la máscara de hombre de ciencia conservaba la picardía de su abuelo, el pistolero de Valencia. Como todo zurdo contrariado a mí me costaba acomodarme para tirar. Todavía recuerdo con rencor a la maestra que alzaba la voz y me gritaba: "¡Niño Soriano, la lapicera se toma con la diestra!". Y yo la agarraba con la derecha y dibujaba una caligrafía imposible que todavía hoy me cuesta descifrar.

Lo cierto es que me costaba acomodarme a la gomera. Una noche de verano salimos con mi padre en ronda de inspección para sorprender a los que derrochaban agua corriente. Caminamos sin apuro, después de cenar, hasta el barrio de chalés. Ahí había gente que tenía piscinas de veinticinco metros y mandaba lavar coches, veredas, frentes con el agua que les faltaba a los infelices que no tenían plata para pagarse tanques de reserva ni motores eléctricos.

Mi padre tocaba el timbre y se presentaba como un caballero, quitándose el sombrero ante las damas. Yo me quedaba unos pasos atrás a escuchar su discurso que cambiaba cada vez y derivaba en evocaciones poéticas y citas sarmientinas. Es verdad que a veces hacía demagogia. Ponía en la pluma de Sarmiento y en la boca de San Martín cosas que a mí en el colegio nunca me habían enseñado. Tenía fibra para golpear al hígado y llegar al corazón. Una vez, frente a un industrial con pinta de señorito consentido, que nos había mandado dos veces a la mierda, señaló un grueso y frondoso roble que tapaba la entrada de un potrero y le preguntó con voz serena y convencida: "¿Sabe que el general Belgrano ató su caballo a ese árbol cuando volvía de la batalla de Tucumán?". El señorito se sorprendió y miró al baldío mientras en su patio seguía la fiesta y los invitados se zambullían en la pileta iluminada por grandes faroles. "A mí qué carajo me importa", contestó el tipo y nos cerró la puerta en las

narices. Mi padre me puso la mano sobre la cabeza, se limpió el polvo de los zapatos y volvió a tocar timbre, El tipo apareció de nuevo, metió la mano al bolsillo y empezó a contar unos billetes arrugados. "Toma –le dijo a mi viejo–, anda a comprarle un helado al pibe."

Haría tanto que no me compraban un helado que ahí no más se me aceleró la respiración. Los billetes eran marrones, nuevitos, y el tipo se los tendía a mi viejo con una sonrisa displicente y pacífica. Alcanzaba parados kilos de chocolate, crema americana y frutilla. Desde el fondo llegaba la melosa voz de Lucho Gatica. A mí me latía fuerte el corazón mientras mi padre seguía parado ahí, bajo el alero del porche, con el traje todo raído y el sombrero en la mano. No le gustaba que lo tutearan. De pronto levantó el brazo y señaló de nuevo el árbol. "La tropa acampó atrás –dijo–. El general estaba muy enfermo y pasó la noche abajo de ese árbol. No tenían ni una gota de agua y todos se pusieron a rezar para que lloviera."

Hubo un largo silencio hasta que apareció un muchachón con un balde de agua y se paró bajo el marco de la puerta. "¿Y, llovió mucho?", preguntó el industrial, burlón, mientras contaba dos billetes más. "Ni una gota", contestó mi viejo y movió la cabeza, desconsolado por la triste suerte del general. "Mandó hacer un pozo para buscar agua y enterrar a los soldados que se le morían."

Yo me di cuenta enseguida de que tampoco esa noche iba a tener helado. Mi viejo se calzó el sombrero con un gesto cansado mientras se escuchaban las risas de las mujeres y los arrumacos del trío Los Panchos. "No se conseguía agua metiendo la mano en el bolsillo, señor", dijo mi viejo. El tipo extendió el brazo con la plata y mi viejo dio un paso atrás. "Mira –se empezó a cansar el otro–, el gobernador está adentro, así que tómatele ¿sabes? Raja si no querés perder el empleo." Mi padre tomó de un hombro y empezamos a salir. Entonces llegó el baldazo y sentí que a mí también me salpicaba el chapuzón de mi padre. Salí corriendo pero mi viejo hizo como si nada hubiera pasado. El industrial y el otro largaron la carcajada y la puerta se cerró de golpe, tenían algo para contarle al gobernador y reírse toda noche al borde de la pileta.

Cruzamos la calle en silencio. Al llegar a la esquina no pude contenerme y me eché a llorar como un tonto. Mi viejo caminaba cabizbajo pero imperturbable y fue a sentarse bajo el árbol donde según él había pasado noche el general Belgrano. Prendió un cigarrillo, sacó el talonario y escribió la multa con una letra redonda y clara que siempre le envidié. El cielo estaba estrellado y hacía un calor de infierno. Justo para estar al lado de la pileta tomando un helado. "No le cuentes nada a mama ¿querés?", me dijo. Yo pensaba en los billetes marrones y en los días que faltaban para fin de mes, cuando traía su sueldo de morondanga. Por decir algo le pregunté cómo había hecho Belgrano para conseguir agua.

–No sé, hijo; en cada puerta que golpeaba le tiraba un balde con mierda.

Se puso de pie, se quitó el saco para escurrirlo y pidió que le inventáramos a mi madre un accidente con el camión regador. Ya nos íbamos cuando de repente paró a mirar la copa del árbol.

–¿Trajiste la gomera? –me preguntó.

Le dije que sí y se la pasé con la bolsita de piedras que llevaba bien agarrada al cinturón.

Dejó el saco sobre un arbusto y empezó a trepar por el tronco. No estaba para esos trotes pero alcanzó a ganar la primera rama y de ahí pasó a otra más alta hasta que empecé a perderlo de vista. Tenía miedo de que se cayera y se rompiera algo, como le había pasado otras veces. Empecé a imaginar a Belgrano encaramado al árbol, oteando el horizonte, enfermo y sucio, con el pantalón blanco, la chaqueta azul y el poncho colorado.

Entonces escuché un ruido de vidrios rotos y enseguida una lámpara hecha añicos y otra que reventaba. Me di vuelta y vi que la casa de la piscina se quedaba a oscuras. Busqué a mi padre entre el follaje del árbol y de pronto lo oí desplomarse a mi lado con la gomera en la mano. Esta vez cayó de pie y con la cara iluminada.

— Dale — me dijo en voz baja — . Vamos a tomar un helado.

## Voces

Si algo no me gustaba de mi padre era esa voz de trueno que tenía cuando se enojaba. Golpeaba la mesa y gritaba: "¡No me voy a morir en esta miseria!" o "¡Todas las lonjas salen del mismo cuero!". Lanzaba esa y otras imprecaciones que le venían de un abuelo que yo no alcancé a conocer. Casi siempre agregaba un sonoro carajo y asentía con la cabeza. También solía decir que "Lo que natura non da Salamanca non presta", y a veces se exaltaba con una tira de *Rico Tipo* o un poema de Quevedo.

En ese tiempo ni siquiera conocíamos la televisión en aquellos parajes, y si alguien levantaba la voz los hombres del general lo hadan callar enseguida. Entonces mi padre gritaba de pura impotencia y por eso siempre me dio pena la gente que alza el tono para imponerse. Si no lo toreaban hablaba tan bajito que casi no se le oía. Recuerdo el día en que vinieron a interrogarlo. Se encerró en el escritorio con dos inspectores llegados de Buenos Aires y aunque yo me quedé al otro lado de la puerta apenas pude escuchar sus respuestas.

Trataba de no humillarse. Eran los tiempos de la caza de brujas y la ejecución de los Rosenberg en los Estados Unidos. Acá todo sucedía en un estilo más criollo. Perón perseguía a los rojos pero no había silla eléctrica ni tribunales como el del senador Joseph McCarthy. Socialistas y comunistas se quedaban sin trabajo y si insistían en pelear por un sindicato tarde o temprano los guardaban a la sombra.

A mediados de 1951 llegó a San Luis un porteñito de apellido Perco. Era tan pedante y pizpireta que pasaba por ser socialista de Palacios. A lo mejor no hacía más que imitarlo: lucía bigote afrancesado, se perfumaba como una señorita y a veces, los domingos, se lo veía pasear sin corbata por la vuelta del perro. Se decía que tenía un éxito bárbaro con las mujeres. Algo de eso había: una tarde me llevó en la camioneta de Obras Sanitarias y no sé con qué excusa estuvo media hora dando vueltas alrededor de la misma manzana. Por fin, a la hora de la siesta, aparece en el umbral la rubia esposa del peluquero Mazza, daba solfeo en el Conservatorio de señoritas. Salió con las carpetas de música y miró sobre el hombro, como si esperara a alguien.

Perco estacionó junto a la plaza, bajo la copa de un árbol y me dijo que lo esperara un rato, que tenía que llevarle algo a un amigo. Abrió un portafolios de cuero, revolvió entre los papeles y se fue con paso apurado a buscar a su rubia. Hacía tanto calor que bajé de la camioneta y fui a sentarme en un banco a releer el *Rayo Rojo* que llevaba en el bolsillo. Aquellos sobresaltos me marcaron la vida; los cuadritos del *Fantasma Vengador* y Perco con la rubia prohibida. ¿Qué le pasaría en el próximo capítulo a mi héroe de historieta? ¿Y si ahora, con este sol, se aparecía el peluquero Mazza empuñando un revólver?

Pensaba en eso cuando llegaron dos tipos con cara de policías. Eran los mismos que después iban a caer por casa a interrogar a mi padre. Los vi acercarse a la camioneta, abrir una puerta y revolver los papeles del portafolios. Nada más recuerdo de aquella tarde como no sea el carmín de ella en el bigote del porteño. Le avisé de la mancha y de los tipos y me dijo que lo olvidara, que eran viejas cuentas que arrastraba de Buenos Aires.

Esa breve explicación de rencores y lejanías me iluminó aquellas largas vacaciones de verano. Mi padre no simpatizaba con el forastero. Era joven y tenía muchas cosas que él había perdido en el camino. Para peor ostentaba un título de contador nacional y siempre llevaba bajo el brazo un libro que mi padre no había leído. Ahora me parece que sería de Maupassant o de Conrad, porque cada vez que venía a almorzar contaba maravillosas historias que fascinaban a mi madre y trastornaban la siesta de mi padre. Un día nos habló de unos escritores socialistas que ya no recuerdo y del portafolios sacó un ejemplar de *Sur*. Ya entonces el peronismo recelaba de los libros Victoria Ocampo había pasado unas noches en la comisaría por alborotar la vía pública pero peor le había ido al comunista Alfredo Várela, el autor de *El río oscuro*, que estaba de veras entre rejas. Todo aquello parecía trágico y definitivo porque todavía era inimaginable que los libros se quemaran en público y la gente desapareciera para siempre.

Igual, no era tema para sacar en 1951 el de los escritores socialistas. Creo que mi padre se asustó porque ese gesto del porteño buscaba más complicidad que comprensión. Fue hasta la biblioteca y se puso a hojear un viejo Sinclair Lewis, que era uno de los pocos autores de ficción que tenía. Perco lo miró con una ironía algo insolente y cambió de conversación. Ahora me doy cuenta de que mi padre vivía con temor, que debe ser la peor manera de vivir. Dependía de un sueldo de empleado público para mantenernos a mi madre y a mí. Había gastado el entusiasmo de la juventud en los opacos años del general Justo y lo recuperó recién al final, cuando ya no le quedaba nada por perder. Así que ese día dejó que el porteño se fuera con la impresión de que él no estaba dispuesto a jugarse el puesto de sobrestante por una charla sobre literatura socialista. j

Como lo vi preocupado le conté el encuentro da Perco con la profesora de música pero no quise decirle que le seguían los pasos. Lo de la rubia lo enfureció: era demasiado tímido para que esas cosas pudieran pasarle; a él y entonces la envidia se le subía a la cabeza. Muchas veces lo sorprendí mirando embobado a una chica, hablando en voz baja consigo mismo.

Lo que pasó la noche en que vinieron a interrogarlo lo recuerdo de manera oscura y fragmentaria. Fue después de la cena, poco antes de que empezaran las clases. Así como odiaba a nazis y fascistas, durante muchos años mi padre iba a desconfiar de todo lo que sonara a socialista y no fuera el Che Guevara. Hasta el final siguió creyendo en Sinclair Lewis, en la libre empresa y en el Parlamento que había idealizado por Lisandro de la Torre. Nunca mencionó aquel interrogatorio peronista aunque podría haberlo cotizado muy alto en tiempos de la Libertadora.

En verdad no estuvo tan sólido y coherente como Dashiell Hammett ante McCarthy, pero no tenía alma de buchón. Enseguida que se encerraron pegué la oreja a la puerta y escuché que los tipos se decían sumariantes de Obras Sanitarias. Preguntaron si Perco era tan apegado a los dineros de la repartición como a las mujeres de otros. "Consulten al gerente", contestó mi padre con tono glacial. Y así estuvo todo el tiempo. "Consulten al gerente",

repetía, hasta que uno de ellos insinuó: "¿No será comunista el pibe ese?". Hubo un silencio en el que mi padre debía estar abriendo el tercer paquete de cigarrillos. Y de golpe inventó esto: "Nunca fueron mujeriegos los comunistas". Otro silencio y después una risa del interrogador: "¡Mierda que no! ¡Y drogadictos también!". Eso aflojó la tensión y las voces se distanciaron un poco. Hablaron vaguedades; Fanny Navarro, los Cinco Grandes y el Segundo Plan Quinquenal. Las pocas cosas que hacían la vida de los años peronistas. De pronto, el que menos había hablado endureció el tono: "Y usted, che, ¿se daría cuenta si un socialista viene a envenenarle el agua a la gente?". Mi padre no era rápido para la ironía. Se había formado con Sandrini, Ángel Vargas y el *Patoruzú*. Como el Peludo Yrigoyen, pensaba que era feo salir en los diarios. Escuché el ruido de una silla que se movía y el puñetazo contra la mesa, igual que cuando se enojaba con nosotros: "¡No le permito, pedazo de insolente! ¡Acá al último comunista lo tiramos a la pileta y todavía está nadando por ahí! ¡Afuera, vamos!".

Salieron en silencio, cerca de medianoche. No teníamos teléfono para llamar un taxi y se fueron a pie por el medio de la calle. Yo estaba en mi cuarto, con la luz apagada, tratando de buscarle un sentido a lo que había escuchado. Mi padre se quedó un rato en el escritorio sin música ni visitas. Después, mientras trataba de dormirme, oí que se encerraba en el baño, abría las canillas y tosía hasta ahogarse.

Esa semana estuvo insoportable y para evitarlo mi madre y yo nos metíamos en el cine de la otra cuadra. Unos meses después, a fines del otoño, el peluquero Mazza se apareció con una escopeta y sorprendió a su mujer en los brazos de Perco. No se habló de otra cosa aquel último año que pasamos en San Luis.

## Rosebud

La memoria lo agiganta todo. A mí me parecía que mi casa de Cipolletti era tan enorme que ocupaba una manzana pero al regresar, treinta y tres años después, encontré que no lo era tanto. Todo a su alrededor había cambiado, pero mi *Rosebud* seguía ahí. Es un peral añoso, de tronco bajo, al que me subía las tardes en que me sentía triste. Mi madre me buscaba por toda la casa, salía a llamarme al patio y aunque yo pudiera sentir su aliento ella no podía verme.

Tendría once o doce años y andaba mal en el colegio. Me habían cambiado tantas veces de pueblo que no tenía amigos ni tierra que pudiera sentir como propios. Nací a pocos pasos del mar pero mis primeros recuerdos son de San Luis y los desiertos púntanos. Allí mi padre era empleado de Obras Sanitarias, llevaba sombrero y montaba una recia bicicleta de industria nacional. De ese tiempo sobreviven airosos un limonero en el jardín y mi novia de la infancia. Creo que no usábamos esa palabra de lazos comprometedores: se llamaba Marta y ahora suele escribirme desde Bahía Blanca para reprocharme mis recuerdos desentendidos. Era la hija mayor de una boticaria que me curó una verruga en el pie y tenía una hermana de nombre Mirta. Los tres nos trepábamos a una montaña de troncos abatidos que quizá no era tan grande como la recuerdo ahora. En la vereda de enfrente jugaba con un chico de nombre Eduardo Belgrano Rawson, que años más tarde iba a escribir varios libros deliciosos.

Un día, bruscamente, me arrancaron de allí y me llevaron a Río Cuarto, de donde sólo tengo recuerdos de pelota en un baldío y un flash imborrable: atrás de una casa demolida hay un pozo ciego desbordado de globos tan enormes que parecen fantasmas. Alguien murmuró que eran preservativos viejos, inflados por algún efecto del encierro y los gases y ésa fue la primera vez que escuché hablar de ellos. Muchos años más tarde, temblando de miedo, me animé a comprar uno en Cipolletti pero mi madre me lo descubrió enseguida en un bolsillo del flamante pantalón largo. 1

Mi padre me llamó a su escritorio con un tono solemne, cerró la puerta, y me dio un sermón sobre las maneras de ser hombre. Me acuerdo del bochorno como si lo estuviese viviendo ahora. Yo sentado al borde de la silla y mi viejo al otro lado del escritorio llamándome "pelotudo" en el tiempo en que esa palabra tenía algún significado. No me reprochaba el preservativo sino el descuido. Menos mal que afuera estaba mi *Rosebud* y allí fui a refugiarme, entre las hojas de ese árbol que me elevaba por encima del mundo. Creo haber escrito que recordamos la infancia como el lugar de la felicidad, pero creo que eso no es verdad para mí. Yo nunca era del lugar donde vivía y eso se parecía mucho a no ser de ninguna parte. En el colegio de Río Cuarto me llamaban "puntano" por el acento que traía de San Luis; después, en Cipolletti, los chicos me decían "el cordobés". Ya grande, recién llegado

a Buenos Aires, Osiris Troiani, uno de los jefes de *Primera Plana*, me gritaba de una punta a la otra de la redacción: " Apúrese, tandilense, que me está enterrando el cierre".

He vivido en tantos lugares y tan distintos que me cuesta elegir uno en el momento de responder de dónde soy. Creo que uno es del lugar donde lo quieren. Después de muchos años en Europa volví a mi Mar del Plata natal. Tan mal la conocía que tuve que abordar a un cartero para preguntarle cómo se hacía para llegar al bosque. Nadie me aceptaría puntano en San Luis ni cordobés en Río Cuarto ni riojano en Chilecito, y no hay nadie en Tandil que me confunda con uno de los suyos.

En Cipolletti sí se acordaban de mí. Por aquella historia del penal más largo del mundo y por las correrías de mi padre que dejaron huellas en los parajes. Al volver a mi casa de la infancia me dejaron entrar sin preguntar nada y sin saber quién era. Reconocí la puerta desde donde me llamaba mi madre, el rincón en el que se murió mi perro y el lugar de la calle donde me atropello un coche. Ese era mi jardín y ahí estaba mi *Rosebud* cualunque, erguido entre otros árboles. Si hubiera estado solo me habría subido de nuevo por aquellas ramas. Al rato salió un hombre: "Yo viví acá hace mucho tiempo", le dije, y me hizo pasar. Ahí estaban otra vez el escritorio donde mi padre me trató de pelotudo y la pieza en la que me masturbaba con un ejemplar deshojado de *Las memorias de una princesa rusa*. No eran tan grandes como los guardaba mi memoria, pero aparte de los muebles nada había cambiado. Pensé en otras partidas y regresos. En el inolvidable personaje de *Winesburg, Ohio*, de Sherwood Anderson, cuando al final decide emprender la marcha: "Bueno, hasta ahora no me he movido de Winesburg, eso es; todavía no he salido de aquí; pero ya voy haciéndome mayor. He leído muchos libros y he pensado mucho. Voy a intentar ser algo en la vida". También se me cruzó por la cabeza el relato de Peter Weiss; el momento en que vuelve del exilio a una Alemania que nunca más será la suya. Tuve de nuevo la imagen de Robert Mitchum que rodea una cabaña abandonada en una película de Nicholas Ray; de pronto ve un hueco entre las maderas del suelo y con el corazón agitado se tira de bruces y mete una mano. Parece tocar algo y su mirada vuelve al galope a un día que sólo existe para él. Ahí está su oso de pana con los ojos intactos; ahí está el chico que nunca se fue.

Todos tenemos nuestro *Rosebud* personal y nos llevamos el secreto a la tumba. El trineo de Charles Foster Kane, en *El ciudadano*, no es la verdad de su vida, pero sí aquello que para él había sido el origen de la verdad. Lo que siempre pasará inadvertido para cualquier otro. Al elegir un árbol para evocar mi infancia estoy mintiéndoles a los demás, pero detrás de esa mentira hay un hilo secreto que me conduce hacia mi propio Aleph. Podemos borrar o confundir las huellas de una vida, pero las llevamos a cuestas. En éso pensaba más de treinta años después en Cipolletti, al caminar sobre mis propios rastros en el jardín.

Ha pasado tanto tiempo que al otro lado del río, en Neuquén, el señor Perticone, que era el director de mi escuela industrial, se ha convertido en el nombre de una calle. A dos pasos, cruzando la ruta, se encuentra una zona respetable que en mi tiempo se llamaba Barrio Gris. Ahí nos llevaba el Flaco Martínez que era el profesor de física. Pagábamos treinta pesos de entonces para creernos hombres en una covacha alumbrada a candil. Hacíamos tiempo en una sala de espera hasta que la puerta se entornaba y Madame Geneviève despedía al cliente con un beso en la mejilla. Entonces pasaba el siguiente y si quería sacarle el corpiño tenía que pagar diez pesos más. Al llegar al aeropuerto de Neuquén se me acercó un tipo que dijo haberme marcado muy fuerte en un partido de fútbol que escribí pero que nunca existió. Es

dura de borrar la palabra escrita. ¿Soy yo aquel chico o es mi imaginación quien lo ha creado a imagen y semejanza de mis deseos? ¿Quién soy en aquel que fui a orillas del Limay? ¿Seré los ojos de mi madre y la desazón de mi padre? Poco importa: el árbol sigue dando peras y por la ventana de mi pieza todavía entra el sol. Mi padre solía contarme de una curtiembre en Campana y tal vez ahí, en ese lugar al que nunca fui, esté el *Rosebud* del que no me habló. Un trompo olvidado en un sótano o unas pocas bolitas todas cascadas.

Hubo un tiempo en que las fotos fijaban un instante de nuestra dicha. Luego las cintas de video multiplicaron la banalidad. Igual las miramos con nostalgia, como si pudieran revelarnos un secreto que nos ayude a sobrellevar lo que falta del viaje. Un día, al volver sobre nuestros pasos, encontramos el árbol que la memoria había agigantado. Por un instante sentimos el sobresalto de una revelación. Hasta que descubrimos que lo que cuenta no es el árbol, sino lo que hemos hecho de él. Ese es nuestro *Rosebud*.

## **II**

# **Otra Historia**

*Estas crónicas sobre la Independencia a veces contradicen la historia oficial y también la de los revisionistas. Son, simplemente, mis lecturas contadas a otros lectores. En los documentos originales reproducidos en los veintitrés volúmenes de la Biblioteca de Mayo y en libros poco difundidos, encontré los testimonios de los protagonistas, las citas de primera mano, las memorias y biografías con las que armé estos relatos. Durante un año pasé largas noches alterándome de muchas cosas que los colegios no me habían enseñado. Pensé, entonces, que yo no era el único en ignorarlas y me puse a armar pequeños rompecabezas de datos y fechas que a veces se contradicen de una a otra fuente. Me gustó hacerlo porque me pareció que en el pasado encontraba algunas claves para comprender el país de hoy y adivinar el que tendremos mañana.*

*Si incorporo también la historia del día en que cayó Robespierre, es porque me apasionan los momentos cruciales en la vida de un hombre y de un pueblo, y porque estoy convencido —como lo estaba Cometió Saavedra— de que en 1810 Mariano Moreno quiso imitar los sueños a veces radiantes, a veces tenebrosos, del jefe de los jacobinos franceses.*

## 1810

El 22 de mayo por la noche, el coronel Cornelio Saavedra y el abogado Juan José Castelli atraviesan la Plaza de la Victoria bajo la lluvia, cubiertos con capotes militares. Van a jugarse el destino de medio continente después de tres siglos de dominación española. Uno quiere la independencia, el otro la revolución, pero ninguna de esas palabras será pronunciada esa noche. Luego de seis días de negociación van a exigir la renuncia del español Cisneros. Hasta entonces Cornelio Saavedra, jefe del Regimiento de Patricios, ha sido cauto: "Dejen que las brevas maduren y luego las comeremos", aconsejaba a los más exaltados jacobinos.

Desde el 18, Belgrano y Castelli, que son primos y a veces aman a las mismas mujeres, exigen la salida del virrey, pero no hay caso: Cisneros se inclina, cuanto más, a presidir una junta en la que haya representantes del rey Fernando VII —preso de Napoleón— y algunos americanos que acepten perpetuar el orden colonial. Los orilleros andan armados y Domingo French, teniente coronel del estrepitoso Regimiento de la Estrella, está por sublevarse. Saavedra, luego de mil cabildeos, se pliega: "Señores, ahora digo que no sólo es tiempo, sino que no se debe perder ni una hora", dice en la última reunión en casa de Nicolás Rodríguez Peña. De allí en más los acontecimientos se precipitan y el destino se juega bajo una llovizna en la que no hubo paraguas flamantes ni amables ciudadanos repartiendo escarapelas.

El orden de los hechos es confuso y contradictorio según a qué memorialista se consulte. Todos, por supuesto —salvo el pudoroso Belgrano—, intentan jugar el mejor papel. Lo cierto es que el 24 todo Buenos Aires asedia el Cabildo donde están los regidores y el obispo. "Un inmenso pueblo", recuerda Saavedra en sus memorias, y deben haber sido más o menos cuatro mil almas si se tiene en cuenta que más tarde, para el golpe del 5 y 6 de abril de 1811, el mismo Saavedra calcula que sus amigos han reunido esa cifra en la Plaza y la califica de "crecido pueblo".

La gente anda con el cuchillo al cinto, cargando trabucos, mientras Domingo French y Antonio Beruti aumentan la presión con campanas y clarines que llaman a los vecinos de las orillas. Esa noche nadie duerme y cuando los dos hombres llegan al Cabildo empapados, los regidores y el obispo los reciben con aires de desdén. Enseguida hay un altercado entre Castelli y el cura. "A mí no me han llamado a este lugar para sostener disputas sino para que oiga y manifieste libremente mi opinión y lo he hecho en los términos que se han oído", dice monseñor, que se opone a la formación de una junta americana mientras quede un solo español en Buenos Aires. A Castelli se le sube la sangre a la cabeza y se insolenta: "Tómelo como quiera", se dice que le contesta. Cuatro días antes ha ido con el coronel Martín

Rodríguez a entrevistarse con Cisneros que era sordo como una tapia. "¡No sea atrevido!", le dice el virrey al verlo gritar, y Castelli responde muy orondo: "¡Y usted no se caliente que la cosa ya no tiene remedio!".

Al ver que Castelli llega con las armas de Saavedra, los burócratas del Cabildo comprenden que deben destituir a Cisneros, pero dudan de su propio poder. Juan José Paso y el licenciado Manuel Belgrano esperan afuera, recorriendo pasillos, escuchando las campanadas y los gritos de la gente. Saavedra sale y les pide paciencia. El coronel es alto, flaco, parco y medido. El rubio Belgrano, como su primo, es amable, pero se exalta con facilidad. Paso es hombre de callar y tramar pero luego tendrá su gesto de valentía.

Entrada la noche, cuando French y Beruti han agitado toda la aldea y repartido muchos sablazos entre los disconformes, Belgrano y Saavedra abren las puertas de la sala capitular para que entren los gritos de la multitud. No hay nada más que decir: Cisneros se va o lo cuelgan. ¿Pero quién se lo dice? De nuevo Castelli y el coronel cruzan la Plaza y van a la fortaleza a persuadir al virrey. Hay un último intento del español que forma una junta incluyendo a Castelli, que tiene cuarenta y tres años y está enfermo de cáncer. Los "duros" rechazan la propuesta y juegan a todo o nada. Cisneros trata de ganarse al vanidoso Saavedra, pero el coronel ya acaricia la gloria de una fecha inolvidable. Quizá piensa en George Washington mientras Castelli se imagina en la Convención francesa. Su Robespierre es un joven llamado Mariano Moreno, que espera el desenlace en lo de Nicolás Peña.

Entre tanto French, que teme una provocación, impide el paso a la gente sospechosa de simpatías realistas. Sus oficiales controlan los accesos a la Plaza y a veces quieren mandar más que los de Saavedra. Por el momento la discordia es sólo antipatía y los caballos se topan exaltados o provocadores. Al amanecer, Beruti, por orden de French, derriba la puerta de una tienda de la recova y se lleva unos rollos de paño para hacer cintas que distingan a los leales de los otros. Alguien lo ve de lejos y nace la leyenda de la escarapela.

Al amanecer, para guardar las formas, el Cabildo considera la renuncia de Cisneros, pero la nueva Junta de Gobierno ya está formada. Escribe el catalán Domingo Matheu: "Saavedra y Azcuénaga son la reserva reflexiva de las ideas y las instituciones que se habían formado para marchar con pulso en las transformaciones de la autognosia (sic) popular; Belgrano, Castelli y Paso eran monárquicos, pero querían otro gobierno que el español; Larrea no dejaba de ser comerciante y difería en que no se desprendía en todo evento de su origen español; demócratas: Alberti, Matheu y Moreno. Los de labor incesante y práctica eran Castelli y Matheu, aquél impulsando y marchando a todas partes y el último preparando y acopiando a toda costa vituallas y elementos bélicos para las empresas por tierra y agua. Alberti era el consejo sereno y abnegado y Moreno el verbo irritante de la escuela, sin contemplación a cosas viejas ni consideración a mascarás de hierro; de aquí arranca la antipatía originaria en la marcha de la Junta entre Saavedra y él". Matheu se da demasiada importancia. Todos esos hombres han sido carlotistas y, salvo Saavedra, son amigos o defensores de los ingleses que en el momento aparecen a sus ojos como aliados contra España.

La mañana del 25, cuando muchos se han ido a dormir y otros llegan a ver "de qué se trata", Castelli sale al balcón del Cabildo y con el énfasis de un Saint Just anuncia la hora de la libertad. La historiografía oficial no le reserva un buen lugar en el rincón de los recuerdos. El discurso de Castelli es el de alguien que arroja los lados de la Historia. Aquellas jornadas

debían ser un simple golpe de mano, pero la fuerza de esos hombres provoca una voltereta que sacudirá a todo el continente. Dice Saavedra: "Nosotros solos, sin precedente combinación con los pueblos del interior mandados por jefes españoles que tenían influjo decidido en ellos, (...) nosotros solos, digo, tuvimos la gloria de emprender tan abultada obra (...) En el mismo Buenos Aires no faltaron (quienes) miraron con tedio nuestra empresa: unos la creían inverificable por el poder de los españoles; otros la graduaban de locura y delirio, de cabezas desorganizadas; otros en fin, y eran los más piadosos, nos miraban con compasión no dudando que en breves días seríamos víctimas del poder y furor español".

La audacia desata un mecanismo inmanejable. Saavedra es un patriota pero no un revolucionario y no puede oponerse a la dinámica que se desata en esos días. El secretario Moreno, un asceta silencioso y torvo, dirige sus actos y órdenes a destrozarse el antiguo sistema. Habla latín, inglés y francés con facilidad; ha leído —y hace publicar, censurado— a Jean Jacques Rousseau, conoce bien la Revolución Francesa y es posible que desde el comienzo se haya mimetizado con el fantasma de un Robespierre que no acabara en la tragedia de Termidor. Otros vinculan su torvo pensamiento con las enseñanzas de la peor Inquisición. Castelli está a su lado, como French, Beruti y el joven Monteagudo, que maneja el club de los "chisperos". Todos ellos celebran el culto ateo de "la muerte es un sueño eterno", que Fouché y la ultraizquierda francesa usaron como bandera desde 1772. Belgrano, que es muy creyente, no vacila en proponer un Borrador con apuntes sobre economía para el *Plan de Operaciones* que en agosto redactará Moreno a pedido de toda la Junta.

Moreno, Castelli y Belgrano son un bloque sólido con una política propia a la que por conveniencia se pliegan Matheu, Paso y el cura Alberti; Azcuénaga y Larrea sólo cuentan las ventajas que puedan sacar y simpatizan con el presidente Saavedra que a su vez los desprecia por oportunistas. Las discordias empiezan muy pronto, con las primeras resoluciones. Castelli parte a Córdoba y el Alto Perú como comisario político de Moreno, que no confiaba en los militares formados en la Reconquista. Es Castelli quien cumple las "Instrucciones" y ejecuta a Liniers primero y al temible mariscal Vicente Nieto más tarde.

Belgrano, el otro brazo armado de los jacobinos, va a tomar el Paraguay; no hay en él la ira terrible de su primo, sino una piedad cristiana y otoñal que lo engrandece en el triunfo y las derrotas: en el norte captura a un ejército entero y lo deja partir bajo juramento de no volver a tomar las armas. Manda a sus gauchos desarrapados con un rigor espartano y no fusila por escarmiento sino por necesidad.

Frente a frente, uno de levita y otro de uniforme, Moreno de Chuquisaca y Saavedra de Potosí, se odian con toda el alma. "Impío, malvado, maquiavélico", llama el coronel al secretario de la Junta; y cuando se refiere a uno de sus amigos, dice: "El alma de Monteagudo, tan negra como la madre que lo parió". El primer incidente ocurre cuando los jacobinos descubren que diez jefes municipales están completados contra el nuevo poder. En una sesión de urgencia Moreno propone "arcabucearlos" sin más vueltas, pero Saavedra le responde que no cuente para ello con sus armas. "Me bastan las de French", replica un Moreno siempre enfermo, con las mejillas picadas de viruela, que recién tiene treinta y un años. Al presidente lo escandaliza que ese mestizo use siempre la amenaza del coronel French, a quien hace espionar por sus "canarios", suerte de buchones manejados por el coronel Martín Rodríguez. Los conjurados salvan la vida con una multa de dos mil pesos fuertes, propuesta por el presidente: "¿Consiste la felicidad en adoptar la más grosera e impolítica democracia?"

¿Consiste en que los hombres impunemente hagan lo que su capricho e interés les sugieren? ¿Consiste en atropellar a todo europeo, apoderarse de sus bienes, matarlo, acabarlo y exterminarlo? ¿Consiste en llevar adelante el sistema de terror que principió a asomar? ¿Consiste en la libertad de Religión y en decir con toda franqueza me cago en Dios y hago lo que quiero?", se pregunta Saavedra en carta a Viamonte que lo amenaza desde el Alto Perú.

Desde fines de agosto, Moreno ha hecho aprobar por unanimidad el secreto *Plan de Operaciones* que recomienda el terror como método para destruir al enemigo. Ese texto feroz no se conoció hasta que a fines del siglo XIX Eduardo Madero —el constructor del puerto— lo encontró en los archivos de Sevilla y se lo envió a Mitre. Para entonces, los premios y castigos de la historia oficial ya estaban otorgados y Moreno pasaba por haber sido un intelectual y educador romántico, influido por las mejores ideas de la Revolución Francesa. Pero es la aplicación por Castelli de ese método sangriento lo que asegura el triunfo de la Revolución.

Hasta la llegada de San Martín la formación de los ejércitos se hizo a punta de bayoneta, la conspiración de Álzaga, como la contrarrevolución de Liniers, terminaron en suplicio y los españoles descubrieron, entonces, que los patriotas estaban dispuestos a todo: "Nuestros asuntos van bien porque hay firmeza y si por desgracia hubiéramos aflojado estaríamos bajo tierra. Todo el Cabildo nos hacía más guerra que los tiranos mandones del Virreinato", escribe Castelli antes de ser llevado a juicio.

A principios de diciembre dos circunstancias banales precipitan la ruptura entre Moreno y Saavedra que será nefasta para la Revolución. En la plaza de toros del Retiro el presidente hace colocar sillas adornadas con cojinitos para él y su esposa. Cuando las ve, Matheu hace un escándalo y argumenta que ningún vocal merece distinción especial. Pocos días más tarde, el 6, el Regimiento de Patricios da una fiesta a la que asisten Saavedra y su mujer. En un momento un oficial levanta una corona de azúcar y la obsequia a la esposa de Saavedra. Moreno se entera y esa misma noche escribe el decreto de supresión de honores. Saavedra se humilla y lo firma, pero el rencor lo carcome para siempre. Poco después, el 18 de diciembre, mientras los Patricios se agitan y reclaman revancha por la afrenta civil, el coronel llama a los nueve diputados de las provincias para ampliar la Junta. Moreno —que intuye su fin— no puede oponerse a esa propuesta "democratizadora". El único que tiene el valor de votar en contra es el tímido tesorero Juan José Paso.

Moreno renuncia y en enero de 1811 se embarca para Londres. "Me voy, pero la cola que dejo será larga", les dice a sus amigos que claman venganza. También pronuncia un mal augurio: "No sé qué cosa funesta se me anuncia en mi viaje". En alta mar se enferma y nada podrá convencer a Castelli, French y Monteagudo de que no lo han asesinado. "Su último accidente fue precipitado por la administración de un emético que el capitán de la embarcación le suministró imprudentemente y sin nuestro conocimiento", cuenta su hermano Manuel, que agrega a la relación de los hechos el célebre "¡Viva mi patria aunque yo perezca!".

Saavedra ha liquidado a su adversario, pero la Revolución está en peligro. El español Francisco Javier de Elío amenaza desde la Banda Oriental y no todos los miembros de la Junta son confiables. El 5 y 6 de abril el coronel Martín Rodríguez con los alcaldes de los barrios junta a los gauchos en Plaza Miserere y los lleva hasta el Cabildo para manifestar contra los morenistas. Saavedra, que jura no haber impulsado el golpe, aprovecha para sacarse de encima al mismo tiempo a jacobinos y comerciantes. Renuncian Larrea, Azcuénaga,

Rodríguez Peña y Vieytes. Los peligrosos French, Beruti y Posadas son confinados en Patagones. Belgrano y Castelli pasan a juicio por desobediencia y van presos.

Pero Saavedra sólo dura cuatro meses al frente del gobierno y nunca más volverá a tener influencia en los asuntos públicos. Los porteños se ensañan con él y lo persiguen durante cuatro años por campos y aldeas. Nadie tendrá paz: ni Castelli, que muere durante el juicio, ni el propio San Martín, que combate en Chile. Belgrano muere en la pobreza y el olvido el mismo día de caos en que Buenos Aires cambia tres gobernadores. Rivadavia traiciona a los orientales y todos persiguen a Artigas hasta que se aseguran de que los intereses porteños prevalecerán.

Pese a todo, la idea de independencia queda en pie levantada por San Martín, que se ha llevado como asistente a Monteagudo, "el del alma tan negra como la madre que lo parió". Los ramalazos de la discordia duran intactos por medio siglo y se prolongan hasta hoy en los entresijos de una historia no resuelta.

## *Revolución y contrato social*

Entre el primer proyecto de Constitución, escrito en 1811, y el votado en 1853 sobre las *Bases...* de Alberdi, se advierten con claridad los sueños perdidos de la Revolución de Mayo. Ahogado el fervor de la utopía, la Carta de 1853 consagra el famoso artículo 22: "El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o *reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste, comete delito de sedición*".

¿Cómo era el sistema que querían Moreno, Belgrano, Castelli y los revolucionarios de 1810? El primer texto fue gestado en la Sociedad Patriótica pero nunca llegó a ser debatido porque Belgrano perdió la batalla contra los realistas del Paraguay y Castelli la suya contra los del Perú. Entonces Saavedra, jefe del ejército, interrumpió la voltereta histórica incorporando a la Junta a los temerosos diputados del interior. Moreno tuvo que renunciar y partió hacia una muerte sospechosa.

"El Estado es una persona moral compuesta de muchos pueblos cuya vida consiste en la unión de sus miembros", anuncia el primer documento constitucional de Mayo, y sigue: "Su más importante cuidado *es* el de su propia conservación y para ello necesita de una fuerza compulsiva que disponga cada parte del mejor modo que convenga al todo (...) El poder soberano, legislativo, reside en los pueblos. Este por naturaleza *es* *incomunicable, y así no puede ser representado por otro sino por los mismos pueblos. Es del mismo modo inalienable e imprescindible por lo que no puede ser cedido ni usurpado por nadie*".

Entre la representación delegada en 1853 y aquella propuesta de Mayo, hay abismos; dice la de 1811: "*Queda pues extinguido el moderno e impropio nombre de Representantes de los Pueblos con el que, por ambiciosas miras, se condecoran vanamente los diputados y sólo se llamarán Comisarios que dependen forzosa y enteramente de la voluntad de sus pueblos y están sujetos como los demás ciudadanos al Superior, Gobierno*".

Nada hay de original en aquella Carta abortada: es una paráfrasis del *Contrato* de Rousseau, que Moreno había hecho traducir y editar incompleto para no molestar a la Iglesia; en el prólogo de la publicación, Moreno dice que suprimió el último capítulo porque "el autor tuvo la desgracia de delirar en materia religiosa". Para el secretario de la Primera Junta: "La religión es la base de las costumbres públicas, el consuelo de los infelices y (...) la cadena de oro que suspende la tierra al trono de la divinidad".

La tesis de Moreno parece similar a la de Robespierre; que rinde culto al *Ser supremo* como instrumento político. La obra de Rousseau es la base intelectual de la Revolución Francesa y la Convención llevó los restos del filósofo de Ginebra al Panteón de los Héroes poco antes de la caída de los jacobinos.

La estrategia de Moreno y Belgrano, plasmada en el *Plan de Operaciones* y firmada en secreto por todos los miembros de la Junta, va a ser retomada por el joven Bernardo Monteagudo. El tucumano llega a Buenos Aires en 1811 pavoneándose de haber asistido con deleite a las ejecuciones que Castelli ordenó en Potosí y se convierte en la más implacable pluma de *La Gaceta*, el periódico oficial que tiene poco de oficialista.

Esa primera Constitución debe de haber pasado por la pluma de Monteagudo aun si otros —¿Vieytes, French, Rodríguez Peña?— hubieran aportado sus interpretaciones del *Contrato Social*. El texto quiere ser el más audaz del mundo y reúne los sueños de toda una generación de iluministas; algunos pasajes llevan la idea de democracia a niveles que ni Saint Just en la Revolución Francesa habría imaginado: "Los tribunos no tendrán algún poder ejecutivo, ni mucho menos legislativo. Su obligación será únicamente proteger la libertad, seguridad y sagrados derechos de los pueblos contra la usurpación del gobierno de alguna corporación o individuo particular, pero dando y haciéndoselos ver en sus comicios y juntas para cuyo efecto —con la previa licencia del gobierno— podrán convocar al pueblo. Pero como el gobierno puede negar esta licencia, porque ninguno quiere que sus usurpaciones sean conocidas y contradichas por los pueblos, se establece que de tres en tres meses se junte el pueblo en el primer día del mes que corresponda, para deliberar por sufragios lo que a él pertenezca según la Constitución y entonces podrán exponer los tribunos lo que juzgaren necesario y conveniente en razón de su oficio a no ser que la cosa sea tan urgente que precise antes de dicho tiempo la convocación del pueblo, y no conseguida, podrán hacerlo". El tribunado, según Rousseau, "es el conservador de las leyes y del poder legislativo".

En cuanto a las elecciones, el proyecto de Constitución de 1811 establece un sistema insólito: el azar del sorteo como método para combatir el fraude: "Los vocales del Gobierno Superior Ejecutivo y Secretarios se mudarán de tres en tres años y lo mismo se hará con los vocales de las juntas provinciales; para efectuarse esto, cada provincia, a pluralidad de votos, elegirá uno o dos sujetos que tengan todas las sublimes cualidades que se requieren para Vocal del Superior Gobierno, y Buenos Aires nombrará dos o cuatro del mismo modo. Estos, al fin de tres años, o cuando hubiere de mudarse el gobierno, se echarán en cántaro y por suerte se hará la elección pública a la vista de todo el pueblo (...) Con este sabio arbitrio de la suerte se evitará en gran parte la compra de votos y se pondrá algún freno a la ambición y codicia que suele intervenir en la elección e inmediatos sufragios".

El tembladeral de 1811 (exilio y muerte de Moreno; juicios a Belgrano y Castelli; deportación de French, Pueyrredón, Rodríguez Peña y demás revolucionarios; llegada de Monteagudo a Buenos Aires; ascenso y caída de Saavedra; irrupción de Rivadavia en el Triunvirato) impide el tratamiento del proyecto. En las provincias cunde la alarma: al conocer el proyecto, el Cabildo de Catamarca denuncia ante Saavedra la osadía de dar "instrucción e ilustración a los representantes que fuesen a la capital". En Corrientes se dispone la quema de ejemplares del *Contrato Social* "por mano del verdugo y en presencia del comisario del Santo Oficio de la Inquisición".

El padre Francisco de Castañeda, que milita contra las ideas de la Revolución Francesa, difunde largos versos que atacan a Rousseau y a sus panegiristas:

El siglo diecinueve se presenta

A todos los Estados ominoso.

Y ese pacto social e irreligioso

*Es de truenos y rayos la tormenta.*

Los enemigos del *Contrato* son muchos y poderosos; la ira contra los "igualitarios" viene sobre todo de la Iglesia, maltratada por Castelli y el ejército del Alto Perú que levantan la consigna "Libertad, igualdad, independencia". Por fortuna para ellos, Saavedra aparta a Moreno y Goyeneche derrota a Castelli en Huaquí.

El segundo proyecto constitucional, ése sí debatido por la Asamblea del Año XIII, antes de la declaración formal de Independencia, conserva algunos principios del *Contrato Social*, pero ha eliminado toda idea de consulta permanente: "El hombre en sociedad tiene derecho a la libertad civil, a la igualdad legal, a la seguridad individual (...) La ley es la voluntad general expresada por la mayor parte de los ciudadanos *o de sus representantes*. (...) Nadie puede prohibir lo que la ley no prohíbe, ni está obligado a lo que la ley no obliga".

Por fin, en la Constitución unitaria de 1826, aprobada por iniciativa de Rivadavia, se marcan los límites de la prudencia traspasados por los hombres de Mayo: "Leed la sección octava de la Constitución y allí hallaréis (los derechos) todos consagrados: la seguridad personal, la igualdad legal, la inviolabilidad de las propiedades, la libertad de opinión, el reposo doméstico, el derecho de petición y el pleno goce de aquellas facultades que la ley no prohíba. *En este orden ya no es posible apetecer ni conseguir más*. Una sola línea separa la virtud del vicio y una vez traspasada, la libertad degenera en licencia".

## *La Argentina invade California*

¿Cuál fue la primera potencia del mundo que reconoció a la flamante Argentina de la Revolución? ¿Qué ansias arrastraban a los hombres de la Independencia? ¿Qué fuego delirante les inflamaba los corazones?

Franceses, ingleses, polacos, alemanes y norteamericanos corrieron en auxilio de la joven Revolución que enfrentaba al imperio de España. Todas las ideas, viejas y nuevas, venían a refundarse en estas costas: monárquicos, republicanos, católicos, liberales, anarquistas y aventureros peleaban por amor, por costumbre o por plata. Los hubo solemnes, grandiosos, generosos, chiflados, estúpidos, vanidosos y despiadados.

El más conocido de ellos fue el capitán José de San Martín, de la secreta Logia Lautaro, pero entre los más chiflados y ambiciosos estaba el corsario Hipólito Bouchard. Como Liniers y Brandsen, Bouchard era francés y como ellos murió de muerte violenta. Fue él quien compró el primer reconocimiento exterior para la Argentina, que todavía se llamaba Provincias Unidas. En su nombre invadió y destruyó la California dominada por los españoles.

Bouchard llegó al Río de la Plata en 1809 en un barco de corsarios franceses. El primer día de febrero de 1811 el gobierno de la Revolución lo nombra capitán del bergantín de guerra *25 de Mayo*. Su primera batalla, la de San Nicolás, no es gloriosa: cuando el 2 de marzo oye los cañones de siete naves, Bouchard abandona a su jefe, Juan Bautista Azopardo, se tira al agua y gana la costa a nado con toda la tripulación. En el Consejo de Guerra presidido por Saavedra dirá que los marineros huyeron primero y que él fue impotente para contenerlos. Azopardo, en su diario, se queja de haber sido "vergonzosamente abandonado".

En tierra le va mejor: incorporado al Regimiento de Granaderos a Caballo, el 13 de febrero de 1813 contribuye al triunfo en San Lorenzo: mata de un pistoletazo al abanderado de los realistas y se queda con el pabellón enemigo; eso lo hace criollo y capitán del ejército de San Martín, que lo recomienda a la Asamblea Constituyente. Pero lo suyo es el pillaje y el saqueo, como Drake y Morgan, y pronto va a probarlo. En 1815 manda las corbetas *Halcón* y *Uribe* y marcha a reunirse con Brown, que comanda la *Hércules*. El irlandés lo espera en la isla de Mocha, sobre el Pacífico, para ir a cañonear el puerto de El Callao. Los dos han cambiado: William Brown es ahora Guillermo e Hypolite se ha convertido en Hipólito, súbditos de las Provincias Unidas. En una tormenta Bouchard pierde el *Uribe*. Brown, en cambio, captura la fragata española *Consecuencia* y toma prisionero al brigadier Mendiburu, gobernador de Guayaquil.

En febrero, Brown decide asaltar la fortaleza de Guayaquil pero Bouchard no lo acompaña porque estima la aventura demasiado riesgosa. En cambio, le propone un negocio: ofrece el *Halcón* y diez mil pesos en efectivo a cambio de la *Consecuencia*. Brown acepta y

paga. Bouchard regresa a Buenos Aires el 18 de junio de 1816, en vísperas de la declaración de Independencia que San Martín y Belgrano piden a sablazos. El 9 de julio, "Nace a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación / coronada su sien de laureles /y a sus plantas rendido un león". Pero el problema más urgente es conseguir que alguna potencia extranjera y soberana reconozca ese nacimiento de parto tan doloroso. Rivadavia y Belgrano han viajado a Europa y no lo han conseguido porque están en desacuerdo sobre la forma de gobierno que se darán. Belgrano quiere coronar a un cacique inca y Rivadavia vislumbra una república liberal en la que pueda ser presidente. También San Martín propone un rey. A Bouchard le da lo mismo: ahora es sargento mayor de la Marina, tiene patente de corso y necesita una bandera que sea aceptada en todos los puertos. El 9 de julio de 1817 hace que toda la tripulación de la *Argentina* grite "¡Viva la patria!" y sale de Ensenada rumbo a Madagascar.

Para seguir su loca carrera es preciso tener a mano un *mapamundi*: en Tamatava, a la entrada del Océano Índico, libera a los esclavos de cuatro barcos españoles y les canta el Himno Nacional para que el ruido llegue hasta Buenos Aires. Pasa por las costas occidentales de la India y entra en el Archipiélago del Sonda donde toca los puertos de Java, Macasar, Célebes, Borneo y Mindanao.

No le es fácil el periplo: en Java la *Argentina* atrapa el escorbuto y el capitán tira cuarenta cadáveres al mar. En Macasar lo atacan cinco barcos piratas pero en una hora y media de combate Bouchard pone en fuga a cuatro y se queda con el quinto. La batalla le deja siete marineros muertos a los que reemplaza con los más fornidos de la nave capturada. A los otros les ordena rezar y los hunde a cañonazos.

Por fin se acerca a Manila, en las Filipinas. Bloquea la entrada al puerto de Luzón, el más importante del archipiélago, convoca a oficiales y tripulantes al pie de la bandera y les hace una arenga de argentinidad, en francés para los oficiales, en castellano para los marinos.

La empresa es espectacular: la *Argentina* saquea y hunde dieciséis buques mercantes. Bouchard captura a cuatrocientos tripulantes y un bergantín español. Al fin decide ir a China, pero la tempestad lo empuja a la Polinesia, donde va a llevarse una sorpresa mayor. Al acercarse al puerto de Karakakowa, en las islas Sandwich, le parece distinguir una nave conocida: echa ancla y reconoce a la *Chacabuco*, una de las corbetas de Brown, que fondea con el pabellón de Kameha-Meha, un reino soberano que nuclea a las incontables islas de Hawaii.

Alguien le dice que la tripulación de la *Chacabuco*, sublevada en Valparaíso, ha llegado extraviada a esas costas y ha vendido la nave al rey. Los criollos amotinados, hartos de mar, penando por caballos y llanura, consumen el botín de seiscientos quintales de sándalo y dos pipas de ron en las tabernas y prostíbulos de Karakakowa. Uno de ellos, por vergüenza o por nostalgia, conserva la flamante bandera de Bel grano.

Bouchard, que ha nacido en Saint Tropez, vislumbra un destino de medallas, honores y pampas tranquilas. En el instante mismo decide llevarse la corbeta y también el primer reconocimiento diplomático para la nación que nace.

Los gauchos borrachos que encuentra en el puerto le cuentan que hay un rey gordo que está siempre rodeado de mujeres de cintura ondulante. Por respeto y sin duda por temor lo apodan "Pedro el Grande de los Mares del Sur". El capitán recupera la bandera y el corazón se le hace todo fuego: averigua, pide, ruega y llega hasta el monarca. Lo que ha saqueado en cuatro mares alcanza y sobra para recuperar la *Chacabuco*. El rey de Kameha-Vleha acepta la indemnización pero confiesa no conocer la bandera que Bouchard le muestra. En inglés, en

francés y en español el capitán le cuenta la gesta sudamericana, las interminables llanuras y los Andes nevados que ha cruzado San Martín. Agrega las selvas calientes del Chaco para conmovier al monarca y sin vacilar lo nombra, bajo un sol de cincuenta grados, teniente coronel del ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Ahí mismo le entrega uniforme, espada, charreteras y sombrero de granadero y le muestra un mapa del sur para que se ubique. El rey gordo no se emociona demasiado, pero el uniforme lo divierte y firma un tratado de "Unión para la paz, la guerra y el comercio" en el que consta que Kameha-Meha es la primera potencia del mundo en reconocer a las Provincias Unidas.

Ese 20 de agosto de 1817 el pirata Bouchard empieza a entrar en la historia. Mitre llamará a ese instante de Karakakowa "un triunfo diplomático". Vicente Fidel López, que tiene menos sentido del humor, califica al capitán de "corso del latrocinio".

Pero la irrisoria hazaña de Bouchard recién empieza. En tabernas y fumaderos de Hawaii recoge a los gauchos extraviados, fusila a dos gritones como escarmiento y pone proa a la lejana California. Un delirio de fortuna y grandeza le quema el alma: antes de que a esas costas las ganen los ingleses, se dice, llegarán los argentinos. El 23 de octubre de 1817, con la *Chacabuco* recuperada y en pie de guerra, zarpa para Norteamérica.

Ahí va Hipólito Bouchard, viento en popa y cañones limpios, a arrasas la California donde no están todavía el Hollywood del cine ni el Silicon Valley de las computadoras. Lleva como excusa la flamante bandera argentina que ha hecho reconocer en Kameha-Meha, aunque los oficiales de su Estado Mayor se llamen Cornet, Oliver, Jhon van Burgen, Greysa, Harris, Borgues, Douglas, Shipre y Miller.

El comandante de la infantería, José María Piris, y el aspirante Tomás Espora son de los pocos criollos a bordo. Entre los marineros de la *Argentina* y la *Chacabuco* van decenas de maleantes recogidos en los puertos del Asia, treinta hawaianos comprados al rey de Sandwich, casi un centenar de gauchos mareados y diez gatos embarcados en Karakakowa para combatir las ratas y las pestes.

Al terrible Bouchard, como a todos los marinos, lo preocupa la indisciplina: sabe que algunos de los desertores que habían sublevado la *Chacabuco* en Valparaíso se han refugiado en la isla de Atoy y quiere darles un escarmiento. Manda a José María Piris que se adelante a bordo de una fragata de los Estados Unidos e intime al rey que protege a los rebeldes.

Antes de partir, los piratas norteamericanos, que roban cañones y los revenden, dan una fiesta a la oficialidad de las Provincias Unidas: corre el alcohol, se desatan las lenguas y un irlandés con pata de palo comenta, orgulloso, la intención argentina de bombardear la California. El capitán de los piratas toma nota: en la bodega lleva doce cañones recién robados y si se adelanta con la noticia a Monterrey —la capital de California— podrá venderlos a cinco veces su precio.

El rey de Atoy no sabe dónde quedan las Provincias Unidas, nunca oyó hablar de las Provincias Unidas y teme una represalia española. Piris lo amenaza con la cólera del infierno y el rey, por las dudas, hace capturar a los sublevados entre los que se encuentra el cabecilla. El comandante duerme en la playa y cuando divisa los barcos de Bouchard se hace conducir en bote para dar la buena nueva.

El francés desconfía: en la entrevista con el rey comunica la sentencia de muerte para los sublevados asilados en Atoy y trata, como en Karakakowa, de hacer reconocer a la

flamante nación. El rey se insolenta y dice, muy orondo, que los prisioneros se le han escapado.

"Comprometidos así la justicia y el honor del pabellón que tremolaba en mi buque, fue necesario apelar a la fuerza", cuenta Bouchard en sus *Memorias*. En realidad, basta con amagar. El rey manda a un emisario a parlamentar a la *Argentina* y lleva a los prisioneros a la playa. Bouchard baja, arrogante y triunfal, les lee la sentencia y ahí no más fusila a un tal Griffiths, cabecilla del amotinamiento. A los otros los conduce al barco y les hace dar "doce docenas de azotes".

El 22 de diciembre de 1818 llega a las costas de Monterrey sin saber que los norteamericanos han armado la fortaleza a precio vil. Bouchard traza su plan: pone doscientos hombres de refuerzo en la corbeta *Chacabuco*, le hace enarbolar una engañosa bandera de los Estados Unidos y la manda al frente a las órdenes de William (o Guillermo) Shipre.

Ya nadie recuerda la letra del Himno Nacional y Shipre hace cantar cualquier cosa antes de ir al ataque. Están calentándose los pechos cuando advierten que cesa el viento y la *Chacabuco* queda a la deriva. Desde el fuerte les tiran diecisiete cañonazos y no falla ninguno. La *Chacabuco* empieza a naufragar en medio del desbande y los gritos de los heridos. Shipre se rinde enseguida. Escribe Bouchard: "A los diecisiete tiros de la fortaleza tuve el dolor de ver arriar la bandera de la patria".

Todo es desolación y sangre en la *Chacabuco* pero Bouchard no quiere pasar vergüenza en Buenos Aires. Las Provincias Unidas de la Revolución han autorizado a más de sesenta buques corsarios para que recorran las aguas con pabellón celeste y blanco y las presas capturadas son más de cuatrocientas. De pronto, la joven nación está asolando los mares y las potencias empiezan a alarmarse. Todavía hoy la Constitución argentina autoriza al Congreso a otorgar patentes de corso y establecer reglamentos para las presas (art. 67, inc. 22).

Los pobres españoles de California no tenían ni un solo navío para su defensa. Bouchard ordena trasladar a los sobrevivientes de la *Chacabuco* a la *Argentina* pero abandona a los mutilados y heridos para que con sus gritos de espanto distraigan a los españoles. Al amanecer del 24, mientras en Monterrey se festeja la victoria, Bouchard comanda el desembarco con doscientos hombres armados de fusiles y picas de abordaje. Lo acompañan oficiales que no saben para quién pelean pero esperan repartirse un botín considerable.

A las ocho de la mañana, después de un tiroteo, la tropa española abandona el fuerte y retrocede hacia las poblaciones. A las diez, Bouchard captura veinte piezas de artillería y con mucha pompa hace que los gauchos y los mercenarios formen en el patio mientras hace izar la bandera.

Sin embargo el capitán no está contento. Quiere que en el mundo se sepa de él, que le paguen la afrenta de la *Chacabuco*. Arenga a la tropa enardecida y la lanza sobre la población aterrorizada. Los marinos de Sandwich son implacables con la lanza y la pistola; otros tiran con fusiles y los gauchos manejan el cuchillo y el fuego a discreción. Dicen los historiadores de la Marina que Bouchard respeta a la población de origen americano y es feroz con la española. Difícil saber cómo hizo la diferencia en el vértigo del asalto. La fortaleza es arrasada hasta los cimientos. También el cuartel y el presidio. Las casas son incendiadas y la Nochebuena de 1818 es un vasto y horroroso infierno de llamas y lamentos. Después del

pillaje, Bouchard manda guardar dos piezas de artillería de bronce para presentar en Buenos Aires con las barras de plata que encuentra en un granero.

Durante seis días, sobre los escombros y los cadáveres, flamea la bandera argentina. Los prisioneros liberados de la cárcel ayudan a reparar la *Chacabuco* mientras los soldados arman juerga sobre juerga a costa de las aterradas viudas de España, episodio que las historias oficiales eluden con pudor.

Tanto escándalo arman Bouchard y los suyos en el tjiorte que el Departamento de Estado norteamericano – cuenta el historiador Harold Peterson – "dio instrucciones a sus agentes para que protestaran vigorosamente contra los excesos cometidos con barcos que navegaban bajo la bandera y con comisiones de Buenos Aires". Sin embargo, recién en 1821, con Rivadavia como ministro de guerra, los Estados Unidos obtendrían un decreto de Revocación de las patentes de los corsarios: "En su forma literal – dice Peterson – este decreto representaba una entrega total a la posición por la cual los Estados Unidos habían luchado durante cinco años".

Para entonces, Bouchard ya había quemado toda California. Después de destruir Monterrey arrasa con la misión de San Juan, con Santa Bárbara y otras poblaciones que quedan en llamas. El 25 de enero de 1819 bloquea el puerto de San Blas y ataca Acapulco de México. En Guatemala destruye Sonsonate y toma un bergantín español. En Nicaragua, por fin, se echa sobre Realejo, el principal puerto español en los mares del sur y se queda con cuatro buques cargados con añil y cacao y veintisiete prisioneros. Esa fue su última hazaña.

Al llegar a Valparaíso, maltrecho por el ataque de otro pirata, Bouchard reclama la gloria pero lo espera la cárcel. Lord Cochrane, corsario al servicio de Chile, lo acusa de piratería, insubordinación y crueldad con los prisioneros capturados. Bouchard argumenta: "Soy un teniente coronel del Ejército de los Andes, un vecino: arraigado en la Capital, un corsario que de mi libre voluntad he entrado a los puertos de Chile con el preciso designio de auxiliar a sus expediciones". Sobre las torturas ordenadas, se defiende así: "Que se pregunte por el trato que recibieron los tripulantes del corsario chileno *Maipú* u otro de Buenos Aires que, luego de apresado, entró a Cádiz con la gente colgada de los penoles".

Pasa apenas cinco meses en prisión. Al salir pone sus barcos a disposición de San Martín y le lleva granaderos a Lima. Ya en decadencia, reblandecido por dos hijas a las que apenas había conocido, se pone a las órdenes del Perú y en 1831 se retira a una hacienda. En 1843, un mulato harto de malos tratos lo degüella de un navajazo. Es una muerte en condicional: los apólogos de la Marina, que le justifican torturas y tropelías, no consignan ese indigno final.

## Álzaga

La primera conspiración organizada contra el colonialismo en estas tierras se descubrió en 1795 y Martín de Álzaga la reprimió con los mismos métodos que casi dos siglos más tarde utilizaron los militares del Proceso.

Aquel intento de salir de la opresión y la esclavitud estaba inspirado en los ecos de la Revolución Francesa: los panfletos que circularon en Buenos Aires exigían igualdad en el régimen feudal, la derogación de la esclavitud, y llamaban a los españoles "cuerdos" para que aplacasen la furia persecutoria de las autoridades coloniales. Martín de Álzaga, principal negrero del Virreinato, fue designado "juez pesquisidor" y el plan se llamó "complot de los franceses".

El mestizo correntino José Díaz y el italiano Santiago Antonini, de profesión relojero, fueron los primeros capturados por Álzaga, que todavía hoy tiene una calle que honra su nombre en el barrio porteño de Boedo. El día que lo detuvieron, Antonini llevaba panfletos iguales a los que habían circulado por Buenos Aires y otros que decían, nada más, "Viva la libertad". Díaz fue delatado por un esclavo que narró el plan de los sublevados: residentes franceses, mulatos, indios y negros iban a asaltar la capital el jueves o viernes santo por la Recoleta y la calle Residencia.

Los esclavos recibieron la consigna de los conspiradores antes de Semana Santa pero, como luego di Saavedra, "las brevas todavía no estaban maduras", delator contó que José Díaz le había dado instrucciones para que, cuando oyeran la "bulla por una y otra parte", los esclavos tomaran a sus amos "maturrangos" (españoles) y se adueñaran de las casas. Otros negros interrogados por Álzaga manifestaron que el correntino Díaz "había dicho que para el viernes santo habíamos de ser todos franceses; que éstos se habían de unir con los negros para conspirarse ofreciéndoles a todos la libertad".

Según Álzaga, seis mil hombres en Buenos Aires y otros tantos en Paraguay, Corrientes y Santa Fe iban a participar del alzamiento. Maximilien de Robespierre ya había sido guillotinado en París pero sus propagandistas asustaban todavía al mundo feudal. Quince años más tarde Moreno, Castelli y Belgrano intentaron introducir en la Primera Junta los ideales de la Revolución de 1789 con los métodos de la Convención de 1792. Igual que los franceses, los flamantes argentinos lucharon diez años antes de ser derrotados.

Tal vez la propaganda colonial haya exagerado el peligro para atizar a Álzaga y a la Inquisición. Antonini fue torturado pero no habló y no se sabe quiénes lo salvaron del patíbulo alegando su condición de extranjero. En cambio, el correntino Díaz quedó a disposición de la "justicia". El 31 de marzo Álzaga ordenó al verdugo de Buenos Aires que le "triturasen los huesos y le lacerase la carne" para que soltara la lengua.

El historiador Boleslao Lewin apunta que el procedimiento se aplicó hasta que "notando Su Merced que desfallecía el reo", hizo entrar a un cirujano. El médico advirtió que a Díaz "le faltaba ya la pulsación en las arterias radiales" además de tener dislocado un brazo.

Álzaga tuvo que suspender el procedimiento legal pero el 13 de abril ordenó que se aplicara nueva tortura al reo. Dice el acta: "En efecto se verificó, introduciéndole unas púas de acero entre carne y uña de un dedo de la mano derecha como el canto de dos pesos fuertes, y aunque en el entretanto se le hacían varias reconvenções, no respondía otra cosa que clamar a Dios y sus santos y decir no saber más de lo que había confesado. Por lo que sucesivamente se fue haciendo la misma operación en los dedos de dicha mano por el espacio de veintiocho minutos, sin haber pasado a la izquierda por tenerla enferma y adormecida desde los tormentos pasados".

Lo que diferencia a Álzaga de Jorge Rafael Videla y sus cómplices es que el procedimiento de 1795 era público y el correntino Díaz tuvo derecho a un abogado defensor. El doctor Julián de Leiva, designado por el Virreinato, se excusó y en su lugar fue a los tribunales el doctor Mariano Pérez de Saravia que dejó algunas notas desgarradoras reproducidas por Lewin.

"Cualquiera que vea en la prisión al desgraciado José Díaz —escribe Pérez de Saravia—, un hombre sexagenario, mal cubiertas sus carnes, arropado en el suelo penetrado de humedad, sólo sobre dos pieles delgadas y en la incómoda situación de estar pendiente de un cepo con pesados grillos, ha de ver impreso en su rostro de hombre aquellas palabras bien significativas con que el pueblo interesaba a su consideración el humano corazón del rey David, diciéndole: henos aquí, hueso tuyo, carne tuya somos."

El correntino José Díaz no sufrió en vano. Martín de Álzaga intentó derrocar al virrey Liniers en 1809 para fortalecer la dominación española amenazada por los separatistas americanos, pero su movimiento fracasó. La Revolución estaba al caer: en 1810 la Primera Junta ordenó a Castelli que fusilara a Liniers y en 1812 el Triunvirato abortó la conjura del torturador Álzaga y lo ejecutó en Buenos Aires.

Cuenta López y Planes (otros cronistas lo desmienten) que el italiano Antonini, viejo y arruinado, se acercó al patíbulo de Álzaga y estuvo un buen rato abrazado al cadáver, agradeciendo a la providencia por haberle permitido presenciar el fusilamiento de su torturador. Según el autor del Himno, el viejo relojero arrojaba monedas a todos los que se acercaban a ver los despojos del hombre tan temido.

Pasaron casi dos siglos antes de que Álzaga se tomara la revancha: los militares que desde 1976 emplearon iguales o peores métodos en interrogatorios clandestinos están en libertad y hasta escriben sus memorias. En la implacable historia circular que repiten los argentinos, los hombres de Mayo esperan todavía su turno para proclamar de nuevo la independencia y la libertad de estas tristes colonias.

## *Las palabras del adiós*

La ceremonia fue solemne y tierna. Los miembros de la Junta soberana elegidos por el pueblo entraron por el centro. A una señal que les hizo el alcalde mayor se postraron de rodillas por delante de la mesa municipal: el síndico le alcanzó los Evangelios al presidente Saavedra y le hizo poner sobre ellos la palma de la mano; Castelli puso la suya sobre uno de los hombros de Saavedra; Belgrano la puso sobre el otro, y así sucesivamente los demás los unos sobre los hombros de los otros según la posición que ocupaban. (...) Sentíamos el hálito de Dios sobre nuestras frentes al vernos pueblo libre, pueblo soberano."

*(De una carta hallada en un baúl y publicada por Vicente Fidel López.)*

En enero de 1811 Mariano Moreno partía al exilio y la muerte con una profecía: "Yo me voy, pero la cola que dejo será larga". Tenía apenas treinta y tres años y aún le quedaba la esperanza de construir una nación. Ese fuego se advierte en el momento fatal, el 4 de marzo, frente a las costas de Río de Janeiro. Arrebatado por las convulsiones, tirado en el piso del camarote, tuvo un gesto que sería parodiado para siempre: "¡Viva mi patria aunque yo perezca!", gritó antes de morir. Escribe su hermano Manuel, que iba a ser federal y funcionario de Rosas: "Su último accidente fue precipitado por la administración de un emético que el capitán de la embarcación le suministró imprudentemente y sin nuestro conocimiento". Y para hacer más creíble la tesis del envenenamiento, agrega: "Vio venir la muerte con la serenidad de un Sócrates. Ya a los principios de la navegación le pronosticó su corazón este terrible lance. *No sé que cosa funesta se me anuncia en mi viaje*, nos decía con una seguridad que nos consternaba".

Liquidado Moreno, la Revolución queda descabezada. Pero, ¿cómo percibieron el desastre los hombres de Mayo en el momento de la muerte? ¿Qué desazones revelan las últimas palabras de quienes soñaron una patria libre y fraterna?

En 1813, agonizante, la lengua destrozada por el cáncer, Juan José Castelli, que había fusilado a los conspiradores de Córdoba y Potosí, escribía en la cárcel una premonición sin destinatario preciso: "Si ves al futuro dile que no venga".

El cura Manuel Alberti había muerto a los gritos, sin que la Iglesia le concediera los últimos sacramentos. Belgrano, coautor con Moreno del *Plan de Operaciones*, fervoroso amante y padre clandestino, moría exhausto y solo en Buenos Aires, en esa casa de escueto jardín que todavía está en el 380 de la avenida con su nombre. Había batallado diez años con un ejército de hambrientos y andrajosos y lo último que salió de sus labios fue un breve lamento de mal presagio: "¡Ay, patria mía!".

El ubicuo vocal Domingo Matheu, protagonista de casi todos los gobiernos, al entregar el alma se quejaba: "¡Qué patria dejaré a mis hijos! ¡Las cosas que me he tragado son las que me tienen enfermo!".

Desde Bruselas, en 1825, San Martín describe en carta a Vicente Chilavert la persecución a que lo ha sometido Rivadavia y arriesga: "Yo había figurado demasiado en la revolución para que me dejaran vivir en tranquilidad". En esas líneas va, también, esta sabia conjetura: "Todo cálculo en revolución es erróneo; los principios admitidos como axiomas son, por lo menos, reducidos a problemas". Y por fin: "Aquí me tiene usted, señor paisano, sin saber qué partido tomar".

Otro que se lamenta por la espiral de violencia y de odio es Saavedra, que por sus veleidades y torpezas logró poner en su contra a jacobinos y liberales: en agosto de 1811, derrocado por una astucia de los dudosos Gorriti y Larrea, tiene que huir con los hijos a cuevas y deambula cuatro años por los campos de Salta, Tucumán, San Juan, Mendoza y Chile.

Por fin, en marzo de 1815, se presenta al director Carlos de Alvear, que conoce historia francesa, y le recuerda: "Amigo mío, usted no se debe extrañar ni admirarse de estas ocurrencias; en las revoluciones siempre los autores son las víctimas". Antes de morir, Saavedra, que desconfiaba de sus compatriotas, escribe: "Si después de mi fallecimiento la calumnia, la detracción y la maledicencia volviesen a acometerlo (a mi honor) incumbe (a mis hijos) estar en centinela ante mi sepulcro para que la calumnia no llegue a perturbar el reposo de mis cenizas".

De un bando o de otro, ninguno de los fundadores muere feliz por su obra: el temible Bernardo Monteagudo es asesinado en Lima, donde ha instrumentado el terror bajo el mando de San Martín primero y de Bolívar después. El coronel Domingo French guerrea hasta el final en las planicies del Brasil, alucinado por la última mirada de Liniers a quien ha acabado de un pistoletazo ("De propia mano le he dado el tiro de gracia", le había escrito a Moreno). Artigas, derrotado por portugueses y porteños luego de nueve años de rebeldía, se extingue, prisionero, en el Paraguay del doctor Francia. Su adversario Rivadavia, que todo lo ve con ojos de Europa, abre las puertas a los banqueros de Londres aunque él muere en la miseria. En 1812, para congraciarse con los porteños de la Sociedad Patriótica, había hecho fusilar a Martín de Álzaga y los *sarracenos* ante el solo rumor de que estaban conjurados con los españoles.

Tiempo al tiempo: Rivadavia es el hombre elegido por los intereses porteños. Todavía hoy es el ídolo de la "civilización" liberal. Cierta historiografía intenta vincularlo a Moreno, que en realidad lo detestaba: "Sostiene un estudio abierto sin ser abogado —escribe el secretario de la Primera Junta—, ya usurpa el aire de los sabios sin haber frecuentado sus aulas; se presenta como un comerciante acaudalado, de vastas negociaciones, que no entiende ni tiene fondos para sostener; y todos esos papeles son el triste efecto de la tenacidad con que afecta ser grande en todas las carreras cuando en ninguna de ellas ha dado hasta ahora el primer paso".

Dice San Martín, en carta a O'Higgins: "Yo he despreciado tanto sus groseras imposturas como su innoble persona". En 1812, cuenta Alberdi en sus *Póstumos*, "en una reunión de patriotas en la que San Martín, recién llegado al país, expresó sus ideas en favor de la monarquía como la forma conveniente al nuevo gobierno patrio, Rivadavia hubo de

arrojarle una botella a la cara por el sacrilegio". Años después, Rivadavia es el primer presidente y contrae el empréstito de un millón de libras esterlinas que endeuda al país por ochenta años.

El memorialista Juan Manuel Beruti, circunspecto en la crónica de lo que ve y oye, anota en el último cuaderno: "Pobre patria, que la ambición de tus hijos te expone a tu total ruina y expuesta a ser presa de naciones extranjeras de Europa que ambicionan de tus riquezas y desean dominarnos".

Las últimas palabras de los fundadores contenían la amargura del pasado y el desencanto del porvenir. Todos ellos querían la independencia pero sólo unos pocos apoyaron la revolución de Moreno, Castelli y Belgrano.

Tal vez quien mejor sintetizó con sus penúltimas palabras la incertidumbre que aún perdura haya sido el coronel José de Moldes, asistente de Belgrano y de French, que fue desterrado por el golpe orillero de 1811 y por la Asamblea liberal de 1813. "Durante estos servicios y persecuciones —escribe—, mi casa ha sido saqueada dos veces por el enemigo." Y concluye: "Dispersos, emigrados y errantes aún no sabemos la patria que hemos de vivir".

## *El país imposible*

El primero que intentó entregar el país a una potencia extranjera fue el director supremo Carlos María de Alvear. Unitario admirado por la rancia oligarquía porteña, su nombre se perpetúa en una de las más elegantes avenidas de Buenos Aires y en calles de todo el país.

Alvear regresa al Río de la Plata en marzo de 1812 junto a San Martín. Los dos son masones y pertenecen a la Logia Lautaro pero nunca se pondrán de acuerdo en política. A los veinticinco años, Carlos María es alférez de carabineros reales de España y está emparentado con las más prestigiosas familias porteñas. Brillante, audaz, fanfarrón, sueña con llevarse la gloria de la emancipación americana. En cambio, el teniente coronel San Martín es casi un plebeyo y para congraciarse con los doctores porteños se casa con una niña de los muy respetables estancieros Escalada.

La ambición de Alvear es tanta que despierta la alarma de su tío Gervasio Posadas: "Cada día estamos más aturridos del arte e ingenio de Alvear en una tan corta edad", escribe el que será primer director de las Provincias Unidas. En aquella aldea de veinte manzanas donde el fervor revolucionario se apaga con la muerte de Moreno y las derrotas de Castelli y Belgrano, los terratenientes hacen negocios descomunales con los buques ingleses. En poco tiempo la precaria industria del interior desaparece suplantada por productos importados y la mano de obra pasa a ser carne de cañón: los ponchos de los soldados de Belgrano se confeccionan en Gran Bretaña y los Anchorena, Terrada y Rosas viven su gran hora abriendo saladeros.

Alvear se aprovecha de las victorias de Rondeau en Montevideo y gana una fama que lo envanece y lo agiganta en la Logia y en la Sociedad Patriótica que maneja Bernardo Monteagudo. A la caída de Posadas como director supremo, Alvear, que aún no tiene veintiocho años, ocupa el cargo en el que ya influía desde la sombra. Manda soldados contra el gran Artigas y logra alejar a San Martín de la escena política, pero una hábil maniobra del futuro libertador, que se finge enfermo en Mendoza, le impide derrotarlo para siempre.

No bien Fernando VII regresa al trono, Belgrano y Rivadavia son enviados a Madrid, París y Londres para negociar disculpas y alianzas. San-atea, que fue a comprar armas a Inglaterra, vuelve con las manos vacías. Alvear, aterrorizado, escribe a la Corte de España para explicar que está al frente del gobierno de las Provincias Unidas nada más que para preservar los intereses de la Corona. Es decir, continúa con la ficción ideada por la Primera Junta pero decide devolver estas tierras al rey a cambio del perdón para los estancieros y comerciantes que abjuren de las ideas de Mayo.

Entre fines de 1814 y comienzos de 1815 todos los movimientos revolucionarios estaban en retroceso. Bolívar había salido de Venezuela para refugiarse en Jamaica bajo protección británica. En Quito, Chile y México triunfaban las fuerzas de la contrarrevolución y en el Río de la Plata Artigas les hacía la vida imposible a los porteños.

Es la "anarquía" de los gauchos de Artigas lo que desvela a Alvear más que la amenaza de la flota española. Tiene en contra a la gente, pero gobierna en dictadura con el ejército al que ha dividido en tres fracciones. Se lo cree valiente y patriota porque es gritón y presumido, pero en ese año de 1815, en pleno fervor de la juventud, ya no piensa en la "marcha gloriosa" sobre Lima.

Ofrece a su enemigo Artigas la independencia de la Banda Oriental a cambio de que éste abandone Entre Ríos y Corrientes. Pide ayuda a José Gaspar Rodríguez de Francia pero el dictador del Paraguay se niega a intervenir en los asuntos del sur. Tampoco Estados Unidos responde a un pedido de "protección" y entonces, aconsejado por Nicolás Herrera, da instrucciones al secretario del Consejo de Estado, Manuel José García, para que se presente ante lord Strangford, embajador británico en Río de Janeiro, y le ofrezca estas provincias como sumisas colonias de Su Majestad.

El 28 de enero de 1815 García sale para el Brasil con dos oficios de Alvear, uno para Strangford y otro para el gabinete inglés. Esas cartas iban a ser halladas muchos años más tarde, a la muerte de Rivadavia, en el único baúl que se llevó al destierro.

Le escribe Alvear al ministro Castlereagh: "Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy dispuesto a sostener tan justa solicitud para librarlas de males que las afligen. Es necesario que se aprovechen los momentos. Que vengan tropas que se impongan a los genios díscolos (*en alusión al caudillo Artigas*) y un jefe autorizado que empiece a dar al país las formas que sean del beneplácito del Rey y de la Nación, a cuyos efectos espero que V.E. me dará sus avisos, con la reserva y prontitud que conviene para preparar oportunamente la ejecución".

García elude a Belgrano y a Rivadavia que están en Río de Janeiro y se entrevista en el más estricto secreto con lord Strangford el domingo 26 de febrero por la noche. La carta para el ministro Castlereagh está lacrada pero la otra, la de presentación, es más larga y patética. Al leerla, el inglés debe haber sentido algo parecido a la compasión: "Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver de un modo indudable a todos los hombres de juicio y opinión, que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden antes de que se precipite en los horrores de la anarquía (...) En estas circunstancias sólo la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas provincias, que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer (...) Yo no dudo en asegurar a V.E. sobre mi palabra de honor, que éste es el voto y el objeto de las esperanzas de todos los hombres sensatos, que son los que forman la opinión real de los Pueblos; y si alguna idea puede lisonjearme en el mando que obtengo, no es otra que la de poder concurrir con la autoridad y el poder a la realización de esta medida, toda vez que se acepte por la Gran Bretaña (...)".

Tanta es la sorpresa de lord Strangford que, como buen diplomático, aconseja a García cambiar el pedido de ocupación por un memorial solicitando que "Su Majestad

Británica ceda a las súplicas del infortunado pueblo (el argentino) y le haga conocer su destino...".

Manuel García es de los que nunca se ruborizan. Nueve años más tarde gestionará, de acuerdo con Rivadavia, el famoso empréstito de un millón de libras esterlinas con la banca Baring Brothers; luego, en 1827 tras la victoria argentina de Ituzaingó, firmará el acuerdo de paz que le impone en Río de Janeiro el derrotado emperador del Brasil. Pero en 1815 García se apresuró en redactar el "memorial" sugerido por lord Strangford. El ejemplar que se conserva en el Foreign Office tiene fecha 3 de marzo y la copia que le manda a Alvear con ligeras diferencias es del 4.

Menuda sorpresa se llevan Belgrano y Rivadavia cuando se topan con García el 3 de marzo y se enteran de la misión ya consumada. Algún memorialista sostiene que Belgrano se enfurece y se va de manos. Rivadavia, más sutil, retiene el oficio original de Alvear y le escribe de inmediato para que conste ante la posteridad: "Ya hemos hablado largamente con García. Pero lo que me ha pasmado sobre todo es el pliego para Inglaterra y el otro idéntico para Strangford aún más. Yo protesto que he desconocido a usted en este paso. Este avanzado procedimiento nos desarma del todo..."

En Londres, Rivadavia no consigue entrevistarse con lord Castlereagh y se guarda el oficio del efímero dictador. Muchos años después, como secretario del gobierno de Martín Rodríguez y cuando lo nombren primer presidente de la República unitaria, Rivadavia habrá de recordarle aquel sobre imprudente a su ministro de Guerra, Carlos María de Alvear. Los ingleses a los que Rivadavia abrió las puertas de manera tanto más elegante lo derrocaron enseguida porque no toleraban sus intrigas y los arrebatos de su carácter sinuoso. Pero tal vez el presidente intuía que la historia liberal iba a seleccionar con mucho cuidado a sus próceres. Por eso tuvo la delicadeza de guardar, sin quitarle los sellos, aquella carta en la que Alvear se anticipaba a tantos otros héroes que ahora tienen sus calles y salen, muy orondos, en las figuritas del *Billiken*.

## O juremos con gloria callar

En los grabados de época los nueve miembros de la Primera Junta aparecen más tiesos y beatos que un puñado de frailes viejos. Son figuritas desteñidas y tediosas que ocultan la pasión de la libertad con dignidad y justicia.

Las sucesivas crónicas sobre Mayo tendieron a interpretar los acontecimientos según los intereses dominantes del momento en que fueron elaboradas. Casi toda esa escritura es rimbombante y adjetivada. San Martín es "genio y figura". Belgrano, "abnegación y sacrificio"; Moreno, un "preclaro maestro"; Rivadavia, LUÍ "coloso de la modernidad".

El relato más silenciado por la historiografía ha sido el *Plan de Operaciones* de Mariano Moreno, que lo revela como un furioso expropiador de fortunas coloniales. Sin ese texto escamoteado, el fulgurante secretario es, para muchos –sobre todo para el colegio–, un distinguido prócer liberal.

Casi todos los hombres de la Revolución pelearon contra los invasores ingleses; algunos, como Castelli, intentaron apoyarse en los británicos para librarse del Dominio español. Unos y otros se odiaron por diferencias políticas o por celos, pero hicieron una parte del camino juntos. Rodríguez Peña, Vieytes y Belgrano eran partidarios de Adam Smith y casi todos –también San Martín– de establecer una monarquía constitucional. Castelli, Belgrano y Moreno conocían bien la dolorosa secuencia de la Revolución Francesa que concluyó con el golpe de Termidor.

El 15 de julio de 1810, el muy católico Manuel Belgrano presentó a pedido de los nueve miembros de la Primera Junta el proyecto de un plan que "rigiese por un orden político las operaciones de la grande obra de nuestra libertad". El documento describe la situación heredada del Virreinato: "Inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, loa hombres de talento y mérito desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios".

Belgrano traza en nueve puntos la línea que debe seguir la Junta para la "consolidación del sistema de nuestra causa". Su objetivo es comprometer a todos los sublevados en la fundación de un Estado que además de independentista sea revolucionario.

El 17 de julio los nueve miembros, "a pluralidad de votos" aprueban el pedido de Belgrano. Tanta es la urgencia que al día siguiente deciden confiar en "los vastos conocimientos y talentos" del vocal Mariano Moreno para la confección del plan. Moreno debía trabajar en condición de "comisionado" y no de miembro de la Junta, "participándole al mismo tiempo que quedaba exento de la penuria de contribuir al desempeño de las funciones de dicho tribunal (...) con el pretexto de alguna indisposición corporal".

Ese mismo día, en la sala de acuerdos de la Real Fortaleza, Moreno comparece y jura "desempeñar la dicha comisión con que se me honra guardando eternamente secreto de todas las circunstancias de dicho encargo".

El 30 de agosto, Moreno lee un terrible documento que iba a permanecer oculto a los argentinos durante más de ochenta años. La desaparición de ese texto repudiado hasta por quienes lo aprobaron causó no pocos equívocos.

El primer manuscrito de Moreno se perdió, pero una copia de su propia mano, que llevaba en los baúles del exilio cuando el capitán del barco inglés "le suministró un emético" mortal, fue a parar a manos de la infanta Carlota que lo transmitió en 1815 a Fernando VII de España.

Recién en 1893 el ingeniero de puertos Eduardo Madero, que investigaba en el Archivo de Indias de Sevilla, encontró una copia y se la mandó a Bartolomé Mitre. Ecuánime, tal vez sorprendido u horrorizado, el historiador lo ofreció al *Ateneo de Buenos Aires* para que Norberto Piñero lo incluyera en una edición crítica de los Escritos de Moreno. Naturalmente, el documento se extrañó y Pinero tuvo que pedir otra copia a Sevilla.

Paul Groussac encabezó el vendaval de indignadas críticas que produjo la publicación del plan. Para entonces Moreno era el alma del régimen liberal. Ya tenía monumentos, nombres de calles y colegios y era imposible destronarlo. Para colmo Belgrano, el inspirador, había sido incorporado a la iconografía del Ejército y sus huesos eran custodiados por la Iglesia. Sólo Juan José Castelli, comisario político y primer ejecutor del Plan, había sido cubierto por un pudoroso olvido oficial. En las "Instrucciones" para la campaña al Alto Perú, Moreno le escribía a Castelli: "La Junta aprueba el sistema de sangre y rigor que V.E. propone contra los enemigos y espera tendrá particular cuidado de no dar un paso adelante sin dejar los de atrás en perfecta seguridad".

Castelli y French fusilaron a Liniers en la llanura cordobesa de Cabeza de Tigre y frenaron la contraofensiva española. French, el que en las estampitas todavía reparte escarapelas, le escribe al secretario Moreno: "De mi propia mano le he dado el tiro de gracia".

Castelli seguirá su utópica y sangrienta marcha asistido por el joven Bernardo Monteagudo, hasta que en plena contrarrevolución la gente de Saavedra consigue detenerlo y mandarlo a juicio. Mariscales españoles; curas y notables del Virreinato han sido pasados por las armas sin contemplaciones en cumplimiento del plan redactado por Moreno. En Cochabamba y Potosí Castelli subleva a los indios y fusila a quienes los fusilaban en los socavones de las minas.

Tan temible es la fama de esa revolución que durante décadas el grandilocuente Himno compuesto por Parera y López en 1813 será entonado por los esclavos de todo el continente como grito de rebelión.

Al regresar de su campaña al Paraguay, Belgrano se entera de que el plan ha entrado en sigilosa vigencia y lo aplica con un rigor que lo convertirá en el más duro de los generales improvisados. Monteagudo, que parte con San Martín a Chile y Perú, debe de haber recibido instrucciones muy precisas para tomarse la libertad de fusilar a los hermanos Carrera en ausencia de su jefe. Después, en Lima, el discípulo de Castelli ganará la celebridad de un Saint Just tardío y sudamericano.

Hay indicios de que la metodología despiadada del plan fue aplicada con autoridad por lo menos hasta la caída de Castelli, aunque sus ecos retumban más allá de la Asamblea de 1813. En su *Memoria*, Saavedra lo evoca sin nombrarlo y lo atribuye a la veleidad enfermiza de Moreno que, según cuenta el presidente, se tomaba por el Robespierre de América.

Sin embargo el plan es demasiado rico, contradictorio y complejo como para abandonarlo a los murmullos espantados de quienes todavía esconden su existencia. Son las ideas sobre un Estado libre, soberano y próspero las que todavía lo hacen innombrable.

## Utopía

¿Qué hubo en estas tierras antes de la rapiña y el desencanto? ¿Cómo eran y qué pensaban los fundadores de la Argentina? Vale la pena echar un vistazo en algunas páginas dejadas por aquellos fundadores de 1810 de los que ya nadie se acuerda.

\* \* \*

*Proclama del doctor Juan José Castelli, comandante de la Expedición Auxiliadora para las provincias interiores, junio de 1810:*

"Generosos y esforzados compañeros: cuando el superior Gobierno se ha servido encomendarme el alto cargo de ser vuestro caudillo, ha contado menos con mis talentos para conducirlos que con vuestro valor, vuestra constancia y con vuestro patriótico entusiasmo para superar las dificultades que se nos puedan oponer en la dilatada y penosa marcha que emprendemos (...) Hoy lleváis (las armas) por medio de las montañas hasta el corazón del Perú, no para emplearlas en los habitantes pacíficos de los pueblos, que piensan como vosotros, que se hallan penetrados de los mismos sentimientos de lealtad que inflama vuestros pechos, sino en los obstinados opresores de su preciosa libertad, en esos jefes mercenarios que prefiriendo el despreciable interés del mando a la general felicidad de esta parte de América han abusado del sagrado nombre de nuestro Monarca (...) Que tiemblen pues a vuestra presencia y se arrepientan para siempre de haber meditado envolver en la esclavitud más vergonzosa a los más leales y generosos pueblos de la tierra. Abandonáis vuestra patria voluntarios para dar un eficaz auxilio a vuestros hermanos oprimidos y para conservar por siempre aquellos vínculos sagrados que hoy trata de romper la ambición desmesurada de algunos enemigos del público reposo; pero tened presente que los ojos de todos los habitantes de América están fijos sobre vosotros ay que la gloria y el honor de nuestra patria se halla fijada en vuestra conducta sucesiva. Una es la causa que nos dirige, y unos deben ser los sentimientos (...)"

\* \* \*

*Proclama de los comandantes de la expedición auxiliadora a los habitantes del Virreinato, junio de 1811:*

"Sabed amados hermanos que la vergonzosa opresión en que os han puesto esos miserables déspotas, que tan a su arbitrio disponen de vuestra suerte presente y venidera, ha penetrado hasta lo más profundo del sensible corazón de la Junta de Gobierno de la Capital

de Buenos Aires y que al primer rumor de vuestra infame depresión se ha jurado en aquel pueblo la recuperación absoluta de vuestros sagrados derechos, aunque sea a costa de la sangre de sus más heroicos habitantes. Nosotros somos el órgano de la voluntad de aquel pueblo fiel y generoso. Las tropas de nuestro mando están demasiado persuadidas de la dura vejación que os impone el poder arbitrario de los que indignamente os esclavizan y se han ofrecido voluntarias a romper los eslabones de la cadena de hierro con que quieren perpetuar vuestras miserias (...) Nuestro ejército esperará en campaña a todo individuo que quiera acogerse al pabellón y abrigará al que huyendo de la opresión y esclavitud se escude de nuestros reales (...) La felicidad inalterable de la América consiste en nuestra unión recíproca".

\* \* \*

*Proclama del general Francisco Ortiz de Ocampo al ejército auxiliador, 25 de julio de 1810:*

"Estad persuadidos firmemente que vuestra misión es de auxilio y no de conquista; que vais a abrazar a vuestros hermanos y no a sacrificarlos a fuego como vuestros enemigos (...) Acordaos que todo el continente americano tiene fija la vista sobre vuestra conducta sucesiva (...) Volveréis a vuestra patria, sí, cubiertos de honor y gloria y entonces vuestros hijos tendrán la vanidad de llamarse descendientes de los auxiliadores del Perú".

\* \* \*

*Artículo escrito por Mariano Moreno en Gazeta de Buenos Aires, jueves 21 de junio de 1810:*

"(...) Causa ternura el patriotismo con que se esfuerza el pueblo para socorrer al erario en los gastos precisos para la expedición de las provincias interiores. Las clases medianas, los más pobres de la sociedad son los primeros que se apresuran a porfía a consagrar a la patria una parte de su escasa fortuna: empezarán los ricos las erogaciones propias de su caudal y de su celo; pero aunque un comerciante rico excite la admiración por la gruesa cantidad de su donativo, no podrá disputar ya al pobre el mérito recomendable de la prontitud de sus ofertas".

\* \* \*

*Ortiz de Ocampo a la Junta, desde Córdoba, 11 de agosto de 1810:*

"Excelentísimo señor: Me hallo penetrado de regocijo al considerar la ocasión que me ofrece de elevar a la superior noticia de Vuestra Excelencia la conducta, el valor y el patriotismo de la oficialidad y soldados del ejército de mi mando. Los oficiales poseídos en sumo grado de los principios de lealtad que animaron al vecindario de esa capital a la instalación del superior gobierno de Vuestra Excelencia y llenos de la más alta irritación contra los mandatarios que intentaron sembrar la división y la anarquía, han sabido afrontar con heroica constancia la intemperie y las incomodidades. El momento de exterminar a los díscolos y de abrazar a los oprimidos hermanos parece que era el único objeto de sus deseos.

La unión y la amistad que han reinado en todos ellos me presentaban el espectáculo de una amable familia cuyos estrechos vínculos han desterrado de su seno toda rencilla y discordia".

\* \* \*

*Juan José Castelli a la Junta, desde Potosí el 28 de noviembre de 1810:*

"(...) El pueblo ha visto por primera vez que le gobierna su municipalidad; es ciego en la obediencia Como diligente en el observar y fecundo en el arbitrar. Entretanto que no tengo de quien echar mano para jefe de la provincia, les hago gustar a los capitulares del placer de mandar, sentir el peso del trabajo, orientarse de los ramos de la administración y desear dejarlo a su | tiempo: al mismo tiempo que el pueblo sano se complace en esta distinción que les hace el superior gobierno, y la parte viciada rabia de envidia y se confunden todos a la vista de que nadie de nuestra comitiva aspira al mando que otros anhelaban tanto".

\* \* \*

*Juan José Castelli a los cabildos del Virreinato de Lima, mayo de 1811:*

"En un tiempo en que la vista de los pueblos de América se ha dejado impresionar de la viva imagen de la justa libertad civil, propagada por la luz de la razón, no es de temer que la de este distrito se conserve obcecada y dolorosamente sujeta al capricho, tiranía y despotismo de un gobierno impostor, que con el nombre de nacional y con el velo de la hipocresía usurpa los más sagrados derechos de los ciudadanos a miras destructoras y ambiciosas".

\* \* \*

*Juan José Castelli a la Junta desde Tucumán, el 26 de setiembre de 1811:*

"Excelentísimo señor: No tengo medios de qué subsistir, porque lejos de haberlos adquirido en la comisión que he servido, he sacrificado el fondo de mi muy moderada fortuna a beneficio de la causa pública; y el día que llegué a Catamarca dudo me resulten cincuenta pesos. No tengo qué vender porque en mi campaña no he poseído cosa apreciable; y he sido robado de lo más de mi corto equipaje y del dinero que tomé para la marcha a la capital. Cualquiera que sea la resolución de Vuestra Excelencia sobre mi permanencia o marcha habrá de ser considerada con la orden de que se me socorra en alguna tesorería a buena cuenta de mis haberes con la cantidad que estime conveniente para mi subsistencia y transporte".

Han pasado más de ciento ochenta años entre la "Época del vértigo", como la llamó el comerciante catalán Domingo Matheu, y los tiempos del pensamiento blando; Y entre la pobreza de Castelli y la opulencia de la nueva burguesía "democrática", se entrevé el drama de un país que todavía no sabe cómo emprender camino de una independencia verdadera.

## Un amor de Belgrano

¿Cómo contarle al pobre Belgrano? ¿Con qué colores pintarle diez años de guerra y de infortunio? ¿Qué instante de su vida elegir para evocarlo mejor? Pongamos primero los de las efemérides escolares: los jubilados de Tucumán y Salta; los nefastos de Vilcapugio y Ayohuma; los del rebelde que levanta una bandera propia para acelerar la marcha de la Historia. Pero sobre todo los del amante otoñal y olvidado que guerrea en el norte a la espera de que San Martín caiga sobre el Perú.

En 1818 ya han muerto los sueños de revolución y la guerra civil entre porteños y provincianos ha desatado odios que van a prolongarse hasta hoy. Belgrano, que en Tucumán cuida la retaguardia de los guerrilleros de Güemes, impone una disciplina espartana: se acaban los bailes, las mujeres y la baraja. San Martín y Paz se asombran y lamentan la dureza de ese civil al que las circunstancias han hecho militar. Por las noches recorre las calles con una ordenanza e irrumpe disfrazado en los cuarteles para sorprender a los oficiales desobedientes. Es de acero ese jacobino católico al que llaman despectivamente *Bomberito de la Patria*. En pocos meses funda varias escuelas, una academia de matemáticas, una imprenta y manda sembrar huertos para pelear contra el hambre que le mata los caballos y debilita a la tropa. Curioso personaje este nieto de venecianos del que San Martín escribe: "Es el más metódico que conozco en nuestra América, lleno de integridad y valor natural; no tendrá los conocimientos de un Moreau o Bonaparte en punto a la milicia, pero créame usted que es el mejor que tenemos en América del Sur".

¿Cómo es? "De regular estatura, pelo rubio, cara y nariz fina, con una fístula casi imperceptible bajo un ojo; no usa bigote y lleva la patilla corta. Más parece alemán que porteño." En Buenos Aires ha tenido amores tumultuosos de los que le ha nacido un hijo clandestino que Juan Manuel de Rosas cría y ampara bajo el nombre de Domingo Belgrano y Rosas. Otra descripción de primera mano, dice: "Es un hombre de talento cultivado, de maneras finas y elegante, que gustaba mucho del tratar con las señoras".

¿Por qué se sacrifica? Por la libertad y la justicia. Esos valores que le han faltado durante los primeros cuarenta años de su vida serán la obsesión de los diez últimos. Y al final, derrumbado por la cirrosis y la hidropesía, trata de comprender por qué lo abandonará "¿Ha creído usted acaso que yo pueda dudar de la legitimidad de los gastos que se hagan en ese ejército? —le escribe Pueyrredón—. No sea tonto, compañero mío y crea que así como usted me llora porque lo auxilie con dinero, yo lloro del mismo modo porque veo las dificultades. Usted siente las necesidades de ese ejército y yo con ellas siento las del de los Andes, las del Este, las de los Enviados Exteriores y las de todos los pueblos." Entonces, Belgrano se dirige a Saavedra: "Digan lo que quieran los hombres sentados en sofás o sillas muy bonitas, que disfrutan de comodidades mientras los pobres diablos andamos en trabajos;

a merced de los humos de la mesa cortan, tallan y destruyen a los enemigos con la misma facilidad con que empujan una copa".

Es que su ejército de liberación no tiene donde caerse muerto: "Ni tiempo, ni suelas, ni cosa alguna tenemos: todas son miserias; todo es pobreza, así amigo que yo me entiendo", le escribe a Martín Güemes que le pide auxilio. Poco después, a Pueyrredón: "Todas son miserias en este ejército. No dinero, no vestuario, no tabaco, no yerba, no sal, en una palabra: nada que pueda aliviar a esos hermanos de armas sus trabajos ni compensar sus privaciones". Y enseguida: "La desertión está entablada como un consiguiente al estado de miseria, desnudez y hambre que padecen estos pobres compañeros de armas".

Es un Belgrano achacoso, de chaqueta zurcida y botas remendadas el que se reencuentra de pronto con la niña Dolores Helguera. Ella es hija de una intocable familia tucumana y el general la ha conocido en los jubilosos días de victoria, cuando era una pecosa de trece años. Ninguno de los dos ha olvidado los primeros amores de 1813 a los que la familia de la muchacha puso fin casándola con un tal Rivas, de la aristocracia local. Por entonces, Belgrano aparecía a los ojos de los tucumanos como un plebeyo metido a revolucionario. Ya antes, en Buenos Aires, había desatado escándalos por sus entreveros con polleras honorables. Pero a los cuarenta y nueve años, destrozado por los combates y los sinsabores, se tropieza de nuevo con la adolescente que lo amó de viejo. En una de sus rondas la ve pasar, pero es tan poco lo que queda de aquel general victorioso, que no se anima a correr a su encuentro.

Lo que sigue es un mal folletín: Belgrano se entera de que ella vive en Londres, provincia de Catamarca, y manda a un hombre de confianza a que averigüe si ella todavía lo quiere. El chasque corre, pregunta, finge (sin saber que dice la verdad) estar al servicio de un general moribundo. Dolores Helguera se enternece y corre a verlo. El tal Rivas, que en el folletín hace de marido, está en Bolivia y como es un tipo prudente no se acerca a Tucumán. El cura Jacinto Carrasco, que escribe la primera noticia, le inventa una separación para no manchar la memoria del amante perfecto. Cuando Dolores queda embarazada, Belgrano mueve cielo y tierra para ubicar a Rivas y protegerlo de las razones de Estado que ponen su vida en peligro.

Carta a Pueyrredón: "Repugna a mis principios arrebatar las propiedades y jamás entraré en semejante idea, por consiguiente nos veremos expuestos a no tener qué dar de comer al ejército (...) La desnudez no tiene límites: hay hombres que llevan sus fornituras sobre sus carnes y para gloria de la Nación hemos visto desnudarse de un triste poncho a algunos que los cubría para, resguardar sus armas del agua". Se acorta el tiempo para - Belgrano, pero todavía le quedan algunos disgustos por y sufrir. En 1819 la Revolución ya es una parodia y todo se le escapa de las manos: la mujer que le niegan y el ejército que se le subleva. "De resultados de la Revolución se vio abandonado de todos; nadie lo visitaba, todos se retraían de hacerlo", cuenta su amigo Celedonio Balbín. El gobierno lo manda a Santa Fe y el 4 de mayo de 1819, nace la hija, Manuela Mónica. En agosto, Belgrano se siente morir y vuelve a Tucumán para reconocerla como suya. Llega en camilla, echando espuma por la boca y agarrotado por los calambres. Temeroso de nuevas calamidades, un capitán de nombre Abraham González subleva a la tropa, insulta y maltrata al propio general. Es el fin: con la plata que le presta Balbín, emprende el último viaje. Lo acompañan su médico, un capellán y el padre de Dolores: "Cuando llegaban a una posta lo bajaban cargado y lo

conducían a la cama". Es tal el odio que los provincianos alzados en armas profesan a los porteños, que el viaje es una odisea. Cuenta Balbín: "Al llegar al campo de Cepeda, a pocos meses de la batalla, en el patio de la posta donde pasé me encontré con dieciocho a veintidós cadáveres en esqueletos tirados al pie de un árbol pues los muchos cerdos y millones de ratones que había en la casa se habían mantenido y mantenían aún con los restos. Al ver yo aquel espectáculo tan horroroso fui al cuarto del maestro de posta al que encontré en cama con una enfermedad de asma que lo ahogaba. Le pedí mandase a sus peones que hicieran una zanja y enterrasen aquellos restos, quitando de la vista jaquel horrible cuadro y me contesta *no haré tal cosa, me recreo con verlos pues son porteños*. A una contestación tan convincente no tuve qué replicar y me retiré al momento con el corazón oprimido".

El 20 de junio de 1820, mientras los caudillos del interior entran en Buenos Aires, el hombre fuerte de la revolución se muere olvidado, lejos de sus amores prohibidos.

## Robespierre

Maximilien de Robespierre yace sobre una mesa con la mandíbula destrozada por un balazo. La Revolución ha terminado, pero ese día —el 9 Termidor del año II— nadie piensa en eso. Los infelices que rodean al Incorruptible son ordenanzas y soldados, cagatintas y guardias de la Convención: algunos se le acercan temblando; otros se burlan de él, pero se mantienen a distancia con las armas preparadas.

Hace un calor de infierno aunque ya empezó a llover y el peligro ha pasado: Maximilien apenas puede mover una mano en la que sostiene un pedazo de papel empapado en sangre. El fiel Le Bas se ha pegado un tiro en la cabeza. Couthon ha rodado de su silla de paralítico por una escalera del Hotel de Ville, donde los habían llevado arrestados al atardecer. Agustín, el Robespierre joven, sólo atinó a tirarse por la ventana cuando vio entrar a los guardias de Barras y está machucado en una celda.

La Revolución empezó en julio, cinco años antes, y en otro julio, el de 1794, se interrumpe, aunque los actores ya no sean los mismos. Ese Robespierre agonizante, que va a cargar con las culpas de todos, era uno de los oscuros constituyentes de 1789, pero sólo Mirabeau había reparado en él: "Va a llegar lejos —había dicho—, porque cree en todo lo que dice".

Y lo que dice es un discurso de virtud imposible: Robespierre es un sacerdote de la austeridad que sobre el vértigo insurreccional va a hacer cabalgar una Revolución de dos siglos, aunque él vaya a morir al amanecer del día siguiente en el mismo lugar y en la misma guillotina por la que unos meses antes han pasado Danton, Desmoulins, Hebert y los otros.

Un soldado se acerca casi en puntas de pie a la mesa donde se desangra el diputado. "¿Este era el dictador?", pregunta con desprecio y luego se echa a reír. Es verdad, el caído no tiene aspecto de tirano temible. Está vestido, con una chaqueta y un pañuelo de seda azul impecables. La peluca que acaba de perder en la agitación de ese último día estaba tan empolvada y cepillada como cuando llegó desde su Arras provinciana a la espléndida Versalles.

Ya no lo parece, porque es casi un cadáver, pero hasta hace un rato, "sus mejillas no muy llenas tienen un color floreciente, como conviene a la edad viril y alrededor de su boca hay una gracia que sólo se boira cuando sus labios se abren para expresar una indignación republicana", escribe un viajero alemán que lo ha visto de cerca. Una vecina de Arras lo recuerda más joven e inocente: "Una cabeza bastante pequeña, pelo castaño casi rubio, la cara redonda y la nariz corta; los ojos azules y lejanos". Según J. J. Dassault, que no le tiene ninguna simpatía, "mide cinco pies y dos pulgadas. Va erguido y camina con firmeza, casi

con brusquedad". Al fin, un diputado anónimo dice haber visto en su mirada la fiereza del tigre y la cautela del ciervo.

Poco importa: ahora está "fuera de la ley" y ni él ni los otros jacobinos tendrán juicio. Fouquier-Tinville, el presidente del Tribunal Revolucionario, sólo tiene que cumplir el requisito de la identificación y luego lo entregará al verdugo Sansón. El terror termina para unos y empieza para otros. Miles de hombres y mujeres salen de los sótanos, de los armarios, de los bosques, de los escondites más impensados y van a festejar el fin del Gran Terror. Ya nada será como antes: otra es la manera de vestir, como si se festejara el alivio de no tener más compromiso que mirarse a sí mismo; los terroristas de ayer serán los moderados de mañana y hasta los pusilánimes se inventarán un pasado heroico. Los jóvenes elegantes salen a cazar *sans culottes* y terminan la noche en el "baile de la guillotina". Los libros del marqués de Sade, que ha salvado la vida *in extremis*, se ponen de moda en los salones aunque a cada rato el autor vuelva a la cárcel. Fouché dirá que nunca tuvo nada que ver con ninguna revolución y será comisario de la policía de Bonaparte. El pasado es una pesadilla culposa y lo mejor, en ese fin de siglo, es bailar, bailar.

Pero, ¿qué ha pasado ese día que será el más enigmático de la Revolución? ¿Por qué los aliados de Robespierre lo sacrifican y con él a la Revolución? Hay algo de misterioso en esa tragedia universal que los franceses se obstinan en olvidar.

La mañana del 26 de julio Robespierre reaparece en la Asamblea luego de dos meses de melancolía, de encierro, de reflexión.

Se lo ha visto muy poco desde la Fiesta del Ser Supremo, el 20 Prairial (8 de junio), en la que Robespierre consagró la "inmortalidad del alma" como respuesta a la Fiesta de la Razón y la Libertad que los ateos habían celebrado en noviembre en la catedral de Notre Dame.

Esa celebración ha sido su triunfo y también su primer error grave: ese día, en la inmensidad del Campo de Marte, ha caminado a una distancia de varios pasos delante de los otros diputados, como si quisiera mostrar su superioridad. No ha hablado de clemencia, sino de nuevos rigores. Sus adversarios han murmurado a sus espaldas pero él los ha escuchado y regresa al cuarto que ocupa en casa del carpintero Duplay lleno de desprecio y rencor.

Desde entonces permanece encerrado: escribe, lee, bromea en la mesa con las muchachas. Por momentos parece que prepara el golpe final, pero hay días en que lo ganan la melancolía y el aburrimiento. ¿Vale la pena seguir? ¿Tiene sentido gastar la vida en una epopeya contra *bribones y malvados* de toda calaña?

Sí, vale la pena. Por eso, el 8 Termidor sale de su cuarto de la Rué Saint Honoré y va a pie hasta las Tuileries. A las siete de la mañana ya hace un calor de infierno y París apesta si se tiene en cuenta cómo huele dos siglos más tarde y lo que cuenta Patrick Süskind en *El perfume*.

¿Ha sentido alguna vez la tentación de acercarse a la plaza de la guillotina, donde ayer, 7 Termidor, han ejecutado al poeta André Chenier? Seguro que no, por que nada le repugna más que la vulgaridad del populacho que aplaude cuando ruedan las cabezas ajenas.

Saint Just lo encuentra a la entrada de la sala. También él está ansioso por la súbita reaparición del jefe, aunque lo alarma que no le haya consultado el texto que lleva en el bolsillo. Un gendarme trae a Couthon sobre los hombros. Desde lo alto, el paralítico discute

un decreto banal con dos diputados que añoran los tiempos de Danton. El gendarme lo deposita con infinito cuidado en la silla de ruedas y se queda a su lado, listo para llevarlo a la letrina cada vez que el otro se lo pida.

A las ocho, Robespierre sube los cinco escalones que llevan al estrado de los oradores y empieza a leer con esa voz monótona que tanto irrita a sus adversarios. A veces quita los lentes y se lleva una mano al pecho porque habla de sí mismo: "¿Quién soy yo, el acusado? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la República, víctima y al mismo tiempo el enemigo del crimen. Todos los bribones me insultan: las acciones más indiferentes, más legítimas para otros son criminales cuando se me atribuyen a mí (...) Hace seis semanas que mi dictadura ha terminado y no ejerzo ninguna influencia sobre el gobierno. ¿El patriotismo ha sido más protegido en ese tiempo? ¿Las facciones se han calmado? ¿La patria es más feliz?"

El Incorruptible comprueba que no mientras los amigos de Danton y de Hebert, que han ido a la guillotina en marzo y abril, sospechan que la ausencia de Maximilien ha sido una maniobra para dejarlos a solas con sus miserias y pequeñeces. Desde el 10 de junio nadie duerme en su casa porque el decreto del Gran Terror permite la condena con sólo presentar "pruebas morales" y ninguna defensa es posible, sobre todo cuando hay tanto para reprocharse frente a la virtud empecinada de un solo hombre.

"¿Mi vida? —se pregunta Robespierre en el fatídico discurso—. La abandonaría sin un lamento. Tengo la experiencia del pasado y veo el porvenir. ¿Qué hombre de la Patria desearía sobrevivir cuando no se permite servir y defender la inocencia oprimida? ¿Para qué asistir a un orden de cosas en el que la intriga triunfa siempre sobre la verdad, donde la justicia es una mentira, donde las pasiones más viles y los temores más ridículos ocupan en los corazones el lugar de los sagrados intereses de la humanidad? ¿Cómo soportar el suplicio de ver esta horrible sucesión de traidores que esconden su alma rencorosa bajo el velo de la virtud y de la amistad (...Viendo la multitud de vicios que el torrente de la Revolución ha arrastrado junto a las virtudes cívicas, confieso que tengo miedo de quedar enlodado ante la posteridad por la vecindad impura de hombres perversos que se introducen entre los sinceros amigos de la humanidad." Dos horas de discurso y Robespierre está al borde del abismo. Los diputados quieren los nombres de los traidores, de los impuros, de los perversos, aunque todos saben que son muy pocos los que están exentos de pecado. El Incorruptible se niega a nombrarlos porque quiere dejar planear la duda o simplemente porque está decidido a purificar o morir. Amenaza con "castigar a los traidores, depurar los comités, aplastar las facciones", pide que su discurso sea impreso y enviado a todos los departamentos de Francia.

Saint Just se desespera ante la osadía del jefe; Couthon se trepa sobre el gendarme para apoyar el pedido de Maximilien. Los enemigos del Incorruptible le saltan al cuello. Cambon se anima y grita: "Es tiempo de decir toda la verdad: un solo hombre paraliza la voluntad de la Convención Nacional y ese hombre es Robespierre". Un diputado insignificante, Pañis, muestra una lista de futuras víctimas del Incorruptible entre las que está su nombre. Challier, que se siente desfallecer, grita: "¿Diga quiénes son los acusados!". Thirion defiende a los comités de Salud Pública y de Defensa, agredidos por Robespierre, y arranca los primeros aplausos. Barérot, que huele la victoria, agrega: "Si Robespierre hubiera asistido a las reuniones del Comité se habría ahorrado su discurso".

El voto confirma la rebelión: el discurso será examinado por los comités. Mailhe, que está parado junto a Robespierre, jura que en el momento del voto lo oye murmurar "estoy perdido", mientras se desploma en su asiento.

A las cinco de la tarde sale de la asamblea sin hablar con nadie. Couthon hace una seña a su gendarme para que lo levante y desde ahí arriba apostrofa a los traidores, pero nadie lo escucha porque todos hablan al mismo tiempo y Chiappe tiene que venir a exponer sobre su telégrafo. Robespierre cena con los Duplay y luego va de paseo a los Campos Elíseos con las hijas del matrimonio. Se ha cambiado de ropa. Es el único diputado que toma un baño todos los días y si no tiene mejor vestuario es porque la dieta apenas le alcanza para pagar su pensión. Cuando lo maten, tres días antes de cobrar el sueldo, Dulac, el gendarme de Barras, encontrará en su cuarto un puñado de miserables libras, justo de qué pagarse las velas que lo alumbran y el agua para la bañera.

La noche del 8 y la madrugada del 9 han sido escritas mil veces y desde todos los puntos de vista, pero siempre sobre la base del único informe del testigo Charles Duval.

Puede que ya nada sea del todo cierto. Se sabe que Robespierre relee su discurso en el club de los jacobinos donde es aplaudido. Collot d'Herbois y Billaud-Varenne, los extremistas de ayer, son abucheados, expulsados, y alguien pide para ellos el oprobio y la guillotina. Los dos vuelven a la Convención rumiando el desaire. Robespierre, ovacionado por esos jóvenes que lo idolatran, no se engaña: "Este es mi testamento de muerte", dice y se retira.

Entretanto, Saint Just escribe toda la noche en el gran salón de la Convención. Ni siquiera ha comido, pero sólo tiene veintisiete años, ha organizado ejércitos y cree que todavía tiene mucho tiempo por delante. Los otros conspiran en mesas alejadas, en salones cerrados con llave y en la penumbra de los parques. A todos les va la vida en la sesión de mañana. Collot d'Herbois y Billaud-Varenne entran y se topan con ese joven insolente al que detestan: "¿Qué estás escribiendo?", le pregunta Collot "Un pedido de acusación contra ti", responde Saint Just y enseguida, mirando a Carnot: "Y contra ti también". Cuando termina sube a caballo y va a esperar el amanecer al Bois de Boulogne.

Entonces Fouché, Carnot, Barras, Tallien, Fréron, Legendre, Barère, Collot, Billaud y sus cómplices urden un plan con el que se juegan la vida: se trata de impedir que Robespierre y Saint Just tomen el control de la asamblea. Hay, también, que arrestar a Hanriot, el comandante de la Comuna de París. Tallien irá a la asamblea con un puñal escondido entre sus ropas mugrientas y luego lo contará como una hazaña en todos los salones literarios del París termidoriano.

Al mediodía del 9 (domingo 27 de julio), el cielo está cubierto, pero el calor es sofocante. El gendarme de Couthon ha pasado una noche agitada con el diputado sobre los hombros. Juntos han sorprendido a los conspiradores en plena noche y ahora el amigo de Robespierre va a denunciarlos.

Por fin aparece Saint Just con un cuaderno en la mano. Collot d'Herbois preside y le da la palabra. "Yo no pertenezco a ninguna facción y las combatiré a todas — empieza —. La confianza de los dos comités me honra, pero esta noche alguien ha lastimado mi corazón y quiero hablarles..."

Eso es todo. Tallien se levanta y grita que Saint Just no puede hablar en nombre del Comité de Salud Pública. "Pido que se diga toda la verdad", se desgañita y el ruido comienza

en toda la sala. Robespierre, que intuye la maniobra, corre a la tribuna pero no alcanza a subir: Billaud-Varenne lo empuja y desata un tumulto que va a durar cinco horas. Collot d'Herbois sacude la campanilla hasta que las manos se le acalambran. Lo que quiere es más ruido y más furia. "¡Abajo el tirano!", grita Fouché y otros lo siguen: "¡Abajo!".

Después de una noche febril en la que seguramente ha repensado su vida, Saint Just se queda helado y mudo para siempre, con los ojos fijos en ninguna parte. Su discurso se publicará recién un año después de su muerte. Los historiadores no sabrán dar explicación a ese silencio indiferente que guardará hasta la guillotina. Los testigos dicen que parece un enfermo, un autista. Robespierre intenta tomar la palabra, pero el tono de su voz es escaso entre tanto escándalo. Tallien arranca a Saint Just de la tribuna justo cuando Maximilien sube la escalerilla y grita: "Presidente de asesinos, ¿me vas a dar la palabra?". Entonces Tallien saca el puñal y lo pone contra el pecho de Robespierre. Garnier de l'Aube (o tal vez Legendre) lanza su célebre "la sangre de Danton te ahoga" y Robespierre le replica: "Quieren vengar a Danton... ¡Cobardes!, ¿por qué no lo defendieron antes?".

Couthon está en su silla de ruedas y ha perdido al gendarme o se lo han quitado. Al cabo de cinco horas de Catarsis desesperada, un desconocido, Loiseau, se anima pedir el arresto de Robespierre. Vencido, tal vez aliviado, Maximilien vuelve a mirar a un Saint Just extraviado y patético. Afuera llueve y nadie sabe que el terror cambia de mano y de instrumento: la guillotina será abolida después de cobrarse ciento ocho víctimas en Termidor. La nueva Convención prefiere los fusilamientos.

Fouquier-Tinville, el presidente del Tribunal Revolucionario, el hombre que ha enviado a la guillotina a varios miles de franceses, se entera de la caída de Robespierre a las cinco de la tarde, mientras come con un amigo. Su mundo se viene abajo. Se levanta sin despedirse, corre al Palacio de Justicia de la isla de la Cité y luego de asegurarse de que su jefe está vencido hace saber a la Convención que está dispuesto a cumplir todas las órdenes. En claro: si antes guillotina a los enemigos de la Revolución, ahora está dispuesto a decapitar a la Revolución para salvar su vida. Pero traiciona en vano: pocos días después le llegará su turno.

De mezquindades y miserias como ésa está hecho ese 9 Termidor. Barère, antes aliado de Robespierre, tenía en el bolsillo dos discursos preparados. Uno saludaba la victoria de la virtud revolucionaria, el otro aplaudía la caída del tirano. Fouché, que veía a la reacción por todas partes, perseguirá revolucionarios hasta el fin de sus días, en 1814.

"La República está perdida", murmura Robespierre, tironeado por los gendarmes, abucheado por la sala. Cuando la Convención decreta el arresto del triunvirato (Maximilien, Couthon, Saint Just), el joven Le Bas y Agustín, el hermano menor de Robespierre, exigen correr la misma suerte que sus amigos. Se les concede el deseo fatal y son 22 los jacobinos sacrificados al día siguiente en la guillotina de Sansón.

En la cárcel de Luxemburgo no aceptan poner preso a Robespierre, de modo que los gendarmes lo llevan a la oficina de la policía. Agustín, Saint Just y Le Bas son conducidos por los aterrorizados gendarmes al Hotel de Ville (la municipalidad) para ponerlos bajo la protección de los comuneros.

La Comuna de París puede salvarlos, pero el entusiasmo no es grande. Los obreros saben que el Incorruptible es responsable de los salarios congelados un mes antes de la ejecución de Hebert, el líder de los rojos, de que el *enragé* Jacques Roux se haya suicidado para

no ir al patíbulo. Pero el general Hanriot los subleva igual a las cinco y media de la tarde. Los *sans culottes* toman las armas y llevan cañones al Hotel de Ville. Todos esperan la llegada de Robespierre, pero él duda, no quiere una revolución que lo dejaría en manos de los comuneros, contra la ley y el orden burgués.

Al anochecer, la Convención aterrorizada cree que Robespierre encabezará una pueblada y juega su última carta con un decreto que pone a los arrestados "fuera de la ley". Ese requisito evita el juicio del Tribunal Revolucionario de Fouquier-Tinville y los lleva derecho a la guillotina. Sólo que para eso hay que arrebatárselos del cuartel general de los *sans culottes*, donde el Incorruptible ha llegado, por fin, a las diez y media de la noche, rendido a la evidencia de que no podrá defenderse en un proceso público. Allí está el general Hanriot, que había sido detenido por la Convención y luego liberado por los suyos. "El pueblo acaba de salvarme de las manos de una facción que quería terminar conmigo", dice Maximilien, agotado, pero no da la orden de pelear.

Couthon se une a Robespierre a medianoche, pero los dos han dudado demasiado, han mostrado a los obreros los límites de su fidelidad. A las dos de la mañana del 10 Termidor los *sans culottes*, hartos de esperar una decisión, empiezan a retirarse de las puertas de la ciudad, abandonan los cañones que defienden la Place de Gréve. Algunos se pasan con sus armas a la Convención para permanecer en la legalidad.

Barras, al frente de un ejército de burgueses asustados pero decididos, apura los acontecimientos: a las dos y media envía a su hombre, Bourdon, que invade el Hotel de Ville con un grupo de gendarmes exaltados al grito de "¡Viva Robespierre!", que desconcierta a la guardia.

Todo es exasperante, en esas últimas horas. Cuando por fin el Incorruptible decide firmar el llamado a las armas, Bourdon y sus gendarmes fuerzan una puerta e irrumpen en la sala. El sargento Merda —ése es su nombre— dispara contra Robespierre (luego hará un libro con eso) y le destroza la mandíbula justo cuando el Incorruptible estaba empezando a firmar. Otra versión indica que Maximilien ha intentado el suicidio. Para la historia queda el tardío llamado a los comuneros, con las dos primeras letras "Ro...", escritas al pie del pergamino.

Le Bas se pega un tiro en la cabeza. Agustín se tira por la ventana, Couthon rueda por la escalera, Hanriot intenta escapar por un pasillo y lo hieren. Saint Just, qué ha callado para siempre, se deja atrapar sin resistencia. Inconsciente, irreparablemente vencido, Robespierre es llevado a una antesala de la Convención como trofeo de guerra. Allí yace y se desangra sobre una mesa, mientras los cagatintas se ríen de él.

Dos días después, Collot d'Herbois, escribe: "Sí Robespierre, en lugar de entretenerse en el Hotel de Ville, hubiera marchado a la cabeza de ocho o diez mil hombres que cubrían la Place de Gréve, y junto a Couthon hubieran levantado al pueblo con sus discursos, estábamos perdidos. Pero la providencia lo quiso de otro modo".

El 10 Termidor son veintidós los jacobinos que van la guillotina; el primero en morir es Couthon, el penúltimo, Robespierre. A todos los tiran en la fosa común. La Revolución Francesa ha terminado. Los bustos de Marat son arrastrados por las calles; el club de los jacobinos, disuelto y los simpatizantes de Robespierre perseguidos; los *sans culottes*, cazados como conejos. Los *fripous y scèlerats* que esperaban la muerte, cantan y bailan. Lo que sigue es una comedia a la espera de un restaurador. Dispersos, aquí y allá, aparecen algunos malos versos de pena:

*¡Ah, pobre pueblo; adiós Siglo de Oro!  
Sólo te esperan hambre y miseria  
Ya pasó el 9 Termidor  
El día que inmolaron a Robespierre.*

## **III**

# **Pensar con los pies**

*Escribí estos cuentos durante los mundiales de 1986 y para Página/12 e II Manifestó de Roma. Así, en la concentración de Trígona, una noche conocí a Diego Maradona. Al comienzo fingí no interesarme en él con el propósito de lastimar su orgullo y ganarme su atención. Entonces, para impresionarme, se puso una naranja sobre la cabeza y la hizo bailar por todas las curvas del cuerpo sin que se cayera ni una sola vez. Por fin la atrapó y sin fijarse en mi le preguntó a su amigo Gianni Mina, que me había llevado con él: "Qué tal, ¿cuántas veces la toqué con el brazo?" Yo estaba embobado. "¡Nunca!", respondimos a coro. Maradona sonrió y dijo con voz de pícaro: "Sí, una vez, pero no hay referí en el mundo que pueda verme". Tenía tanta razón que me fui corriendo al hotel y escribí un cuento sobre el hijo de Butch Cassidy, cowboy, filósofo y arbitro de fútbol.*

## *El penal más largo del mundo*

El penal más fantástico del que yo tenga noticia se tiró en 1958 en un lugar perdido del Valle de Río Negro, un domingo por la tarde en un estadio vacío. Estrella Polar era un club de billares y mesas de baraja, un boliche de borrachos en una calle de tierra que terminaba en la orilla del río. Tenía un equipo de fútbol que participaba en el campeonato del Valle porque los domingos no había otra cosa que hacer y el viento arrastraba la arena de las bardas y el polen de las chacras. Los jugadores siempre eran los mismos o los hermanos de los mismos. Cuando yo tenía quince años ellos tendrían treinta y me parecían viejísimos. Díaz, el arquero, tenía casi cuarenta y el pelo blanco que le caía sobre la frente de indio araucano. En la copa participaban dieciséis clubes y Estrella Polar siempre terminaba más abajo del décimo puesto. Creo que en 1957 habían terminado en el decimotercer lugar y volvían a sus casas cantando, con la camiseta roja bien doblada en el bolso porque era la única que tenían. En 1958 empezaron ganándole uno a cero a Escudo Chileno, otro club de miseria.

A nadie le llamó la atención eso. En cambio, un mes después, cuando habían ganado cuatro partidos seguidos y eran los punteros del torneo, en los doce pueblos del Valle empezó a hablarse de ellos.

Las victorias habían sido por un gol, pero alcanzaban para que Deportivo Belgrano, el eterno campeón, el de Padín, Constante Gauna y el Tata Cardiles, quedara relegado al segundo puesto, un punto más abajo. Se hablaba de Estrella Polar en la escuela, en el ómnibus, en la plaza, pero nadie imaginaba todavía que al terminar el otoño tuvieran 22 puntos contra 21 de los nuestros.

Los terrenos se llenaban para verlos perder de una buena vez. Eran lentos como burros y pesados como; roperos pero marcaban hombre a hombre y gritaban-como marranos cuando no tenían la pelota. El entrenador, un tipo de traje negro, bigotitos finitos, un lunar en la frente y pucho apagado entre los labios, corría junto a la línea de toque y los azuzaba con una vara de mimbre cuando pasaban a su lado. El público se divertía con eso y nosotros, que por ser menores jugábamos los sábados, no nos explicábamos por qué ganaban si eran tan malos. Daban y recibían golpes con tanta lealtad y entusiasmo que terminaban apoyándose unos sobre otros para salir de la cancha mientras la gente les aplaudía el 1 a 0 y les alcanzaba botellas de vino refrescadas en la tierra húmeda. Por las noches celebraban en el prostíbulo de Santa Ana y la Gorda Zulema se quejaba de que se comieran las pocas cosas que guardaba en la heladera. Eran la atracción y en el pueblo se les permitía todo. Los viejos los recogían de los bares cuando tomaban demasiado y se ponían pendencieros; los comerciantes les regalaban algún juguete o caramelos para los chicos y en el cine las novias les consentían caricias por encima de las rodillas. Fuera de su pueblo nadie los tomaba en serio, ni siquiera cuando le ganaron a Atlético San Martín por 2 a 1. En medio de la euforia perdieron como todo el

mundo en Barda del Medio y al terminar la primera rueda dejaron el primer puesto cuando Deportivo Belgrano los puso en su lugar con siete goles. Todos creímos, entonces, que la normalidad se había restablecido.

Pero el domingo siguiente ganaron 1 a 0 y siguieron con su letanía de laboriosos, horribles triunfos y llegaron a la primavera con sólo un punto menos que el campeón.

El último enfrentamiento fue histórico por el penal. El estadio estaba repleto y los techos de las casas vecinas también y todo el pueblo esperaba que Deportivo Belgrano, de local, repitiera por lo menos los siete goles de la primera rueda. El día era fresco y soleado y las manzanas empezaban a colorearse en los árboles. Estrella Polar trajo más de quinientos hinchas que tomaron la tribuna por asalto y los bomberos tuvieron que sacar las mangueras para que se quedaran quietos.

El arbitro que pitó el penal era Herminio Silva, un epiléptico que vendía rifas en el club local y todo el mundo entendió que se estaba jugando el empleo cuando a los cuarenta minutos del segundo tiempo estaban uno a uno y todavía no había sancionado la pena máxima por más que los de Deportivo Belgrano se tiraran de cabeza en el área de Estrella Polar y dieran cabriolas y volteretas para impresionarlo. Con el empate el local era campeón y Herminio Silva quería conservar el respeto por sí mismo y no daba el penal porque no había infracción.

Pero a los 42 minutos todos nos quedamos con la boca abierta cuando el puntero izquierdo de Estrella Polar clavó un tiro libre desde muy lejos y puso 2 a 1 al visitante. Entonces sí, Herminio Silva pensó en su empleo y alargó el partido hasta que Padín entró en el área y no bien se le acercó un defensor pitó. Ahí nomás dio un pitazo estridente, aparatoso, y señaló el penal. En ese tiempo el lugar de ejecución no estaba señalado con una marca blanca y había que contar doce pasos de hombre. Herminio Silva no alcanzó siquiera a recoger la pelota porque el lateral derecho de Estrella Polar, el Coló Rivero, lo durmió de un cachetazo en la nariz. Hubo tanta pelea que se hizo de noche y no hubo manera de despejar la cancha ni de despertar a Herminio Silva. El comisario, con la linterna encendida, suspendió el partido y ordenó disparar al aire. Esa noche el comando militar dictó el estado de emergencia, o algo así, y mandó enganchar un tren para expulsar del pueblo a toda persona que no tuviera apariencia de vivir allí.

Según el tribunal de la Liga, que se reunió el martes, faltaban jugarse veinte segundos a partir de la ejecución del tiro penal, y ese match aparte entre Constante Gauna el shoteador, y el Gato Díaz al arco, tendría lugar el domingo siguiente, en el mismo estadio, a puertas cerradas. De manera que el penal duró una semana y fue, si nadie me informa de lo contrario, el más largo de toda la historia.

El miércoles faltamos al colegio y nos fuimos al pueblo vecino a curiosear. El club estaba cerrado y todos los hombres se habían reunido en la cancha, entre las bardas. Formaban una larga cola para patearle penales al Gato Díaz y el entrenador de traje negro y lunar en la frente trataba de explicarles que ésa no era la mejor manera de probar al arquero. Al final, todos tiraron su penal y el Gato atajó unos cuantos porque le pateaban con zapatillas y zapatos de calle. Un soldado bajito, callado, que estaba en la cola, le tiró un puntazo con el borceguí militar y casi arranca la red.

Al caer la tarde volvieron al pueblo, abrieron el club y se pusieron a jugar a las cartas. Díaz se quedó toda la noche sin hablar, tirándose para atrás el pelo blanco y duro hasta que después de comer se puso un palillo en la boca y dijo:

– Constante los tira a la derecha.

– Siempre – dijo el presidente del club.

– Pero él sabe que yo sé.

– Entonces estamos jodidos.

– Sí, pero yo sé que él sabe – dijo el Gato.

– Entonces tírate a la izquierda y listo – dijo uno de que estaban en la mesa.

– No. El sabe que yo sé que él sabe – dijo el Gato Díaz y se levantó para ir a dormir.

– El Gato está cada vez más raro – dijo el presidente del club cuando lo vio salir pensativo, caminando despacio.

El martes no fue a entrenar y el miércoles tampoco, el jueves, cuando lo encontraron caminando por las vías del tren, estaba hablando solo y lo seguía un perro con el rabo cortado.

– ¿Lo vas a atajar? – le preguntó, ansioso, el empleado de la bicicletería.

– No sé. ¿Qué me cambia eso? – preguntó.

– Que nos consagramos todos, Gato. Les tocamos el culo a esos maricones de Belgrano.

– Yo me voy a consagrar cuando la rubia Ferreira me quiera querer – dijo y silbó al perro para volver a su casa.

El viernes, la rubia Ferreira estaba atendiendo la tercería cuando el intendente del pueblo entró con un ramo de flores y una sonrisa ancha como una sandía abierta.

– Esto te lo manda el Gato Díaz y hasta el jueves vos decís que es tu novio.

– Pobre tipo – dijo ella con una mueca y ni miró las flores que habían llegado desde Neuquén por el ómnibus de las diez y media.

A la noche fueron juntos al cine. En el entreacto el Gato salió al hall a fumar y la rubia Ferreira se quedó sola en la media luz, con la cartera sobre la falda, leyendo cien veces el programa sin levantar la vista.

El sábado a la tarde el Gato Díaz pidió prestadas dos bicicletas y fueron a pasear a orillas del río. Al caer la tarde la quiso besar pero ella dio vuelta la cara y dijo que el domingo a la noche tal vez, si atajaba el penal, en el baile.

– ¿Y yo cómo sé? – dijo él.

– ¿Cómo sabes qué?

– Si me tengo que tirar para ese lado.

La rubia Ferreira le tomó una mano y lo llevó hasta donde habían dejado las bicicletas.

– En esta vida nunca se sabe quién engaña a quién – dijo ella.

– ¿Y si no lo atajo? – preguntó el Gato.

—Entonces quiere decir que no me querés —respondió dio la rubia, y volvieron al pueblo.

El domingo del penal salieron del club veinte camiones cargados de gente, pero la policía los detuvo a la entrada del pueblo y tuvieron que quedarse a un costado de la ruta, esperando bajo el sol. En aquel tiempo y en aquel lugar no había televisión ni emisoras de radio ni forma de enterarse de lo que ocurría en un terreno cerrado, de manera que los de Estrella Polar establecieron una posta entre el estadio y la ruta.

El empleado del ciclero subió a un techo desde donde se veía el arco del Gato Díaz y desde allí narraba lo que ocurría a otro muchacho que había quedado en la vereda y que a su vez transmitía a otro que estaba a veinte metros y así hasta que cada detalle llegara a donde esperaban los hinchas de Estrella Polar.

A las tres de la tarde los dos equipos salieron a la cancha vestidos como si fueran a jugar un partido en serio. Herminio Silva tenía un uniforme negro, desteñido pero limpio y cuando todos estuvieron reunidos en el medio de la cancha fue derecho hasta donde estaba el Coló Rivero que le había dado el cachetazo el domingo anterior y lo expulsó de la cancha. Todavía no se había inventado la tarjeta roja y Herminio señalaba la boca del túnel con una mano firme de la que colgaba el silbato. Al fin, la policía sacó a empujones al Coló que quería quedarse a ver el penal. Entonces el arbitro fue hasta el reo con la pelota apretada contra una cadera, contó doce pasos y la puso en su lugar. El Gato Díaz se había peinado a la gomina y la cabeza le brillaba como una cacerola de aluminio.

Nosotros lo veíamos desde el paredón que rodeaba la cancha, justo detrás del arco, y cuando se colocó sobre la raya de cal y empezó a frotarse las manos desnudas empezamos a apostar hacia dónde tiraría Constante Gauna.

En la ruta habían cortado el tránsito y todo el mundo estaba pendiente de ese instante porque hacía diez años que el Deportivo Belgrano no perdía una copa ni un campeonato. También la policía quería saber, así que dejaron que la cadena de relatores se organizara a lo largo de tres kilómetros y las noticias llegaban de boca en boca apenas espaciadas por los sobresaltos de la respiración.

Recién a las tres y media, cuando Herminio Silva consiguió que los dirigentes de los dos clubes, los entrenadores y las fuerzas vivas del pueblo abandonaran la cancha, Constante Gauna se acercó a acomodar la pelota. Era flaco y musculoso y tenía las cejas tan pobladas que parecían cortarle la cara en dos. Había tirado tantas veces ese penal —contó después—, que volvería a hacerlo a cada instante de su vida, dormido o despierto.

A las cuatro menos cuarto, Herminio Silva se puso a medio camino entre el arco y la pelota, se llevó el silbato a la boca y sopló con todas sus fuerzas. Estaba tan nervioso y el sol le había machacado tanto sobre la nuca que cuando la pelota salió hacia el arco sintió que los ojos se le reviraban y cayó de espaldas echando espuma por la boca. Díaz dio un paso al frente y se tiró a su derecha. La pelota salió dando vueltas hacia el medio del arco y Constante Gauna adivinó enseguida que las piernas del Gato Díaz llegarían justo para desviarla hacia un costado. El Gato pensó en el baile de la noche, en la gloria tardía, en que alguien corriera a tirar la pelota al córner porque había quedado picando en el área.

El petiso Mirabelli llegó primero que nadie y la tiro afuera, contra el alambrado, pero Herminio Silva no podía verlo porque estaba en el suelo, revolcándose con un ataque de

epilepsia. Cuando todo Estrella Polar se arrojó sobre el Gato Díaz para festejar, el juez de línea corrió hacia Herminio Silva con la bandera levantada y desde el paredón donde estábamos sentados oímos que gritaba: "¡No vale, no vale!".

La noticia corrió de boca en boca, jubilosa. La atajada del Gato y el desmayo del árbitro. Entonces en la ruta todos abrieron damajuanas de vino y empezaron a celebrar, aunque el "no vale" llegara balbuceado por los mensajeros con una mueca atónita.

Hasta que Herminio Silva no se puso de pie, desencajado por el ataque, no hubo respuesta definitiva. Lo primero que preguntó fue "qué pasó" y cuando se lo contaron sacudió la cabeza y dijo que había que tirar de nuevo porque él no había estado allí y el reglamento señala que el partido no puede jugarse con un árbitro desmayado. Entonces el Gato Díaz apartó a los que querían pegarle al vendedor de rifas de Deportivo Belgrano y dijo que había que apurarse porque esa noche él tenía una cita y una promesa y fue a ponerse otra vez bajo el arco.

Constante Gauna debía tenerse poca fe porque le ofreció el tiro a Padín y sólo después fue hacia la pelota mientras el juez de línea ayudaba a Herminio a mantenerse parado. Afuera se escuchaban bocinazos de festejo de los de Deportivo Belgrano y los jugadores de Estrella Polar empezaron a retirarse de la cancha rodeados por la policía.

El pelotazo salió a la izquierda y el Gato Díaz fue para el mismo lado con una elegancia y una seguridad que nunca más volvió a tener. Constante Gauna miró al cielo y se echó a llorar. Nosotros saltamos el paredón y fuimos a mirar de cerca a Díaz, el viejo, que miraba la pelota que tenía entre las manos como si se hubiera sacado la sortija en la calesita.

Dos años más tarde, cuando el Gato era una ruina y yo un joven insolente, me lo encontré otra vez, a doce pasos de distancia y lo vi inmenso, agazapado en puntas de pie, con los dedos abiertos y largos. En una mano llevaba un anillo de matrimonio que no era de la rubia Ferreira sino de la hermana del Coló Rivero, que era tan india y tan vieja como él. Evité mirarlo a los ojos y le cambié la pierna; después tiré de zurda, abajo, sabiendo que no llegaría porque ya estaba muy duro y le pesaba la gloria. Cuando fui a buscar la pelota dentro del arco estaba levantándose como un perro apaleado.

— Bien, pibe — me dijo —. Algún día vas a andar contando por ahí que le hiciste un gol al Gato Díaz, pero nadie te lo va a creer.

## Orlando el Sucio

Orlando el Sucio vino al club como entrenador en 1961. Declaró que nos iba a conducir a la copa de la mano o a las patadas. "Yo soy un ganador nato", nos dijo y se refregó la nariz achatada.

Era petiso, barrigón, de pelo grasiento y tenía tantos bolsillos en la ropa que cuando viajaba no necesitaba equipaje. Después del primer entrenamiento nos llamó uno a uno a todos los del plantel. No sé qué les dijo a los otros, pero a Pancho González y a mí nos llevó a un costado del terreno y nos invitó con caramelos de limón que sacó del bolsillo más pequeño.

–Usted tiene aspecto de no hacerle un gol a nadie –dijo y miró los ojos tristes de Pancho. Orlando tenía las pupilas grises como nubes de tormenta y la barba mal afeitada.

–Para eso está él –le contestó González y me señaló con la cabeza. Pancho era nuestro Pelé, un tipo capaz de arrancarle música a la pelota y si no hacía goles creo que era por temor a que después no le devolvieran la pelota.

–Usted es duro con la derecha, viejo –me dijo a mí–, pero desde mañana empieza a pegarle contra la pared hasta que se le ablande.

Desde entonces me tuvo un mes haciendo rebotar la pelota contra una pared con la pierna más torpe. Había colgado un neumático de coche a un metro del suelo y yo tenía que embocar en el agujero desde veinticinco metros de distancia. A cada rebote corría para recogerla al vuelo otra vez con el mismo pie y así me quedaba, horas y horas. Orlando el Sucio me vigilaba y de tanto en tanto se acercaba a invitarme con un caramelo y decirme que un goleador debe ser preciso como un relojero y ágil como una liebre.

Cuando vio que yo había afinado la puntería, llamó a González y nos reunió en un boliche de mala muerte donde el viento del desierto sacudía la puerta y entraba por las rendijas de las ventanas.

Pedimos vino blanco y queso de las chacras y Orlando revolvió en los bolsillos hasta que encontró un frasco sin etiqueta y una libreta de apuntes. Echó la cabeza hacia atrás, se llenó la nariz con unas gotas amarillentas, respiró hondo con un gesto de disgusto y nos miró como a dos amigos de mucho tiempo.

–No quiero pudrirme en este lugar de mierda –dijo con voz desencantada–. Hay que rajar para Buenos Aires antes de que nos lleve el viento o nos agarre la fiebre amarilla.

González asintió con su cara dulce y se dio por aludido.

–Tengo que tirar más seguido al arco –se disculpó.

–No, usted va a hacer algo más útil. Mire.

Bebió un trago de vino que se le chorreó sobre la camisa, abrió la libreta llena de apuntes a lápiz y se puso a dibujar un arquero con trazo torpe. Lo hizo con gorra pero sin ojos ni nariz ni boca.

— Éste es su hombre en el córner — y buscó en otro bolsillo un pañuelo con un nudo — . Usted lo anula y él la manda adentro.

Me estaba señalando con el lápiz. Pancho González puso cara de sorpresa.

— En el área chica no se puede cargar al arquero.

— No, no se trata de eso, hay que darle un pinchazo, nada más.

Al principio no entendimos pero cuando desanudó el pañuelo vimos las espinas de cactus atadas con un hilo azul.

— Aquí, ¿ve? — señaló la silueta del arquero a la altura de las nalgas — . Se quedan duros como estarnas.

Sacó dos espinas, las miró al trasluz y nos alcanzó una a cada uno. González observó la suya con curiosidad y un poco de repugnancia, él, que siempre se marchaba del terreno felicitado por los adversarios.

— Yo no soy ningún criminal — dijo y tiró la espina sobre la mesa. En ese momento el viento hizo temblar las ventanas y los tres quedamos cubiertos de polvo.

Orlando el Sucio hizo una mueca de contrariedad o de desilusión y le puso una mano sobre el brazo:

— Vea, González, usted no le va a marcar un gol a nadie en toda su vida y yo necesito salir de aquí. Si usted no quiere hacerlo, puedo poner a otro. Piénselo. Uno no puede pasarse la existencia con la nariz seca y pagando mujeres en el prostíbulo. Yo tengo un contacto en Boca y si ganamos nos vamos los tres a Buenos Aires. ¿Ustedes ya conocen?

Los dos dijimos que no. Entonces me miró a mí, con sus ojos de tormenta y se tocó la nariz.

— ¿Usted sangra fácil? — me preguntó.

Al principio no entendí pero más tarde tomé conciencia de que en esa mesa habíamos empezado a ganar la final que un mes después se jugó dos mil kilómetros más al sur, en Río Gallegos.

— Como todo el mundo — le contesté — . Si me dan un codazo...

— Justamente — dijo — , usted va a recibir un codazo y se va a quedar *en* el suelo, chorreando sangre. Sin hacer aspaviento, medio desmayado, ¿me sigue?

— La verdad, no.

— En el momento en que yo le haga una seña desde el banco usted se pellizca la nariz hasta que sangre. Hay que hacerlo expulsar al cinco de ellos que es el que lleva la manija.

Después, en la pensión donde él vivía, Orlando el Sucio me revisó la nariz con una linterna, encontró la vena adecuada y me explicó cómo debía hacerlo.

Detestaba ese lugar y si había venido desde Buenos Aires era porque necesitaba algún dinero y andaba detrás de alguien. Por las noches se sentaba solo en el bar mirando el fondo del vaso y dibujaba la silueta de una mujer en las servilletas. La madrugada antes de viajar a Río Gallegos lo encontré en el prostíbulo del pueblo. Estaba sentado en *el* sillón de la sala de

espera de la gitana Natasha, diluido detrás de una lámpara, con el cigarrillo entre los dedos y un paquete de masas sobre las rodillas apretadas.

Al verme puso cara de reproche pero después me convidó con un caramelo de limón y señaló la puerta de la pieza con un gesto.

— ¿Usted también cobró?

Le dije que sí.

— Un goleador tiene que cuidarse — dijo y volvió a señalar la puerta de la habitación —. Si usted aprende a pegarle con la derecha nos vamos a llenar de oro.

— Eso ya me lo dijo otro entrenador.

No me oyó. Metió la mano en un bolsillo perdido entre los pliegues de la cazadora y sacó una revista arrugada, abierta en la página donde había una foto de la calle Corrientes en el cruce del Obelisco.

— Mire — me dijo —, aquí tenemos que llegar nosotros. Yo tengo un amigo...

— En Boca — dije.

— Boca — sonrió —. Ése es el primer paso. Después Barcelona o Juventus. Pero para eso hay que manejar las dos piernas y acercarse a algún lugar civilizado donde nos puedan ver.

— ¿Por qué odia tanto a este pueblo? — le pregunté.

— Algún día, cuando llegue aquí — señaló la foto de la revista —, se lo voy a contar.

La gitana Natasha abrió la puerta y lo vi darle un beso en la mejilla mientras dejaba el paquete de masas sobre la cama. Afuera el viento levantaba remolinos de arena y hacía rechinar los dientes de las mujeres que esperaban clientes en la puerta. Entré en lo de una flaca muy blanca, de piernas afeitadas, que hablaba todo el tiempo *de* unos inspectores de higiene que la perseguían y la extorsionaban. Mientras le pagaba vi, abajo del cenicero, la misma revista que tenía Orlando el Sucio, abierta en la misma página.

Al día siguiente salimos para Río Gallegos en un ómnibus al que hubo que empujar en los pantanos y en las subidas. En dos días llegamos a una ciudad cubierta de nieve y fuimos a jugar casi sin descansar, con un frío inolvidable.

Pancho González se puso a pisar la pelota, a hacer amagues, a mover la cintura, a picar y a gambetear hasta que nos mareó a todos. El cinco de ellos no se me acercó demasiado pero igual yo protesté y me quejé varias veces para que el referí lo tuviera bien señalado. Cuando empezó el segundo tiempo pasé a su lado, me pellizqué la vena de la nariz y me tiré al suelo con la camisa bañada en sangre.

El cinco se cansó de explicar que no me había hecho nada. Yo estaba allí en el piso, sangrando como un cordero degollado y a él lo expulsaron de la cancha por juego sucio. Orlando vino a ponerme una pomada para cicatrizar la herida y me dijo que así nunca iríamos al cielo pero que tal vez llegaríamos a Chacarita y en una de éstas a Boca. Enseguida Pancho González hizo un gol de tiro libre y nos asombró a todos. Después fue goleada y todo anduvo bien hasta que en un córner se produjo un entrevero y González se dejó la espina clavada en un brazo del arquero. El árbitro se enfureció pero como le discutíamos y alguien se atrevió a patearle los tobillos, suspendió el partido y llamó a los gendarmes para que pusieran orden.

Estuvimos tres días refugiados en un cuartel de bomberos y no hubo manera de salir por la carretera donde nos esperaban los hinchas de Río Gallegos. Al amanecer los gendarmes nos pusieron en un barco de carga y ésa fue la única vez que estuve en el mar. Viajamos dos semanas sin camarote, comiendo porquerías, hasta que nos arrojaron en un puerto miserable. Mucho tiempo después nos enteramos de que el partido había sido declarado nulo y que ese año no hubo campeón. Orlando el Sucio ya no estaba con nosotros.

Años más tarde, cuando yo era periodista en Buenos Aires, se apareció en la redacción, ya calvo, pero siempre lleno de bolsillos. Venía a publicitar un método infalible para ganar a la ruleta y me preguntó por qué me había frustrado como goleador.

— No sé, un día el arco se me hizo más chico — le dije.

— A veces pasa — me dijo, y me alcanzó una foto de cuando él era joven. Estaba con la camiseta de Independiente—. Tres cosas marcaron mi vida — explicó—. El día que se me achicó el arco, la noche que perdí cien mil pesos en el casino y la madrugada que se fue la mujer de la que estaba enamorado. Cuando nos conocimos en leí sur yo estaba buscando a esa mujer y a alguien que hiciera los goles en mi lugar. Usted no pudo ser por aquel accidente, pero encontré a otro pibe en Mendoza y nos cansamos de ganar finales. ¿Sabe cómo volví a Buenos Aires? ¡Me trajeron en andas!

— ¿Encontró a la mujer? — le pregunté. — No — dijo, y se le ensombreció la mirada—. Siempre hay que resignar algo en la vida. ¿Quiere que le diga una cosa? Usted tenía talento en el área. Es una lástima que haya terminado así, teniendo que escribir tonterías. Seguro que no aprendió a pegarle con la derecha.

— Al menos tengo suerte con las mujeres — mentí. Me miró con una mueca despectiva, sacó un par de caramelos de limón y me pasó uno.

— Ése es un buen consuelo — dijo, y me guiñó un ojo.

## *El Mister Peregrino Fernández*

A Peregrino Fernández le decíamos el Mister porque venía de lejos y decía haber jugado y dirigido en Cali, ciudad colombiana que en aquel pueblo de la Patagonia sonaba tan misteriosa y sugerente como Estrasburgo o Estambul.

Después de que nos vio jugar un partido que perdimos 3 a 2 o 4 a 3, no recuerdo bien, me llamó aparte en el entrenamiento y me preguntó:

– ¿Cuánto le dan por gol?

– Cincuenta pesos – le dije.

– Bueno, ahora va a ganar más de doscientos – me anunció y a mí el corazón me dio un brinco porque apenas tenía diecisiete años.

– Muy agradecido – le contesté. Ya empezaba a creerme tan grande como Sanfilippo.

– Sí, pero va a tener que trabajar más – me dijo enseguida –, porque lo voy a poner de back.

– Cómo que me va a poner de back – le dije, creyendo que se trataba de una broma. Yo había jugado toda mi vida de centro-delantero.

– Usted no es muy alto pero cabecea bien – insistió –; el próximo partido juega de back.

– Discúlpeme, nunca jugué en la defensa – dije –. Además, así voy a perder plata.

– Usted suba en el contragolpe y con el cabezazo se va a llenar de oro. Lo que yo necesito es un hombre que se haga respetar atrás. Ese pibe que jugó ayer es un angelito.

El angelito al que se refería era Pedrazzi, que esa temporada llevaba tres expulsiones por juego brusco.

Muchos años después, Juan Carlos Lorenzo me dijo que todos los técnicos que han sobrevivido tienen buena fortuna. Peregrino Fernández no la tenía y era terco como una muía. Armó un equipo novedoso, con tres defensores en zona y otro – yo – que salía a romper el juego. En ese tiempo eso era revolucionario y empezamos a empatar cero a cero con los mejores y con los peores. Pedrazzi, que jugaba en la última línea, me enseñó a desequilibrar a los delanteros para poder destrozarlos mejor. "¡Tócalo!", me gritaba y yo lo tocaba y después se escuchaba el choque contra Pedrazzi y el grito de dolor. A veces nos expulsaban y yo perdía plata y arruinaba mi carrera de goleador, pero Peregrino Fernández me pronosticaba un futuro en River o en Boca.

Cuando subía a cabecear en los corners o en los tiros libres, me daba cuenta hasta qué punto el arco se ve diferente si uno es delantero o defensor. Aun cuando se esté esperando la pelota en el mismo lugar, el punto de vista es otro. Cuando un defensor pasa al ataque está secretamente atemorizado, piensa que ha dejado la defensa desequilibrada y vaya uno a saber si los relevos están bien hechos. El cabezazo del defensor es rencoroso, artero, desleal. Al menos así lo percibía yo porque no tenía alma de back y una tarde desgraciada se me ocurrió decírselo a Peregrino Fernández.

El Mister me miró con tristeza y me dijo: —Usted es joven y puede fracasar. Yo no puedo darme ese lujo porque tendría que refugiarme en la selva. Así fue. Al tiempo todos empezaron a jugar igual que nosotros y los mejores volvieron a ser los mejores. Un domingo perdimos 3 a 1 y al siguiente 2 a 0 y después seguimos perdiendo, pero el Mister decía que estábamos ganando experiencia. Yo no encontraba la pelota ni llegaba a tiempo a los cruces y a cada rato andaba por el suelo dando vueltas como un payaso, pero él decía que la culpa era de los mediocampistas que jugaban como damas de beneficencia. Así los llamaba: damas de beneficencia. Cuando perdimos el clásico del pueblo por 3 a 0 la gente nos quiso matar y los bomberos tuvieron que entrar a la cancha para defendernos.

Peregrino Fernández desapareció de un día para otro, pero antes de irse dejó un mensaje escrito en la pizarra con una letra torpe y mal hilvanada: "Cuando Soriano esté en un equipo donde no haya tantos tarados va a ser un crack". Más abajo, en caligrafía pequeña, repetía que Pedrazzi era un angelito sin futuro.

Yo era su criatura, su creación imaginaria, y se refugió en la selva o en la cordillera antes de admitir que se había equivocado.

No volví a tener noticias de él pero estoy seguro de que con los años, al no verme en algún club grande, debe haber pensado que mi fracaso se debió, simplemente, a que nunca volví a jugar de back. Pero lo que más le debe haber dolido fue saber que Pedrazzi llegó a jugar en el Torino y fue uno de los mejores zagueros centrales de Europa.

## *El hijo de Butch Cassidy*

El Mundial de 1942 no figura en ningún libro de historia pero se jugó en la Patagonia argentina sin sponsors ni periodistas y en la final ocurrieron cosas tan extrañas como que se jugó sin descanso durante un día y una noche, los arcos y la pelota desaparecieron y el temerario hijo de Butch Cassidy despojó a Italia de todos sus títulos.

Mi tío Casimiro, que nunca había visto de cerca una pelota de fútbol, fue juez de línea en la final y años más tarde escribió unas memorias fantásticas, llenas de desaciertos históricos y de insanias ahora irremediables por falta de mejores testigos.

La guerra en Europa había interrumpido los mundiales. Los dos últimos, en 1934 y 1938, los había ganado Italia y los obreros piamonteses y emilianos que construían la represa de Barda del Medio en la Argentina y las rutas de Villarrica en Chile se sentían campeones para siempre. Entre los obreros que trabajaban de sol a sol también había indios mapuches conocidos por sus artes de ilusionismo y magia y sobre todo europeos escapados de la guerra. Había españoles que monopolizaban los almacenes de comida, italianos de Genova, Calabria y Sicilia, polacos, franceses, algunos ingleses que alargaban los ferrocarriles de Su Majestad, unos pocos guaraníes del Paraguay y los argentinos que avanzaban hacia la lejana Tierra del Fuego. Todos estaban allí porque aún no había llegado el telégrafo y se sentían a salvo del terrible mundo donde habían nacido.

Hacia abril, cuando bajó el calor y se calmó el viento del desierto, llegaron sorpresivamente los electrotécnicos del Tercer Reich que instalaban la primera línea de teléfonos del Pacífico al Atlántico. Con ellos traían una punta del cable que inauguraba la era de las comunicaciones y la primera pelota del mundo a válvula automática que decían haber inventado en Hamburgo. Luego de mostrarla en el patio del corralón para admiración de todos desafiaron a quien se animara a jugarles un partido internacional. Un ingeniero de nombre Celedonio Sosa, que venía de Balvanera, aceptó el reto en nombre de toda la nación argentina y formó un equipo de vagos y borrachos que volvían decepcionados de buscar oro en las hondonadas de la Cordillera de los Andes.

El atrevimiento fue catastrófico para los argentinos que perdieron 6 a 1 con un pésimo arbitraje del William Brett Cassidy, que se decía hijo natural del cowboy Butch Cassidy que antes de morir acribillado en Bolivia vivió muchos años en las estancias de la Pafagonia con el Sundance Kid y Edna, la amante de los dos.

No bien advirtieron la diversidad de países y razas representados en ese rincón de la tierra, los alemanes lanzaron la idea de un campeonato mundial que debía eternizar con la primera llamada telefónica su paso civilizador por aquellos confines del planeta. El primer problema para los organizadores fue que los italianos antifascistas se negaban a poner en

juego su condición de campeones porque eso implicaba reconocer los títulos conseguidos por los profesionales del régimen de Mussolini.

Algunos irresponsables, ganados por la curiosidad de patear una pelota completamente redonda y sin tiento, se dejaban apabullar por los alemanes a la caída del sol mientras la línea del teléfono avanzaba por la cordillera hacia las obras del dique: un combinado de almaceneros gallegos e intelectuales franceses perdió por 7 a 0 y un equipo de curas polacos y desarraigados guaraníes cayó por 5 a 0 en una cancha improvisada al borde del río Limay.

Nadie recordaba bien las reglas del juego ni cuánto tiempo debía jugarse ni las dimensiones del terreno, de manera que lo único prohibido era tocar la pelota con las manos y golpear en la cabeza a los jugadores caídos. Cualquier persona con criterio para juzgar esas dos infracciones podía ser el árbitro y así fue como mi tío y el hijo de Butch Cassidy se hicieron famosos y respetables hasta que por fin llegó el teléfono.

Hubo un momento en que la posición principista de los italianos se volvió insostenible. ¿Cómo seguir proclamándose campeones de una Copa que ni siquiera reconocían cuando los alemanes goleaban a quien se les pusiera adelante? ¿Podían seguir soportando las pullas y las bromas de los visitantes que los acusaban de no atreverse a jugar por temor a la humillación?

En mayo, cuando empezaron las lloviznas, el capataz calabrés Giorgio Casciolo advirtió que con la arena mojada la pelota empezaba a rebotar para cualquier parte y que los enviados del *Führer*, que ya probaban el teléfono en secreto y abusaban de la cerveza, no las tenían todas consigo. En un nuevo partido contra los guaraníes el resultado, luego de dos horas de juego sin descanso fue apenas de 5 a 2. En otro, los ingleses que colocaban las vías del ferrocarril se pusieron 4 goles a 5 cuando se hizo de noche y los alemanes argumentaron que había que guardar la pelota para que no se perdiera entre los espesos matorrales. A fin de mes los pescadores del Limay, que eran casi todos chilenos, perdieron por 4 a 2 porque William Brett Cassidy concedió dos penales á favor de los alemanes por manos cometidas muy lejos del arco.

Una noche de juerga en el prostíbulo de Zapala mientras un ingeniero de Baden-Baden trataba de captar noticias sobre el frente ruso en la radio de la señora Fanny -La-Joly, un anarquista genovés de nombre Mandril al que le habían robado los pantalones se puso a vivir al proletariado de Barda del Medio y salió a los pasillos a gritar que ni los alemanes ni los rusos eran invencibles. En el lugar no había ningún ruso que pudiera darse por aludido, pero el ingeniero alemán dio un salto, levanté, el brazo y aceptó el desafío. El capataz Casciolo, que estaba en una habitación vecina con los pantalones puestos, escuchó la discusión y temió que la Copa de 1938 empezara a alejarse para siempre de Italia.

A la madrugada, mientras regresaban a Barda del Medio a bordo de un Ford A, los italianos decidieron jugarse el título y defenderlo con todo el honor que fuera posible en ese tiempo y en ese lugar. Sólo cinco o seis de ellos habían jugado alguna vez al fútbol pero uno, el anarquista Mancini, había pasado su infancia en un colegio de curas en el que le enseñaron a correr con una pelota pegada a los pies.

Al día siguiente la noticia corrió por todos los andamios de la obra gigantesca: los campeones del mundo aceptaban poner en juego su Copa. Los mapuches no sabían de qué se trataba pero creían que la Copa poseía los secretos de los blancos que los habían diezmado en

las guerras de conquista. Los ingleses lamentaban que sus enemigos alemanes se quedaran con la gloria de aquel torneo fugaz; los argentinos esperaban que el gobierno los sacara de aquel infierno de calor y de arena y en secreto tramaban un sistema defensivo para impedir otra goleada alemana. Los guaraníes habían hecho la guerra por el petróleo con Bolivia y estaban acostumbrados a los rigores del desierto aunque no tenían más de tres o cuatro hombres que conocieran una pelota de fútbol. También formaron equipos los curas y obreros polacos, los intelectuales franceses y los almaceneros españoles. Los franceses no eran suficientes y para completar los once pidieron autorización para incorporar a tres pescadores chilenos.

Los alemanes insistieron en que todo se hiciera de acuerdo con las reglas que ellos creían recordar: había que sortear tres grupos y se jugaría en los lugares adonde llegaría el teléfono para llamar a Berlín y dar la noticia. William Brett Cassidy insistió en que los árbitros fueran autorizados a llevar un revólver para hacer respetar su autoridad y como la mayoría de los jugadores entraban a la cancha borrachos y a veces armados de cuchillos, se aprobó la iniciativa.

Se limpiaron a machetazos tres terrenos de cien metros y como nadie recordaba las medidas de los arcos se los hizo de diez metros de ancho y dos de altura. No había redes para contener la pelota pero tanto Cassidy como mi tío Casimiro, que officiarían de árbitros, se manifestaron capaces de medir con un golpe de vista si la pelota pasaba por adentro o por afuera del rectángulo.

El sorteo de las sedes y los partidos se hizo con sistema de la paja más corta. La inauguración, en Barda del Medio, quedó para la Italia campeona y el aguerrido equipo de los guaraníes. Al otro lado del río, en Villa Centenario, jugaron alemanes, franceses y argentinos sobre la ruta de tierra, cerca del prostíbulo, se enfrentaron españoles, ingleses y mapuches. |

En todos los partidos hubo incidentes de arma blanca y las obras del dique tuvieron que suspenderse, por los graves rebrotes de nacionalismo que provocaba el campeonato. En la inauguración Italia les ganó 4 a 1 a los guaraníes que no tenían otra bandera que la del Paraguay. En las otras canchas salieron vencedores los alemanes contra los franceses y los indios mapuches se llevaron por delante a los ingleses y a los almaceneros españoles por cinco o seis goles de diferencia.

Los dos primeros heridos fueron guaraníes que no acataron las decisiones de Cassidy. El referí tuvo que emprenderla a culatazos para hacer ejecutar un penal en favor de Italia. Al otro lado del río mi tío Casimiro tuvo que disparar contra un delantero mapuche que se guardó la pelota abajo de la camisa y empezó a correr como loco hacia el arco británico en el segundo partido de la serie, Los mapuches tuvieron dos o tres bajas pero ganaron la zona porque los británicos se empecinaron en un *fair play* digno de los terrenos de Cambridge.

La memoria escrita por mi tío flaquea y tal vez confunde aquellos acontecimientos olvidados. Cuenta que hubo tres finalistas: Alemania, Italia y los mapuches sin patria. La bandera del Tercer Reich flameó más alta que las otras durante todo el campeonato sobre las obras del dique pero por las noches alguien le disparaba salvas de escopeta. William Brett Cassidy permitió que los alemanes eliminaran a la Argentina gracias a la expulsión de sus dos mejores defensores. Es verdad que el arquero cordobés se defendía a piedrazos cuando los alemanes se acercaban al arco, pero ése era un recurso que usaban todos los defensores

cuando estaban en peligro. Antes de cada partido los hinchas acumulaban pilas de cascotes detrás de cada arco y al final de los enfrentamientos, una vez retirados los heridos, se juntaban también las piedras que quedaban dentro del terreno.

En la semifinal ocurrieron algunas anomalías que Cassidy no pudo controlar. Los alemanes se presentaron con cascos para protegerse las cabezas y algunos llevaban alfileres casi invisibles para utilizar en los amontonamientos. Los italianos quemaron un emblema fascista y entonaron a Verdi pero entraron a la cancha escondiendo puñados de pimienta colorada para arrojar a los ojos de sus adversarios.

Cassidy quiso darle relieve al acontecimiento y sorteó los arcos con un dólar de oro, pero no bien la moneda cayó al suelo alguien se la robó y ahí se produjo el primer revuelo. El capitán alemán acusó de ladrón y de comunista a un cocinero italiano que por las noches leía a Lenin encerrado en una letrina del corralón. En aquel lugar nada estaba prohibido, pero los rusos eran mal vistos por casi todos y el cocinero fue expulsado de la cancha por rebelión y lecturas contagiosas. Antes de dar por iniciado el partido, Cassidy lanzó una arenga bastante dura sobre el peligro de mezclar el fútbol con la eolítica y después se retiró a mirar el partido desde un montículo de arena, a un costado de la cancha.

Como no tenía silbato y las cosas se presentaban difíciles, él sólo bajaba de la colina revolver en mano para apartar a los jugadores que se trezaban a golpes. Cassidy disparaba al aire y aunque algunos espectadores escondidos entre los matorrales le respondían con salvas de escopeta, el testimonio de mi tío asegura que afrontó las tres horas de juego con un coraje digno de la memoria de su padre.

Cassidy hizo durar el juego tanto tiempo porque los italianos resistían con bravura y mucho polvo de pimienta el ataque alemán y en los contragolpes el anarquista Mancini se escapaba como una anguila entre los defensores demasiado adelantados. Hubo momentos en que Italia, que jugaba con un hombre menos, estuvo arriba 2 a 1 y 3 a 2 pero a la caída del sol alguien le devolvió a Cassidy su dólar de oro en una tabaquera donde había por lo menos veinte monedas más. Entonces el hijo de Butch Cassidy decidió entrar al terreno y poner las cosas en orden.

En un córner, Mancini fue a buscar la pelota de cabeza pero un defensor alemán le pinchó el cuello con un alfiler y cuando el italiano fue a protestar, Cassidy le puso el revolver en la cabeza y lo expulsó sin más trámite. Luego, cuando descubrió que los italianos usaban pimienta colorada para alejar a los delanteros rivales detuvo el juego y sancionó tres penales en favor de los alemanes. El capataz Casciolo, furioso por tanta parcialidad, se interpuso entre el arquero y el hombre que iba a tirar los penales pero Cassidy volvió a cargar el revolver y lo hirió en un pie. Un ingeniero prusiano bastante tímido, que había jugado todo el partido recitando el *Edesiastés*, se puso los anteojos para ejecutar los penales (Cassidy había contado sólo nueve pasos de distancia) y anotó dos goles. Enseguida el hijo de Butch Cassidy dio por terminado el partido y así se le escapó a Italia la Copa que había ganado en 1934 y 1938.

Los alemanes se fueron a festejar al prostíbulo y ni siquiera imaginaron que los mapuches bajados de los Andes pudieran ganarles la final como ocurrió tres días más tarde, un domingo gris que la historia no recuerda. Ese día el teléfono empezó a funcionar y a las tres de la tarde Berlín respondió a la primera llamada desde la Patagonia. Toda la comarca fue a la cancha a ver el partido y el flamante teléfono negro traído por los alemanes. Un regimiento basado en la frontera con Chile envió su mejor tropa para tocar los himnos

nacionales y custodiar el orden pero los mapuches no tenían país reconocido ni música escrita y ejecutaron una danza que invocaba el auxilio de sus dioses.

Mi tío, que ofició de juez de línea, anota en su memoria que a poco de comenzado el partido aparecieron bailando sobre las colinas unas mujeres de pecho desnudo y enseguida empezó a llover y a caer granizo. En medio de la tormenta y las piedras Cassidy pensó en suspender el partido, pero los alemanes ya habían anunciado la victoria por teléfono y se negaron a postergar el acontecimiento. Pronto la cancha se convirtió en un pantano y los jugadores se embarraron hasta hacerse irreconocibles. Después, sin que nadie se diera cuenta, los arcos desaparecieron y por más que se jugó sin parar hasta la hora de la cena ya no había dónde convertir los goles. A medianoche cuando la lluvia arreciaba, Cassidy detuvo el juego y conferenció con mi tío para aclarar la situación. Los alemanes dijeron haber visto unas mujeres que se llevaban los postes y de inmediato el árbitro otorgó seis penales de castigo contra los mapuches pero nadie encontró los arcos para poder tirarlos. Una partida del ejército salió a buscarlos, pero nunca más se supo de ella. El juego tuvo que seguir en plena oscuridad porque Berlín reclamaba el resultado, pero ya ni siquiera había pelota y al amanecer todos corrían detrás de una ilusión que picaba aquí o allá, según lo quisieran unos u otros,

A la salida del sol el teléfono sonó en medio del desierto y todo el mundo se detuvo a escuchar. El ingeniero jefe pidió a Cassidy que detuviera el juego por unos instantes pero fue inútil: los mapuches seguían corriendo, saltando y arrojándose al suelo como si todavía hubiera una pelota. Los alemanes, curiosos o inquietos pero seguramente agotados, fueron a descolgar el teléfono y escucharon la voz de su *Führer* que iniciaba un discurso en alguna parte de la patria lejana. Nadie más se movió entonces y el susurro alborotado del teléfono corrió por todo el terreno en aquel primer Mundial de la era de las comunicaciones.

En ese momento de quietud uno de los arcos apareció de pronto en lo alto de una colina, a la vista de todos, y las mujeres reanudaron su danza sin música. Una de ellas, la más gorda y coloreada de fiesta, fue al encuentro de la pelota que caía de muy alto, de cualquier parte, y con una caricia de la cabeza la dejó dormida frente a los palos para que un bailarín descalzo que reía a carcajadas la empujara derecho al gol.

William Brett Cassidy anuló la jugada a balazos pero en su memoria alucinada mi tío dio el gol como válido. Lástima que olvidó anotar otros detalles y el nombre de aquel alegre goleador de los mapuches.

## *Final con rojos en Ushuaia*

El hijo de Butch Cassidy no conoció a su padre pero la leyenda del cowboy le pesó toda la vida. Al muchacho le hubiera gustado estudiar filosofía pero todos querían verlo con un revólver a la cintura, igual que su padre. Si luego William Brett se convirtió en uno de los árbitros más temibles que el fútbol haya tenido en todos los tiempos, eso fue fruto del azar y de la rapidez con que desenfundaba el revólver.

Cuando en 1942 le tocó arbitrar el Mundial que ganaron los indios mapuches, la justicia argentina lo buscaba por dos asesinatos y varios asaltos a los bancos de la provincia de Santa Cruz. Al otro lado de la Cordillera de los Andes los chilenos le reprochaban haberse llevado todo el oro de Villarrica y secuestrado a las dos mujeres más hermosas de la comarca. Pero así como su padre, la hermosa Edna y el Sundance Kid habían robado mil trenes y bancos en la Patagonia, William Brett andaba por el mundo siempre solo y desamparado.

Llevaba una vida errante y soñaba con llegar un día a las praderas de Texas y Arizona donde su padre se había hecho fama de ladrón inapresable. A todos les decía que era norteamericano y en las conversaciones fingía un inglés de cinematógrafo aunque había nacido en una estancia y era desertor del ejército argentino.

Nadie lo conocía más allá de los desiertos de la Patagonia hasta que dirigió el olvidado Mundial del 42 y tuvo que escapar hacia el norte para no caer en manos de los alemanes despechados por la derrota. Así se hizo cowboy y arbitro de fútbol e iba de pueblo en pueblo –siempre en dirección de la lejana Arizona– ganándose la vida en partidos legendarios que se jugaban sólo para que él los dirigiera.

La gente de esos parajes lo creía ecuánime porque llevaba una bolsa llena de libros y en los partidos nunca expulsaba a un jugador sin presentarle excusas aun si después le disparaba un balazo a los pies. Iba a caballo por los caminos de tierra y conocía a todos los viajantes de comercio y a los aventureros que recorrían la región, incluso los que se hacían pasar por Jesucristo resucitado. Aparte de los que se veían en las películas, Cassidy era el único cowboy en un país de gauchos. Eso le granjeaba algunas simpatías y el odio de todos los comisarios de policía que soñaban con arrastrar su cadáver hasta Buenos Aires para ganarse un ascenso.

Una noche del invierno de 1943, Cassidy estaba durmiendo en el prostíbulo de Mendoza en la cama de la señora Brigitte-La Tempete, cuando lo sorprendió un espantoso dolor de muelas. Era la primera vez que le ocurría y pensó que esa tortura era una señal de que el destino empezaba a jugarle en contra. Tal fue su desesperación que empezó a correr por el prostíbulo disparando al techo y dándose la cabeza contra las paredes. Las pupilas más novatas pensaron que se trataba de un cliente descontento e intentaron hacerlo entrar en

razón a botellazos, pero Cassidy siguió a los balazos hasta que se topó con un profesor llamado Sandro Folcini, que lo desmayó de un ladrillazo. Al despertar, el cowboy le señaló la muela que lo atormentaba y como allí no había dentista ni barbero, el profesor pidió una pinza de mecánico y le arrancó todas las muelas del lado dolorido.

El hijo de Butch Cassidy le quedó agradecido por el resto de su vida y la amistad de los dos hombres no se alteró ni siquiera cuando el cowboy se enteró, escuchando a través de la puerta, de que el profesor Folcini era un enviado de los comunistas italianos para organizar el frente popular antifascista en las estancias de la Patagonia. William Brett no tenía la menor idea de lo que era la Tercera Internacional pero de inmediato la relacionó con algún campeonato de fútbol jugado o a jugarse y esa noche mientras vaciaba unas cuantas botellas con el profesor se ofreció para dirigir la final cualquiera fuese el lugar donde se jugara.

Folcini, que venía de Cerdeña, tenía serios problemas con los socialistas que en la isla de Tierra del Fuego se habían aliado con radicales y conservadores y no aceptaban el pacto de unidad propuesto por los comunistas. Naturalmente, no podía expresárselo a Cassidy en esos términos, de modo que siguió la lógica futbolística de su amigo y mientras se bañaba en una palangana le trazó un cuadro de relación de fuerzas que incluía equipos imaginarios, jugadores díscolos, transferencias inesperadas, algunos cambios de camiseta y varios arbitrajes nefastos.

William Brett Cassidy creyó comprender el problema y propuso un partido pacificador en el cual el perdedor tendría que aceptar la unidad con el que consiguiera la victoria. El profesor Folcini advirtió entonces que Cassidy no era tan imbécil como le había parecido hasta entonces y corrió al telégrafo para transmitir esa propuesta a los socialistas de Tierra del Fuego.

Al regresar encontró al cowboy sumido en una honda depresión: su sueño de llegar a Arizona, o al menos a Texas, se alejaba cada vez más porque esas tierras quedaban diez mil kilómetros más al norte y el partido que acababa de proponer debía jugarse en el extremo sur del continente. Folcini comprendió la congoja de su amigo, que ignoraba las miserias del *american way of Life*, y en nombre del futuro Frente Popular de la Patagonia le aseguró que después del partido le costearía un pasaje a Nueva York en el primer barco que pasara por el Estrecho de Magallanes.

Los socialistas no eran tan ingenuos como para caer en la trampa del hijo de Butch Cassidy y si hasta entonces habían rechazado la unidad era sólo por precaución y orgullo. La propuesta del profesor Folcini les pareció ecuánime y cualquiera fuese el resultado del partido la unidad les daría un respiro para reponerse de la ruidosa agitación de los comunistas. De manera que enseguida se dieron a la tarea de formar un equipo con lo mejor de las fuerzas democráticas de la isla.

Los radicales propusieron tres jugadores de menos de cincuenta años e insistieron en formar un medio campo sólido, que les evitara las malas sorpresas. Los conservadores juzgaron que lo mejor sería el juego defensivo, con cinco hombres en línea y por lo menos uno que los respaldara. Los socialistas, en cambio, querían un sistema cautelosamente progresivo, con un delantero (el doctor González, un abogado miope pero bastante ágil cuando practicaba esgrima) y por lo menos un mediocampista que pudiera pasar al ataque si las cosas se presentaban bien. El mayor problema surgió a la hora de buscar un zurdo, alguien que

pudiera atacar por la izquierda hasta la línea de fondo y lanzar los centros que debía recoger el abogado González.

Folcini y Cassidy tardaron un mes en llegar por ferrocarril y por barco hasta la Tierra del Fuego. En el trayecto acordaron que el arbitraje sería riguroso y neutral pero Cassidy se negó terminantemente a deponer el arma que llevaba a la cintura. Los marineros británicos intentaron enseñarle algunas reglas de fútbol que él no conocía, pero no consiguieron hacerle entender la del fuera de juego. Por las noches, mientras imaginaba las Montañas de Arizona y los calientes desiertos de Texas, el cowboy leía a Spinoza y a Hegel y de esas lecturas recogió algunas experiencias que luego lo pusieron mil veces en peligro.

El profesor Folcini no conocía a sus jugadores por que casi todos vivían en la clandestinidad, pero había diseñado una estrategia de juego ofensivo que le parecía digna del discurso leninista.

El problema era que para eso hacían falta cinco delanteros. El profesor había jugado en Cerdeña pero jamás había visto cinco atacantes juntos. En sus equipos los curas ponían uno solo y si los fascistas alguna vez habían usado dos lo hacían por pura prepotencia, sin ningún sentido de conjunto. Desde alta mar Folcini envió a los suyos un mensaje cifrado para que buscaran a todos los delanteros fieles a la causa que se pudieran hallar en aquellos parajes de hielo y de viento. Así fue como, entusiasmados por la fiebre del fútbol, los cinco hermanos Moretti entraron al primer Partido Comunista de la Patagonia y tuvieron por el resto de su vida al ejército y la policía mordiéndoles los talones.

Dos de los Moretti, Darío y Carlos, eran bibliotecarios en la parte chilena de la isla; los otros tres, Lucas, Manuel y Lorenzo, eran maestros de escuela e ignoraban cómo debía jugarse sobre el hielo. Darío, el mayor, tenía cuarenta y cinco años y ya estaba bastante achacoso, pero los otros todavía podían correr una hora seguida antes de sufrir los primeros calambres.

Cassidy releyó a Hegel e hizo veinte veces el camino entre la sede de los socialistas y el escondite de los comunistas. Por las noches se torturaba el alma para disipar la tentación de tomar partido por los unos o por los otros. No podía olvidar que el profesor Folcini le había arrancado aquel terrible dolor de muelas, pero cuando los comunistas se ponían a teorizar sobre la injusticia en las reglas del fútbol el cowboy se alteraba y perdía el rumbo.

Como las dos partes se decían internacionalistas, Cassidy decidió construir la cancha en la misma frontera: entre la Argentina y Chile. El partido se jugó un domingo por la tarde ante un público heterogéneo de familias, nómades e indios mapuches que festejaban todavía su título mundial de 1942. Antes de disparar el balazo inicial, Cassidy palpó de armas a todos los jugadores y amonestó a Lorenzo Moretti por esconder una petaca de whisky en la cintura del pantalón. El final del partido se fijó a la puesta del sol y los incidentes más serios fueron provocados por un grupo de indios tehuelches que surgieron de un bosque cercano dando vivas a León Trotsky cuando el partido estaba empatado en cuatro goles.

Como en ese tiempo no existían las tarjetas de amonestación y expulsión, a cada fallo discutido Cassidy sacaba la *Etica* y se sentaba en el medio de la cancha a explicarles a los jugadores las definiciones de Spinoza sobre el amor, el orgullo, la envidia y los celos. Eso provocaba largas demoras porque los socialistas y los comunistas, abrumados por las citas de Cassidy, acudían para replicarle con los prohibidísimos textos de Marx, Engels y Lenin.

Fue inevitable que el porcentaje de juego real, que ahora se mide por cronómetro y computadora para divertimento de la televisión, resultara bastante bajo y los intelectuales de los dos equipos, un poco desbordados por los acontecimientos, tuvieran el tiempo suficiente para recuperarse y elaborar algunas hipótesis de trabajo que les permitieran aguantar la fatiga hasta el final.

En el momento que llegaron los trotskistas tehuelches, los mapuches empezaron a bailar para invocar a sus dioses y el partido volvió a interrumpirse porque tanto socialistas como comunistas sintieron la necesidad de repudiar el extremismo de unos y el populismo de los otros. Para entonces el profesor Folcini había errado un penal porque ignoraba que a la pelota hay que pegarle con el empeine y no con la punta del pie y su tiro fue a parar a la copa del árbol más alto. Los mapuches campeones, obligados a abandonar sus danzas, se reían a más no poder de aquellos intelectuales que pateaban una pelota por primera vez en su vida; los tehuelches, en cambio, improvisaban cánticos que descalificaban por igual a stalinistas y socialdemócratas mientras Cassidy tenía serias dificultades para distinguir entre las camisetas rojas de un equipo y las rosadas del otro.

El sol había bajado sobre los cerros cuando con el marcador 7 a 7 Darío Moretti quiso alejar la pelota de cabeza pero tuvo la desgracia de batir su propia valla. Esa acción desafortunada provocó un inmediato y descalificador cólico intestinal al arquero vencido, que era también el tesorero del Partido, y como dos de los radicales que vestían la camiseta socialista se pusieron a hacer consideraciones que afectaban el honor del enfermo, Cassidy los expulsó de inmediato.

No fueron ésas las únicas expulsiones del partido. Antes Cassidy había echado a dos de los Moretti por insubordinación y muy a su pesar había tenido que amonestar al profesor Folcini que se bajó los pantalones para repudiar la acción desleal de los conservadores que durante las lecturas doctrinarias de los rojos habían aprovechado para correr los postes y achicar el arco que defendían. Del otro lado, uno de los bibliotecarios Moretti había aprovechado un córner para robarle los anteojos al abogado González que era el atacante más peligroso de los socialistas. Desde entonces, cada vez que tomaba la pelota, González corría en cualquier dirección fuera de la cancha y dos o tres veces los mapuches tuvieron que ir a sacarlo de las aguas del lago o de los espinillos del bosque para recuperar la pelota.

Los socialistas mantenían un gol de diferencia y por consejo de radicales y conservadores se habían atrincherado en una defensa cerrada en torno del arco. Faltaban pocos segundos para que todo terminara cuando el árbitro temió que la derrota de los comunistas le hiciera olvidar al profesor Folcini la promesa de subirlo a un barco que lo llevaría a Norteamérica. Entonces recordó las consideraciones de Spinoza sobre la congoja y el placer y no bien vio que uno de los socialistas desviaba la pelota con una mano disparó un balazo al aire y cobró el penal con un gesto aparatoso y muy aplaudido por el público.

Todos se quedaron mirándolo incrédulos porque el único resultado que no servía para sellar la unidad antifascista era el empate. El propio Cassidy había propuesto al profesor Folcini la fórmula del triunfo o la derrota para terminar con las disputas y por eso los comunistas no se habían esforzado para remontar el resultado.

Mientras Cassidy medía a pasos largos los once metros reglamentarios, todos los jugadores que quedaban en la cancha lo miraban con asombro. El arco socialista había sido achicado tantas veces que apenas había lugar para que entrara la pelota, pero también en eso

Cassidy mostró una autoridad y una honestidad dignas de sus lecturas. Antes de que Lorenzo Moretti se acomodara para tirar el penal, el hombre que soñaba con Texas y Arizona les pidió a los espectadores mapuches y tehuelches que pusieran los postes en el lugar en que debían estar. Eso provocó el penúltimo disturbio de aquel domingo: los tehuelches llamaron a una asamblea para saber si el finado Trotsky hubiera aprobado que ellos se inmiscuyeran en los asuntos de la Tercera Internacional en lugar de ocuparse de la Cuarta. Los mapuches, en cambio, juzgaron que acomodar los arcos en un partido como ése significaba tomar partido en asuntos ajenos y como por cosas menos graves sus antepasados habían sido diezmados y perseguidos por los blancos, decidieron retirarse a sus tolдерías, detrás de los cerros.

El sol desapareció detrás de las montañas pero Cassidy recordó que los marineros británicos le habían dicho que la única prolongación reglamentaria consentida en un partido de fútbol era la ejecución de un tiro penal y se mantuvo firme, pelota en mano, en el lugar de la sentencia. A esa hora gris del día, mientras los trotskistas tehuelches seguían en asamblea permanente y los jugadores trataban de persuadir a Cassidy con citas de todos los teóricos del proletariado, las primeras tropas de la policía chilena y una columna del ejército argentino aparecieron por encima de las montañas y cargaron sobre esa confusión de rojos en desacuerdo.

Aquellos esbirros del orden se llevaron a todos los jugadores y también al cowboy y filósofo William Brett Cassidy, acusado de todos los delitos cometidos en la región. Los que tenían domicilio en Chile fueron deportados a los desiertos del Perú donde acordaron una política de unidad más por principio que por necesidad ya que no había en esos parajes proletarios ni campesinos. En cambio los que vivían en la Argentina pasaron varios años en la cárcel de Tierra del Fuego y sólo Cassidy pudo fugarse en un descuido de la guardia hacia el otoño de 1945.

En sus apuntes para *Una verdadera historia de la Patagonia*, el investigador inglés Charles Everton señala que el profesor Folcini regresó a Cerdeña después de la Segunda Guerra Mundial para dar cuenta detallada a Palmiro Togliatti de su trabajo con el proletariado de Tierra del Fuego. El arbitro Cassidy, obsesionado por la suerte de su padre y el Sundance Kid, se largó un día camino de Norteamérica, aunque un viajero alemán de nombre Brucher dice haberlo visto hacia 1950 dirigiendo un muy extraño partido de fútbol en el Altiplano, a más de cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar.

## Últimos días de William Brett Cassidy

Desde Tierra del Fuego hasta Texas hay más de diez mil kilómetros de distancia pero después de escapar de la cárcel el hijo de Butch Cassidy no tenía otra cosa que hacer y decidió emprender el viaje a caballo. Durante un tiempo, mientras en Europa terminaba la guerra, estuvo escondido en los montes, escapando de la gendarmería y de los ejércitos de frontera. Por más que lo golpearon en la cárcel, nunca pudo explicar qué hacía en ese lugar perdido de la frontera arbitrando un partido entre comunistas y socialistas que nunca llegó a terminar.

En la prisión de Ushuaia, cuando llegaban la primavera y el deshielo, dirigía partidos de fútbol entre presos y guardianes. A veces, para matar el aburrimiento, se organizaban campeonatos en los que participaban equipos de carceleros, gendarmes, criminales, espías, ladrones, asaltantes de bancos, condenados por error, bolcheviques, anarquistas y todos los réprobos alojados en la fortaleza más austral del mundo. Hacia 1945, en la final por la Copa del Presidio, William Brett Cassidy anuló por fuera de juego un gol que los gendarmes les marcaron a los anarquistas rusos y aprovechó de la batahola para saltar un muro y escapar a la frontera de Chile.

Allí, en los bosques de la Cordillera de los Andes, se procuró un caballo, un pasaporte chileno y un revólver, que era todo lo que necesitaba, y vivió por un tiempo de la caza y de la pesca. Extrañaba sus libros, sobre todo la *Ética* de Spinoza, y como temía que aquél fuera un ejemplar único y se hubiera perdido para siempre, decidió reproducirlo de su propia memoria en las horas perdidas.

Quienes llegaron a conocerlo aseguran que Cassidy tenía una memoria larga pero pésima. Podía recordar por años una cara que había visto apenas un instante, pero cuando volvía a encontrarla le daba otro nombre y más de una vez tuvo que batirse a duelo con la persona ofendida. Era tan empecinado que debió matar a cuatro o cinco hombres para poder seguir llamándolos con el nombre que él les había dado en su vago recuerdo. Por eso no son confiables los textos de Spinoza y de Hegel que circulan en español (algunos fueron retraducidos con audacia al francés) y menos aun una *Sagrada Familia* que Cassidy había leído en italiano y reprodujo en dos gruesos cuadernos de escuela cuando llegó al Altiplano de Bolivia, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

Cassidy había aprendido a leer todas las lenguas sin comprender ninguna en las estancias inglesas de la Patagonia. Como no existía ninguna librería en dos mil kilómetros a la redonda, creía que los libros eran únicos como los diamantes y que pasaban de mano en mano a la muerte de quien los tenía consigo. El primer Hegel lo encontró al lado de unos cadáveres que dejó el ejército cuando dispersó a los bolcheviques del Chubut. La *Etica* se la llevó de un bar después de que un gaucho encorocado matara de una puñalada a un intelectual irlandés, incidente que Jorge Luis Borges mistificó años más tarde en un cuento para *La Nación*, de Buenos Aires. En realidad el libro era del gaucho, no del intelectual, y cuando éste se lo quiso robar sobrevino la pelea y la muerte horrenda que puso a Cassidy en

posesión del primer Spinoza. A Marx lo conoció por el profesor Folcini, de Cerdeña, que le arrancó las muelas doloridas en un prostíbulo del bajo Mendoza y luego lo arrastró a dirigir el partido de Tierra del Fuego entre comunistas y socialistas.

Las transcripciones del hijo de Butch Cassidy cayeron en manos de un viajante de comercio boliviano que iba de La Paz a Cochabamba con mensajes para los mineros en huelga en los socavones de Patino. Ocurrió durante un vibrante partido entre huelguistas del estaño y tropas del gobierno, dirigido por Cassidy, que había dejado sus cuadernos en el recado de su caballo. Sobre el final del partido se produjo un serio incidente a la entrada del área de las Fuerzas Armadas, que jugaban de uniforme y con sable en la mano. El marcador estaba 2 a 2 cuando un minero que llevaba la pelota fue decapitado sin ninguna necesidad, puesto que el árbitro ya había señalado que estaba fuera de juego y el atacante había detenido su carrera tras la pelota que era de goma y picaba sin destino entre los arbustos.

Cassidy amonestó al defensor y mandó retirar al degollado fuera del terreno, pero el soldado discutió el arbitraje y el cowboy tuvo que expulsarlo para hacerse respetar. Un oficial rubio y alto, que jugaba de mediocampista, ordenó al soldado que resistiera la orden y entonces empezaron los incidentes porque Cassidy tuvo que desenfundar el revólver frente a la amenaza de los sables. El viajante de comercio, que hacía de juez de línea, temió que le reprocharan su parcialidad a favor de los mineros y aprovechó la confusión para montar el caballo del árbitro y partir al galope. Así fue como Cassidy perdió sus transcripciones de Spinoza y Hegel.

Tiempo después, un editor de Santa Cruz de la Sierra que andaba a la caza de manuscritos innovadores compró los cuadernos por monedas y publicó esos textos de autor anónimo respetando los errores de latín y las confusiones de gramática. Al fin, en 1950, un editor de Buenos Aires creyó disipar el equívoco y lanzó doscientos ejemplares de la *Etica* y cuatrocientos de *La Sagrada Familia* firmados por los que creía sus verdaderos autores. Desde entonces se han producido varios incidentes en las facultades de Filosofía y Letras de Lima, Córdoba, Montevideo y Buenos Aires y sin saberlo algunas guerrillas utilizaron las versiones de Cassidy para sus discusiones internas.

Ajeno a todo eso el cowboy argentino seguía la pista de su padre norteamericano que según los rumores había muerto en una aldea de Bolivia. Todavía George Roy Hill no había hecho la película y su padre no era tan famoso como ahora. Ciertos memoriosos le habían dicho que en verdad Butch Cassidy y el Sundance Kid habían caído baleados en San Luis y otros preferían la Patagonia, donde está enterrado el agente de la Pinkerton que los persiguió durante años. Pero más que el lugar de la muerte a William Brett le interesaba el de la vida y por eso iba para Texas o para Arizona, no lo sabía bien y poco le importaba. En el Altiplano, a cuatro mil metros de altura, se preguntó qué demonios podía haber ido a hacer su padre allí si el mundo estaba tan lleno de bancos para robar.

Cuando pasó por el pueblo donde se decía que habían matado a su padre, William Brett desenfundó el revólver y asaltó dos bancos y el correo sin que nadie le opusiera resistencia. Era un gesto de orgullo pero también un acto de pura necesidad, ya que le estaban haciendo falta otro caballo y alguna ropa para cubrirse. Los que se llevó eran billetes con muchos ceros pero antes de llegar a la frontera con el Brasil la moneda se había devaluado tanto que apenas pudo comprar un par de botellas de whisky y un regalo para una muchacha que le había devuelto la sonrisa en un almacén de Palo Alto.

La joven no aceptó el regalo pero Cassidy no se sorprendió porque nunca había tenido suerte con las mujeres. Al día siguiente continuó viaje hacia el norte por las selvas y los ríos del Amazonas, donde dirigió varios partidos para ganarse su comida y la del caballo. De esos partidos conservó buenos recuerdos porque en el Amazonas no se aplicaba la ley de fuera de juego y para combatir las estrategias defensivas los caciques de las tribus habían decidido que cada tres corners cedidos por un equipo el árbitro debía conceder un tiro penal en favor del otro. Esas innovaciones daban resultados amplios y generosos pero nunca fueron aceptadas más allá de esa Comarca.

Hacia 1952 William Brett Cassidy pasó por México, andrajoso y envejecido. Ya no tenía ambiciones y sólo pensaba en procurarse una mujer que le contara las películas que no había podido ver. En el mercado de Cuernavaca encontró un ejemplar de la edición boliviana de su *Ética* y al recorrer las páginas creyó que ese ejemplar era el mismo que había perdido cuando lo llevaron preso. Lo asaltó la idea de un milagro: creyó que el libro lo había seguido en su larga marcha y se convenció de que su memoria era perfecta. Lo compró y siguió a paso rápido hacia la frontera con Texas.

Cuando vio el alambrado que separaba los dos países y al otro lado una estación de servicio y una llanura pelada, el corazón empezó a darle saltos. En ese lugar Butch Cassidy y el Sundance Kid habían pasado su juventud robando todos los bancos y William Brett creyó que, además, habían sido felices. Se acercó a la frontera llorando de emoción pero en el puesto de policía le pidieron el pasaporte y la visa para ingresar en los Estados Unidos de América. El cowboy ignoraba lo que era una visa pero se manifestó dispuesto a pagar por ella con los meses de cárcel que fueran necesarios.

Un funcionario de policía sacó un formulario de un cajón y le preguntó si padecía enfermedades contagiosas o hereditarias, a lo que Cassidy respondió sin bajarse del caballo que sólo lo habían aquejado dolores de muelas y tormentos de oídos. Luego le requirieron si tenía la intención de asesinar al presidente de los Estados Unidos. El hijo de Butch Cassidy preguntó quién ocupaba el cargo en ese momento y cuando escuchó el nombre de Eisenhower manifestó no conocerlo personalmente ni tener cuentas pendientes con él. Al fin, cuando le preguntaron si había pertenecido al Partido Comunista o a alguno de sus insidiosos colaterales, recordó al profesor Folcini, de quien no había vuelto a tener noticias, y declaró con orgullo que unos años antes había sido elegido para dirigir un partido de fútbol entre socialistas y comunistas en la lejana Tierra del Fuego.

El policía se puso de pie, alertó al sheriff y a los aduaneros y le pidió a Cassidy que se alejara del país de la libertad. El cowboy alegó que había viajado durante años atravesando el continente americano para llegar a Texas y citó un par de veces a Hegel para llamar a la razón a los funcionarios. Pero no hubo caso: el sheriff lo intimó a alejarse de la frontera y desenfundó el revólver para hacer más convincente la orden. Ése fue el gesto decisivo. Cassidy sacó también su revólver, se afirmó sobre la montura y mandó al caballo que saltara por encima del alambrado. La pobre bestia lo intentó, pero ya no estaba para esos trotes e hizo un triste papel. Un policía disparó al aire pero Cassidy empezó a tirar con la misma determinación que, pensaba, alguna vez lo había hecho su padre. En la confusión alcanzó a saltar al otro lado de la frontera y sintió, bajo sus pies casi descalzos, la tierra caliente del desierto de Texas.

Eso es lo último que sabemos de él. El sheriff, en su informe, dice haber disparado seis veces y sus hombres más de veinte. William Brett Cassidy había cumplido el destino inverso de su padre que salió de los Estados Unidos y fue acribillado en América del Sur. Entre tanto, casi sin proponérselo, alcanzó a ser el más temible y justo de todos los árbitros que hubo en los mundiales de fútbol.